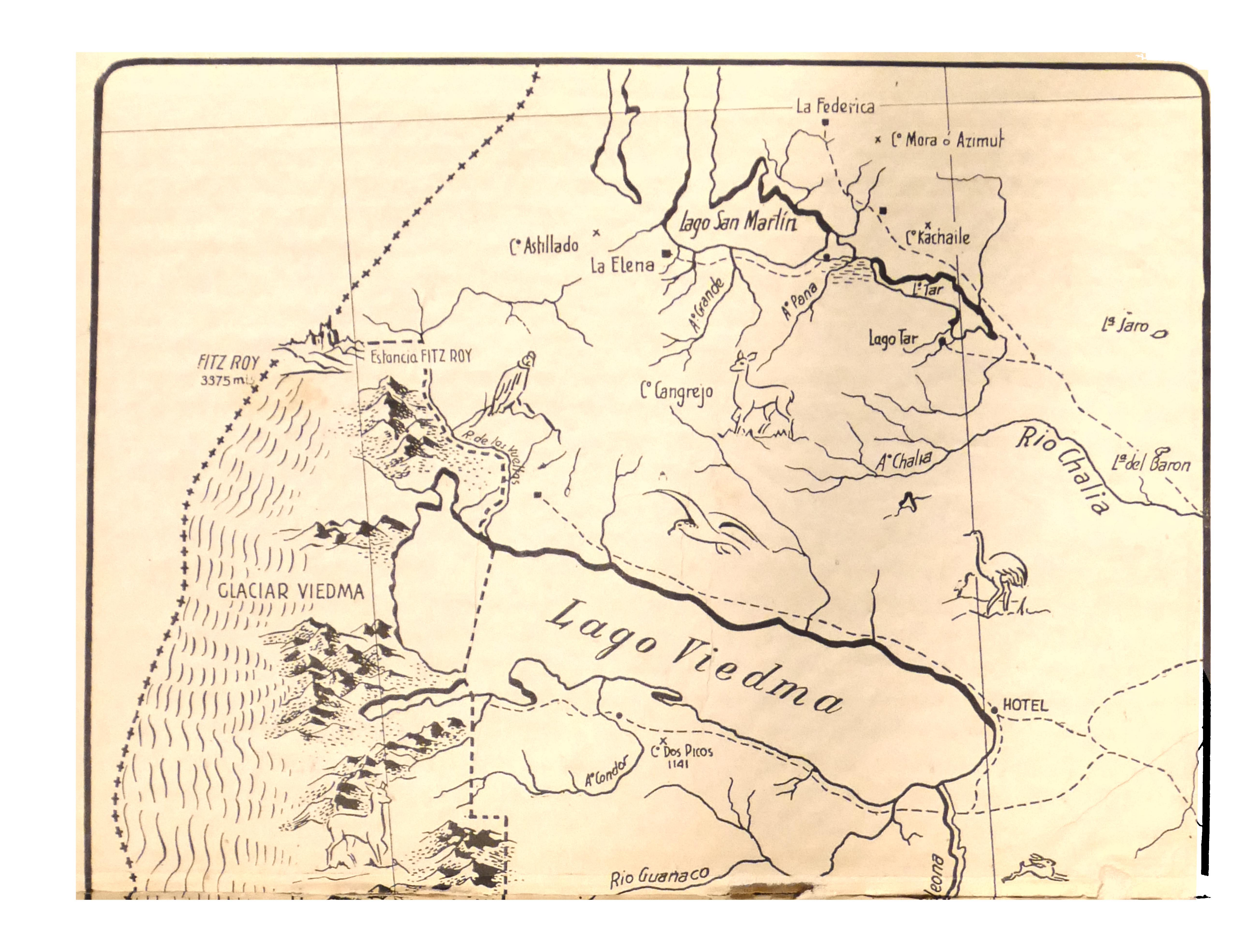
MADSEN–BERTOMEU



CAZANDO PUMAS EN LA PATAGONIA


La Federica
Cº Mora ó Azimut
Lago San Martín
Cº Kachaile
Cº Astillado
La Elena
Lª Tar
Aº Grande
Aº Pena
Lago Tar
Lª Jaro
FITZ ROY
3375 mts.
Estancia FITZ ROY
Cº Cangrejo
Rio Chalia
Lª del Baron
Aº Chalia
GLACIAR VIEDMA
Lago Viedma
HOTEL
Cº Dos Picos
1141
Aº Condor
Rio Guanaco



PARQUE NACIONAL «LOS GLACIARES»

RESEÑA BIOGRÁFICA

No podemos hablar de Madsen, el autor, sin referirnos a Bertomeu, su traductor y glosador, pero más que ello su gran amigo. Ambos son auténticos escritores, de esos que sólo van al pliego cuando sienten una inquietud interior, algo que les mueve a transmitir su mensaje de belleza o emoción.

Madsen, como lo relata su prologuista y coautor, inició sus andanzas como marinero en su lejana patria y "ancló" en las soledades patagónicas donde se halló consigo mismo. Son muchos los ensayos que ha escrito. Sus poesías son de una cristalina musicalidad y en todas ellas campea el amor al prójimo, el amor a sus animales y el amor a la tierra que le dió su calor y su fruto. Allí está, al pie del Fitz Roy, como un faro de avanzada, guiando a los que pujan por conquistar las agujas imposibles y recibiendo con su hospitalidad llena de agradecimiento a quienes llegan a su casa y quiebran así su total aislamiento.

En cuanto a Bertomeu, sintió en la misma Patagonia el llamado de las musas y ha producido varias obras. Abogado de profesión ha incursionado en varios campos. En la actualidad actúa como Delegado de Argentina ante la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, con rango de Ministro Plenipotenciario. Al-

(Continúa en 2ª solapa)

ANDREAS MADSEN

en colaboración con

CARLOS A. BERTOMEU

CAZANDO PUMAS EN LA PATAGONIA

A la Libertad
sin la cual el hombre
es tan sólo una sombra
de sí mismo.

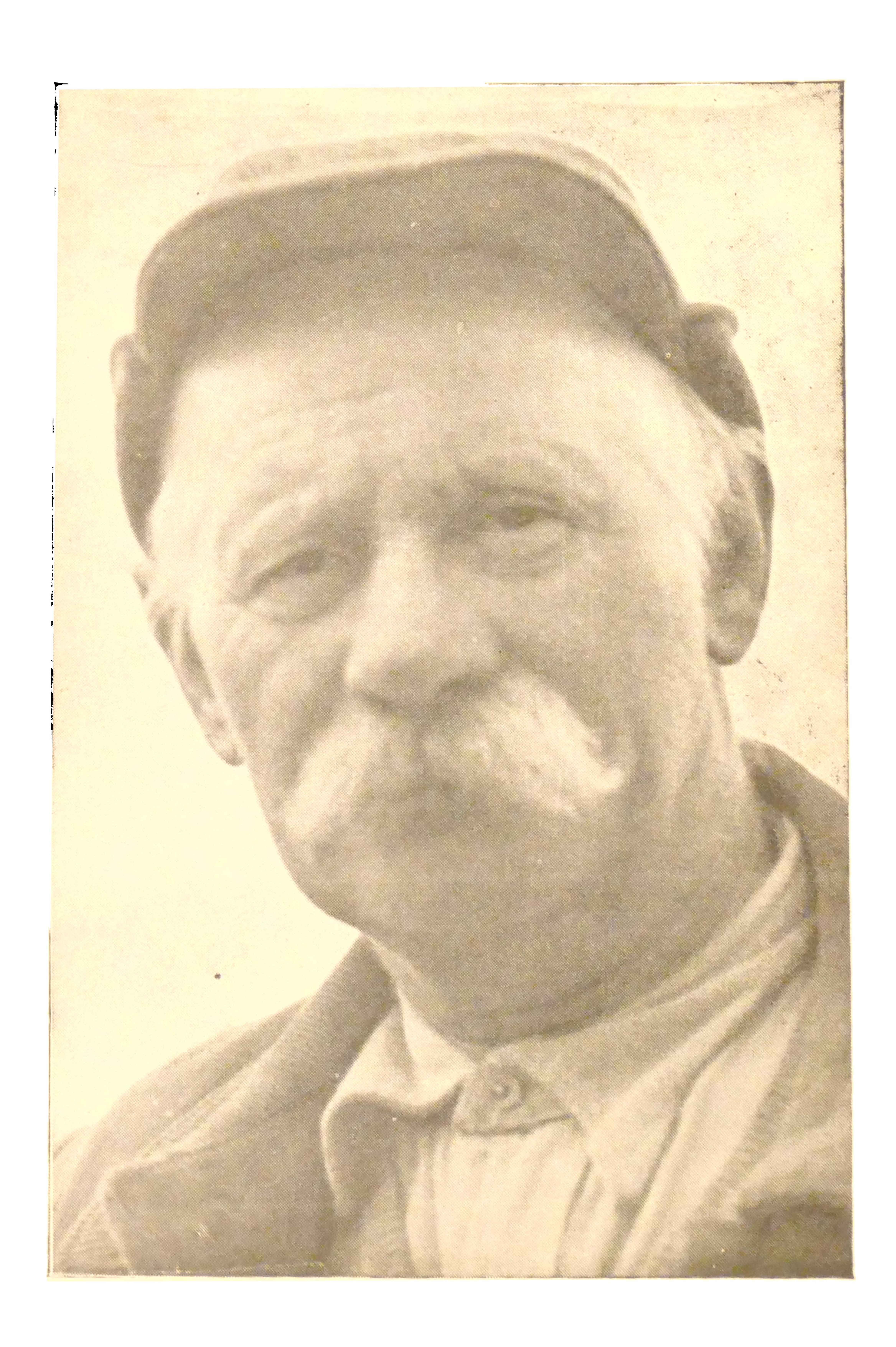
BUENOS AIRES

1956

Printed in Argentina
Impreso en la Argentina

Todos los derechos reservados.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Copyright by ANDBEAS MADSEN - CABLOS A. BERTOMEU



INTRODUCCIÓN

Los capítulos que integran este libro son una serie de recuerdos de un auténtico "pioneer" patagónico: ANDREAS MADSEN. *Los episodios en ellos relatados son reales aventuras del diario vivir de este viejo dinamarqués, trotamundos y ovejero, que allá por el 1900 llegó a nuestra Patagonia y ya no la pudo dejar.*

Aun cuando algunos de dichos episodios puedan parécer algo fantasiosos, todos ellos son reales, puedo afirmarlo, pues Andreas Madsen es uno de esos hombres a los que basta con mirarlos, con ver el vivaz fuego de sus pupilas y su sonrisa franca, para comprender que su vida misma está impregnada de verdad; verdad profunda del chiquillo que en el siglo pasado siguió los impulsos de su atavismo y cargando al hombro su paquetito de ropa tomó el mundo por su cuenta.

Se embarca en un "sloop" que de Aalborg va a Suecia. "Nada me importa —dice él mismo—, ganaría diez «kroner» mensuales pero salíamos mar afuera. El mundo era mío, me alejaba de Dinamarca antes de que pudieran buscarme, pues el granjero me creía en casa de mis padres y éstos, a su vez, me suponían en mi trabajo rural... Hubo días buenos y malos, pero en conjunto fué una gran vida para mí. Veía tierras y ganaba dinero; podía comprarme ropas, por más que nunca me cargué con fantasías; sobre todo podía adquirir libros y en cada puerto hurgaba los puestos de librería, armándome de una notable colección que desgraciadamente perdí más tarde en Buenos Aires. Cuatro años

estuve «a proa del palo» en toda clase de veleros y a los dieciocho años se me reconoció como marinero A. B....”

Así comenzó su gran aventura. Afrontó la vida dura del mar, trepando jarcias y obenques, galopando sobre el palo mayor y mesanas, en bonanza o en tempestad. Y así fué conociendo el mundo y la vida. Un buen día el destino lo lanza a nuestras costas y se incorpora a una comisión de límites que trabajaba a las órdenes del inolvidable Perito Moreno, en la demarcación de nuestra frontera con Chile.

Se hermana ahí con la inmensidad cósmica, como la del mar, de nuestra Patagonia, la tierra incógnita de aquellos años azarozos. Así como el mar lo sedujo con su embrujo inexplicable, ahora la Patagonia, con sus mesetas, su desierto, sus cordilleras cuajadas de bosques, cumbres y nieves, le transmite su mensaje, hecho de silencios y eternidad y ya no puede renunciar a su nuevo destino. Allí queda, para siempre, al pie del Fitz Roy. Allí vivió las aventuras que vamos a relatar.

Primeramente publicó algunas de ellas en “Argentina Austral”, la magnífica revista de todos los hogares sureños, en una traducción del capitán de navío Teodoro Caillet Bois.

Recuerdo aquí un detalle de nuestra sólida amistad: Ya manteníamos correspondencia cuando ocurrió la muerte de nuestro común amigo Caillet Bois y entonces, con esa sencillez que Andreas tiene para todas sus cosas, me dijo: “Él era mi gran amigo, mi traductor y consejero, desde hoy Vd. ocupa su lugar”. Desde entonces nos carteamos y nos hemos reunido en muchas ocasiones, disfrutando por mi parte de una amistad que aprecio altamente, cuyos matices encuentran un eco tan sincero en mi propia modalidad.

Un día nos dijimos con Andreas: ¿por qué no tomar estos episodios deshilvanados, darles forma más orgánica y publicarlos en forma de libro? Me pasó sus originales en inglés, sintéticos, escuetos, junto con la interpretación que de ellos había hecho Caillet Bois y con tal material pude dar forma a este libro.

Confieso que no poco trabajo me ha costado, pues Andreas, en su desconcertante naturalidad, relata los momentos más increíbles de peligro con una sencillez tal que el lector desprevenido podría desorientarse. Conocedor del medio, como patagónico adoptivo y vocacional, he debido agregar aquello que creí necesario para dar una cabal sensación y, para qué negarlo, el debido suspenso, recurso este último que no entra en los cálculos de Andreas, capaz de meterse en la guarida de un puma con más tranquilidad que en la boca de nuestros subterráneos.

A Andreas pertenece, pues, la esencia y el espíritu de este libro; a mi tan solo su forma.

Pero ocurrió también algo que tiene mucho que ver con esta amistad "sui generis" del viejo ovejero patagánico con el abogado porteño que les habla: inicié mi trabajo en Buenos Aires y lo seguí luego en Tierra del Fuego, al calor hospitalario de la vieja Estancia Viamonte, de los Bridges, en el rancho chico de Robbie Reynolds Bridges. A mi regreso di los originales a la imprenta.

Pero algo pasaba, algo no andaba. Nuestro ánimo estaba entristecido, se sentía prisionero. Todas las potencias del espíritu estaban subordinadas a esos momentos amargos, profundamente tristes, que nos hizo vivir la dictadura, que en los últimos años se había convertido en una carga intolerable. Nuestro espíritu, moldeado en la inmensidad del desierto patagónico, en sus montañas y sus lagos, que sabe de la gloria de cantar en sus valles a la alegría del vivir, sentía tanta repugnancia por esa opresión, que no podíamos hallar el eco ni el momento propicio para el trabajo recogido o la meditación.

Hace pocos días, en uno de esos magníficos actos en el que el alma argentina eclosionó, en este romper de cadenas, dijo el profesor Lanuzza en la Sociedad Argentina de Escritores: "Los poetas son los espías de Dios en la Tierra, por eso los dictadores les temen y les odian". Y todos los escritores, aunque sea en nuestra manera de sentir y de vivir, tenemos algo o mucho de poetas.

Éramos espías de Dios en la tierra. Estábamos vigilando paso a paso al déspota y gritábamos, con voz que no podía él acallar, nuestras rebeldías, nuestras intenciones y nuestras esperanzas.

Pero cuando nos recogíamos para dar forma a las ideas y los pensamientos, esa rebeldía nos apartaba de las musas propicias y solamente pensábamos en luchar, luchar para derrocar del trono a la infamia y la traición, que ahogaban a nuestra Patria bienamada. Por ello estos originales quedaron durmiendo en las pruebas de galera y ni siquiera tuvimos ánimo para hacer las correcciones y el prólogo.

Pero llegó un día, día en que las campanas echaron a vuelo. El pedestal del César comenzó a temblar, al ídolo sanguinario, moderno Moloch, se le vieron los pies de barro y nos llegó, paso a paso, el maravilloso presente con el cual ni nos atrevíamos a soñar. Nos llegó la LIBERTAD. Nos llegó el verbo divino, que nunca se apartó de nuestros corazones. No había podido el tirano doblegar nuestro ánimo, pero el razonamiento ponía freno a nuestras ansiedades y creíamos que la máquina montada por su diabólica maldad nos retendría en esa cárcel humillante de la cual al fin huimos para saltar al mundo y decir con el profesor Lanuzza: "Gracias Dios, por habernos devuelto el Universo".

Y aquí estamos, trascendida la hora inolvidable de la lucha y de la embriaguez sublime, cuyos vapores nublan aún nuestra mente, aquí estamos, lector amigo, camarada patagónico, viejo ovejero, amigo jinete de la cordillera, hermanados en el canto a la real Patria, la Patria profunda, sincera, que ya no creíamos recuperar; en este milagro de luz y armonía, para contaros, que cosa más simple, lo que le ocurrió a un marinero dinamarqués que dejó de galopar sobre la solas de los mares bravíos para montar baguales y redomones en la cordillera argentina y revolear las Tres Marías al avestruz, al puma y al guanaco, en esa vida encabritada, increíble, llena de sal como el mar, de vientos como los océanos y de brisas perfumadas.

He aquí porqué no podíamos avanzar con este libro y

porqué la vida de Andreas Madsen tiene tanto que ver con la Libertad que hemos recuperado y sin la cual éramos sombras de nosotros mismos. Es que Madsen, sus pumas y la Patagonia son esencia y contenido de la Libertad. Cada uno de sus episodios habla de un Madsen en vibrante Libertad corriendo tras el puma, no por el placer de matar, sino para eliminar al verdugo de sus tiernas majadas. Era su libertad y la de sus corderos en lucha contra la libertad maligna del felino.

El patagónico como el árabe, es rebelde por naturaleza, indomeñable. Por ello es que ligamos íntimamente la Libertad con el simple relato de unas aventuras que llevan en sí, en su ingenua bravura, otro canto a la Libertad, libertad de aquel guapo danés que no se detenía ante ningún obstáculo, ya fueran los escarpados riscos de la cordillera o la cueva traicionera en que podía anidar la muerte.

Madsen vivió toda su vida en Libertad y no supo de otros frenos que los que le impuso su corazón paternal o su alma profundamente cristiana. Por ello, cada vez que repasaba estos originales, sentía como si una mano invisible me estrujara el corazón y sentía en su cruda rudeza la esclavitud a que nos tenían sometidos. Volvían al cajón los papeles y más de una vez tomé el tren o el avión para buscar allá, en mi querida Patagonia, lo que acá se nos negaba.

Por ello, al recuperar la Libertad y dar gracias a Dios y a nuestros heroicos hermanos que la hicieron posible, volví prestamente al cajón cerrado y saqué las tiras de galera, que en pocos días irán al pliego y de éste al libro.

Valdría la pena extenderse en el comentario sobre la personalidad de Andreas Madsen, pero sé por experiencia que muchos lectores impacientes suelen saltear el prólogo, que es, en ocasiones, un pequeño hurto al interés del propio libro. Por otra parte, en su obra Patagonia Vieja, *hermoso relato de su propia vida, hallareis su semblanza completa, llena de matices interesantísimos. Diré por ello, para terminar, que hoy tiene Don Andreas 74 años y sigue allá, al pie del Fitz Roy, en su estancia del río de las Vueltas, don-*

de vive completamente solo. Un día le pregunté si todavía domaba, y me dijo sencillamente: "El médico me ha prohibido domar... pero de vez en cuando me doy el gusto de ensillar un arisco".

En una de sus últimas cartas me hace este simple pero expresivo comentario: "Usted me pide algún otro relato sobre caza de pumas, pero últimamente no fué posible cazar alguno. Los hay en abundancia y están aumentando mucho. En mis andanzas, este invierno, he visto varios rastros, pero mis perros ovejeros ya están muertos de viejos y todavía no logro entrenar otros. Un vecino, el joven Charlie MacLeod, cazó quince el invierno de 1953 y este año lleva seis, dos de éstos a puro cuchillo, no llevando armas de fuego. Los perros los hicieron subir a un árbol, él buscó una vara de colihue y amarró el cuchillo en una punta con el pañuelo y como San Jorge, les ganó la batalla. Por el momento estoy otra vez solo en el Más Allá. Mi hijo, con la familia, está invernando en el lago Argentino, me ganaron el tirón, pero no paso el tiempo aburrido. Hay mil cosas que hacer: recorrer el campo, trabajos de casero, meteorólogo, operador de radio, etc. Si por casualidad le piso la cola a un león en estos días le escribiré."

Nada más necesita decir el prologuista y colaborador de Andreas Madsen. Lo demás surge, vivaz y transparente, de los episodios que pintan el diario vivir de ese hermoso ejemplar humano. Llegó solo a la Patagonia en 1900, volvió a Dinamarca a buscar su novia de la niñez, la jamás olvidada Doña Fanny, formó su familia al pie del Fitz Roy y allá está solo nuevamente, pero en la compañía de quien tiene el alma poblada de imágenes hermosas y el corazón pleno de euforia y serenidad a la vez, esperando el amanecer de cada día para encarar alguna nueva obra. Siempre habrá tiempo para algo nuevo en los increíbles 74 años de Andreas Madsen.

CARLOS A. BERTOMEU

I

MI PRIMER LEÓN

En la Patagonia preferimos llamar así al puma. Quizás sea para darle un mayor sentido heroico, ya que cazar un león suena a cosa trascendental. Pero la costumbre se ha impuesto y ¿por qué no seguirla?

Corría el año de 1902 y formaba yo parte de una de las Comisiones de límites encargadas de estudiar y fijar la frontera argentino-chilena, bajo la inspirada dirección de aquel gran patriota que fué el perito Moreno. El jefe de nuestra Comisión era el ingeniero Ludovico Von Platen y el campamento general estaba a orillas del lago Buenos Aires, en el territorio de Santa Cruz.

Trabajábamos duro dentro del bosque que circunda el lago cuando llegó un chasque con un mensaje en el que se ordenaba a nuestro jefe reunirse con otra Comisión que venía del sur, acompañando a expertos chilenos y miembros de la delegación británica que actuaba a las órdenes del árbitro.

Tentado estoy de salpicar mi relato con recuerdos de aquellos esforzados hombres que culminaron una obra extraordinaria y evitaron la guerra entre dos países hermanos, pero prometí hablar de pumas y, sofrenando mi inquietud, me ceñiré a lo prometido.

El caso es que Von Platen me dio órdenes para que, junto con nuestro capataz Hans, otro paisano mío, esperá-

ramos a dichas comisiones en el campamento del lago Buenos Aires.

Hans y yo marchábamos alegremente desde el lago Belgrano en dirección al campamento. El viaje por sí solo era toda una experiencia con bastante emoción, pues no era yo lo que podría llamarse un *gaucho*, ya que si bien había jineteado en veleros y por muy ariscos mares, jamás había montado a caballo. Todo era novedad para mí, apenas tenía 23 años y a cada instante descubría un motivo de excitación en esas benditas soledades.

Estábamos ya a media jornada del campamento y debimos hacer noche justo en las nacientes del río Deseado, que toma allí las aguas del río Fénix. De un lado la típica vegetación de las vegas cordilleranas y del otro una cadena de cerros, nos ofrecían excelente reparo. Armamos nuestros jergones junto a una mata de calafate y cubriéndonos con una lona logramos un óptimo "dormitorio".

La jornada había sido dura y para qué vamos a hablar del estado de mis huesos en ese mi primer raid ecuestre. Toda una aventura.

La caballada retozaba por los alrededores. Conservamos una mula, bien maneada, para recoger la tropilla al día siguiente.

En lo mejor de nuestro sueño nos despertó el terrible alboroto que la tal mula hacía. Sus relinchos traducían horror y espanto. Gracias a Dios la manea era de cuero crudo bien trabajado, pues de lo contrario nos habríamos quedado de a pie, sin mula y sin caballos.

La noche era clara y serena. El vendaval que nos había azotado durante el día se había recogido tras los cerros.

Hans asomó la cabeza fuera de la lona que nos servía de techo, carpa y cobertor, pero nada pudo ver.

—Mirá para tu lado Andrew, averiguá qué diablos sucede.

Me asomé. Mi "cama" estaba justo sobre una "rastrillada" reciente, hecha por una tropa de guanacos.

A la pobre mula el terror la hizo patalear y relinchar,



La imponente aguja del Fitz Roy y el Río de las Vueltas.

pero a este bravo marinero, que creía haber perdido para siempre el miedo, le sobrevino una especie de parálisis. Todas las potencias de mi cuerpo se abatieron y en segundos que fueron siglos me convertí en una especie de estatua, bastante ridícula por cierto.

Me estremecí desde el cráneo a los talones y tan pronto recobré la movilidad me "zambullí" dentro de la lona, haciéndome un ovillo.

La cosa no era para menos, pues sentí en mi cara el aliento y el hocico baboso de un inmenso león que, arrastrándose sigilosamente, el cuerpo pegado al suelo, husmeaba la huellas de los guanacos.

No se me ocurrió que buscaba carne de guanaco y si algo pude pensar fué que su objetivo éramos nosotros. Había luna llena y la visión era para asustar al más pintado.

—¿Qué te pasa, Andrew? ¿Viste algo?

—Un le-le-león enorme —tartamudié—. Aquí nomás, encima mío. Ya está listo para saltar sobre nosotros.

—Estás loco. Mirá de nuevo y no seas flojo.

—Cualquier día —dije para mis adentros. Y me quedé donde estaba, como si la lona fuera una coraza que me protegiera del terrible enemigo.

Hans sacó medio cuerpo afuera y exclamó, tranquilo como él solo.

—¡By Jingo! Tenías razón, gringo, está echado a unos veinte metros y no nos saca los ojos de encima. No sé qué intenciones tendrá pero por si acaso vamos a presentarle combate. Prepará tu máuser que yo le tiraré con mi revólver.

Mi experiencia en la lucha con la dura naturaleza patagónica era prácticamente nula. Hans se presentaba a mis ojos como un veterano. Llevaba varios años recorriendo esas tremendas soledades y había adquirido el conocimiento sin el cual difícilmente se sobrevivía en esos años heroicos.

Sin embargo tenía en mi favor el contar con una exce-

lente puntería. Entre chiste y chiste me llamaban el Búffalo Bill del campamento y tenía a mi cargo la honrosa tarea de procurar carne para la Comisión. Me llenaba de satisfacción voltear un guanaco en marcha a más de cien metros, pero ahora tenía que vérmelas con un león de carne y hueso y la cosa se ponía peliaguda. El pulso no estaba tan firme como de costumbre.

Mi máuser, si bien muy pesado, era un excelente arma con marca del Ejército Argentino. Animado por la serenidad de mi compañero, reuní el coraje necesario para asomarme fuera de la lona y preparar el cerrojo.

El león estaba en el mismo sitio. Confieso que ahora medí mejor la distancia. Nos miraba con curiosidad. Aunque en el momento no lo pensé, recuerdo que su mirada traducía cierta simpatía. Posiblemente era su primer encuentro con seres humanos y tenía más curiosidad que malas intenciones.

—Contaré despacio hasta tres —dijo Hans— y dispararemos al mismo tiempo. Apuntá bajo, bien al suelo, frente al león, porque en la noche siempre resultan altos los tiros.

La observación fué muy atinada y útil para mis correrías ulteriores.

Contó Hans hasta tres y ¡bang! Máuser y revólver pagaron con traición la hospitalidad buscada.

No obstante mi pretendido virtuosismo y el no menor de Hans, maese león, o mejor dicho misia leona, que tal resultó ser, desapareció de nuestra vista.

—¡L'erramos, canejo! —gruñó Hans—. Juraría que sentí el golpe de las balas en el bicho.

Pero lo cierto es que el animal se había ido y no nos quedó más remedio que volver a acostarnos, protestando contra el intruso y contra nuestra mala suerte.

Estaba tan excitado con mi primer aventura de "caza mayor" que poco pude dormir y al rayar el alba nos levantamos con una sola preocupación. Fuimos derecho al lugar donde el visitante estaba echado y Hans, que iba adelante, exclamó entusiasmado:

—¡By Jingo! Acá se ven manchas de sangre. Ya me parecía que no le podíamos haber errado.

Seguimos el rastro ensangrentado con creciente emoción y al cabo de unos centenares de metros encontramos muerto a nuestro infortunado huésped, una leona de gran tamaño.

Había realizado mi primer hazaña patagónica. Ya tenía algo para contar en las ruedas nocturnas, junto al fogón. Me sentía casi un "pioneer". Me había "enfrentado" con un auténtico león y lo había liquidado.

Aunque la lucha no fué muy caballeresca, para ser mi primer lance resultó bastante excitante y alentador.

Al día siguiente estábamos de vuelta en el campamento del Lago Buenos Aires, llevando atravesada sobre el lomo de uno de nuestros caballos la primera pieza cobrada en las soledades de la cordillera patagónica por este gringo que ya sentía dentro del alma eso que con justa razón los poetas llaman "el embrujo de la Patagonia". Mi satisfacción y orgullo eran de buena ley. Hans miraba las cosas con la suficiencia del veterano. Para mí era el primer león y ello marcaba toda una etapa en mi vida.

Pocos días después apareció otro león, aunque en esta oportunidad no pudimos exhibir su piel como trofeo de singular combate. Sin embargo nos proporcionó el espectáculo más gracioso que pueda imaginarse y que por mucho tiempo fué la comidilla de nuestras tertulias.

Apenas clareaba el día y estábamos aún en cama, todos excepción hecha del cocinero, un alemán grandote de apelativo Max Kreissel.

Acababa Max de encender el fuego y se había llegado hasta la orilla del lago para llenar el balde de agua. La maravillosa paz de la mañana cordillerana nos envolvía con suave caricia. El murmullo del lago y las suaves sonoridades del bosque nos daban su dulce arrullo. Súmese a ello el calorcito de las frazadas y se comprenderá las pocas ganas que tendríamos de abrir los dos ojos.

Turbóse repentinamente la paz que dominaba nuestros

sentidos: era Max que venía corriendo despavorido, y revoleando el balde al grito de ¡un león! ¡Un león! ¡Lo está matando a Kneisler!

Kneisler era un perro atorrante que habíamos adoptado como mascota del campamento. Sabe Dios cuántas razas habrían intervenido en su árbol genealógico. Mas pese a su poco distinguido porte, tenía garra de peleador y se le atrevía a cuanto bicho lo encarara, sin fijarse en pelo ni tamaño.

Si nos atenemos al relato de Max, el león estaba ya listo para írsele encima y justo cuando pegaba el salto, Kneisler, que siempre lo seguía, se avalanzó sobre la fiera y le hizo errar el zarpazo que nos habría dejado sin cocinero. Perro y puma se habían trenzado en formidable cuerpo a cuerpo.

No había terminado Max su sofocado relato cuando todos estábamos en pie, vestidos lo mejor que pudimos y armados con lo primero que encontramos a mano.

Pero Hans, nuestro capataz, nos había ganado de mano y cuando llegamos junto al lago presenciamos un espectáculo inolvidable: adelante, a toda carrera, el león, pegado a sus garrones Kneisler, a todo ladrar, y a unos cincuenta metros Hans, con el máuser en ristre.

Hans no había tenido tiempo de sujetarse bien los pantalones y me parece aún verlo, a toda carrera, tratando de que no se le cayeran y de no perder el máuser ni aflojar la velocidad.

Se cansó al poco rato y abandonando sus pantalones se sintió más cómodo. Cobró doble impulso su marcha y su camisa colorada, con las faldas al viento flameaba libremente.

Para qué hablar del ataque de risa que nos dominó. Allí iban los tres en loca carrera. Tan pronto Kneisler se le prendía de los garrones, el león le tiraba un zarpazo y el pobre cuzco, valiente como él solo, volvía a la carga ladrando furiosamente, mientras Hans, descalzo y con sus piernas chuecas al aire, no ofrecía un aspecto muy edifi-

cante que digamos. Cuando el perro se alejaba algo del león, le disparaba al vuelo y como cada vez le erraba, subían de calibre sus juramentos. No pocas represalias nos prometió a todos los demás, que estábamos casi descompuestos de la risa ante el insólito espectáculo.

Finalmente el león desapareció de la escena. Kneisler quedó mal herido y Hans con un humor de todos los diablos. Pusimos una cara tan de circunstancias que si no explotamos fué porque nuestro capataz era bastante mayor que nosotros y hombre de muy malas pulgas. Como el horno no estaba para bollos volvimos cada cual a lo suyo y ahí terminó el asunto.

Y para concluir este primer capítulo de mis correrías por la Patagonia que dieron por fruto mi primer león, es decir la pobre leona que "fusilamos" por curiosa frente a nuestro real, traeré a colación otro episodio, sumamente gracioso y que pinta el espíritu de camaradería que reinaba en aquellos famosos campamentos, en los que, a fuerza de hombría y tesón, sin perder por ello el buen humor, se iba jalonando la frontera de dos pueblos hermanos.

Era la fiesta patria del 25 de Mayo y nevaba copiosamente. Habíamos levantado nuestro campamento del lago Buenos Aires y marchábamos con rumbo a Rada Tilly (hoy Comodoro Rivadavia).

Kankel, el famoso cacique del Senguer era nuestro guía, que nos orientaba por las intrincadas soledades patagónicas. Los muchachos, entre los cuales yo me contaba, sentíamos profunda admiración por el recio indígena. De pronto vió el rastro fresco de un león y se lanzó a todo galope en su siga.

Traté de alcanzar al cacique y a unos centenares de metros vi, por primera vez en mi vida, el espectáculo, viril y emocionante, de un puma cazado con boleadoras.

Me cautivó la escena y más aún la solemne parquedad de Kankel, quien volvió a su puesto luego de cargar la pieza en la grupa de su alazán. Lejos estaba de pensar que con el tiempo me haría casi tan baqueano como él

y bolearía muchos leones, aunque confieso que pocos conseguí tan grandes como ese macho, de unos tres metros de largo.

Pero la cosa no quedó allí. Kankel obsequió la hermosa piel al capitán Robertson, delegado del árbitro británico en nuestra Comisión. Después de churrasquear, en una noche que parecía pleno día por la claridad de la luna reflejada en la nieve que todo lo cubría, un muchachote danés de nombre Julius, se puso a representar la forma en que, según él, Mr. Robertson relataría "su" cacería a los elegantes amigos del club de Londres.

Julius había sido marinero y tenía chispa suficiente como para hacer reír a un muerto. Atrevido y alegre como ninguno, era un excelente actor cómico y siempre tenía algún cuento a mano para animar las largas noches de invierno.

Bien. Allí estábamos todos, mirando sin pestañear a Julius que, agazapado y cuchillo en mano declamaba, imitando la varonil voz del capitán Robertson: "Si muchachos, mi estar solo cuando esta bruta bestia se avalanzó sobre mí. No había para donde escapar ni donde protegerse, de modo que hice pie firme y lo esperé serenamente, hasta que pegó el salto y le hundí el cuchillo hasta la empuñadura, justo en el corazón".

Estaba Julius tan posesionado de su papel que no advirtió que nuestro jefe y el propio Robertson habían llegado, atraídos por la función y estaban entre los espectadores.

Se adelantó el inglés sonriente y palmeándole le dijo: "Muy bien muchacho, eres un genio y un gran actor. Juro que no se me había ocurrido, pero me has dado la gran idea. No me olvidaré de representar la escena tal cual, tan pronto llegue a Londres".

Julius se quedó paralizado y colorado como un ají, pero la vergüenza le duró poco y al rato ya estaba bromeando con su habitual frescura.

Ese año no nos topamos con más leones.

II

CUERPO A CUERPO CON UN PUMA

El el episodio que intercalaré, para ir entrando en materia, no fuí yo el protagonista, a Dios gracias. En los años que se sucedieron a mis primeros pasos en la Patagonia tuve muchos encuentros, algunos pintorescos, otros bastante peliagudos, con los señores pumas, pero afortunadamente siempre salí bastante bien librado y no me ocurrió el verme abrazado y a los botes con un león, como le pasó al ingeniero Alfred Arneberg, según veremos.

En homenaje a la verdad histórica aclararé que no fuí testigo presencial del hecho, pero, por los detalles que Vds. verán, puedo dar absoluta fe de su veracidad.

Corría el año 1903. Navegábamos tranquilamente el lago San Martín en una embarcación que posiblemente haya dado origen a la socorrida frase de "era una cáscara de nuez". Su apelativo "Los Andes" no coincidía con su frágil estructura, un mero costillar de madera dura recubierto de lona. Pero en esos tiempos gloriosos agarrábamos lo que nos viniera a mano, ya fuera para navegar, para jinetear o para recorrer las enormes distancias de lo que aún era "terra incógnita".

Ibamos todos contentos, pues hermanados en el sacrificio y el peligro común, no había jefes ni peones, sino simplemente compañeros en una cruzada cuya proyección histórica bien comprendíamos.

Nuestra misión era emplazar el hito fronterizo en uno

de los costados del lago, que, como se sabe, se adjudicó una parte a Chile y otra a la Argentina. La partida estaba integrada por el representante de este último país, ingeniero Arneberg y el capitán sueco Hogberg, actores del bravo relato que escucharéis; íbamos además tres marineros: el alemán Martín Heydorn, el sueco J. Johnson y el dinamarqués que les habla. Nos acompañaban los representantes chilenos con dos peones y el capitán inglés Crosthwait, representante del árbitro, con su ayudante Jack Lively.

Las cosas marchaban perfectamente. El capitán Crosthwait nos hacía frecuentes bromas, en las que se traslucía su admiración por nuestra vaquía marinera para entendernos con semejante embarcación.

Hasta que doblamos el canal Chacabuco no hubo novedad, pero allí se descolgó un viento de proa de los mil demonios. La marejada nos recordaba esas tormentas de alta mar con las que tan habituados estábamos a renegar. Pero como la débil estructura de la embarcación no ofrecía ninguna seguridad, resolvimos buscar abrigo en una caleta de la península Maipú.

Quienes hayan vivido o viajado por la Patagonia sabrán por experiencia de los terribles vientos que constantemente azotan esas regiones. En la cordillera austral son frecuentes las rachas de más de cien kilómetros por hora. La reciente expedición francesa al Fitz Roy registró la fantástica marca de 160 kilómetros por hora.

Con semejantes huracanes poco o nada puede hacerse. Muchas veces debimos remedar al antropoide, refugiándonos en cuevas naturales hasta que las furias de Eolo amainaran.

En la ocasión de marras ocurrió algo parecido, pues el temporal duró la pavada de doce días. Habría sido grave imprudencia navegar con semejante tiempo.

Uno de los mayores beneficios que la vida patagónica da al hombre es el de adquirir una profunda y auténtica filosofía. Son tan indomeñables los elementos naturales,

ya sea el viento, la nieve, el hielo, los ríos y la distancia, que al final uno termina amoldándose a todo y cobrando notable aplomo y serenidad.

Armamos el campamento lo mejor que pudimos y seguimos el sabio consejo del criollo de "desensillar hasta que aclare".

Habían pasado dos días de forzosa inactividad y los más jóvenes estábamos impacientes por seguir viaje.

—Calma, muchachos —nos dijo el capitán Hogberg— a la Patagonia hay que aceptarla tal cual es. De nada vale impacientarse. Lo mejor es esperar que pase el mal tiempo.

—Ya lo creo —agregó el ingeniero Arneberg—; junto con el capitán llevamos varios años de pellejerías por estas lejanías y hemos aprendido a no hacernos mala sangre por nada.

—¿Te acordás Alfred del susto que te dió aquella leona?

—Todavía se me ponen los pelos de punta cuando me acuerdo.

El viento soplaba con furia, pero habíamos logrado un buen reparo. El vivac era propicio para contar historias. Las provisiones eran abundantes. Nadie tenía prisa.

—A ver, cuéntenos qué sucedió — intervino el inglés Crosthwait armando su pipa y acomodándose en las mantas.

El momento era magnífico. Me parece estarlo viviendo. Esas caras varoniles, curtidas por el sol, el viento y el frío; el temporal rugiendo sobre nosotros, las aguas del lago rompiendo contra las piedras de la costa y ese puñado heterogéneo de hombres, tranquilos como si estuvieran en una tertulia del club.

—Realmente, vale la pena contar lo que nos ocurrió a Hogberg y a mí, hace tres años, casi en este mismo lugar.

—Es decir, a unos quinientos metros de aquí —corrigió Hogberg.

—Tenés razón, era más o menos por aquella quebrada y nos disponíamos a trepar la cadena de cerros de la izquierda.

—Hogberg se había quedado rezagado, no sé por qué

motivo y yo, caminando con paso vivo, me había distanciado bastante — siguió Arneberg.

—En una de esas, al bordear unas matas, me topé con una leona flaca y hambrienta, pero más grande de cuantas hubiera visto en mi vida. El bicho me había olfateado de lejos, pues estaba agazapado y listo para saltar sobre mí.

—Para qué decirles que me quedé como paralizado de la impresión y acordándome de lo que había oído sobre el puma, que según dicen nunca ataca al hombre si éste no le provoca; le clavé la mirada y no me moví ni un pelo.

—Lentamente y sin quitarle la vista de encima, fuí deslizando mi mano derecha, buscando el revólver. Pero era tan intenso el frío de esa mañana que tenía los dedos insensibilizados. No sé si fué por el frío o la impresión, pero el caso es que no atiné a sacarlo de la funda.

—Fué entonces cuando cometí un error que casi me cuesta la vida. Sin darme cuenta, instintivamente, bajé la vista hacia el revólver y en ese preciso instante el puma se me avalanzó, volteándome y tratando de clavarme sus colmillos. Dos veces logré zafarme, pero la maldita bestia tenía una fuerza descomunal y me puso de espaldas contra el suelo. Enlacé mis piernas al cuerpo del animal y ceñí mis brazos a su cuello, tratando de desviar sus dentellada.

—Recuerdo que en ese momento llegué yo, a la carrera, atraído por los bramidos del león y los gritos de Alfred — añadió Hogberg.

—Mi situación era desesperada, pero me sentía con las fuerzas de un gigante. Toda mi sangre fría noruega se concentraba en un desesperado esfuerzo por no dejarme morder.

—Las patas traseras de la bestia me desgarraban el vientre, en su carnicero instinto de abrirme las entrañas. Las uñas delanteras se clavaban con fuerza en mis homóplatos mientras en mi lucha por evitar su dentellada trataba de morderle el hocico, su parte más sensible.

—Y acá fué el instante en que Suecia salvó a Noruega de la dominación patagónica — agregó Hogberg riéndose de buena gana.

—Bueno, ya que lo tomás a chiste, terminá vos el cuento.

—Ahora es lindo acordarse de aquello, pero les juro que el momento era tremendo. Por nada del mundo querría haber estado en el pellejo de Arneberg. Reuní toda la serenidad que pude, me acerqué al león que lo estaba despachando al pobre Alfredo y encañonándole el fusil en una oreja hice fuego, tratando de no herir a mi socio. Inmediatamente, sin perder un insante y ayudado por manos, pies y fusil aparté a la bestia agonizante, pues si entra en las convulsiones finales abrazada a Arneberg lo habría terminado de liquidar.

—A duras penas me pude parar —intervino éste último—. Aunque me sentía destrozado y próximo a desmayarme, sentí más intensamente que nunca la satisfacción de vivir, luego de verme tan cerca del final y en qué forma. Por suerte soy bastante corpulento y duro de pelar, pues de lo contrario les aseguro que no estaba acá recordando la historia.

Como en la expresión de algunos se notara una mezcla de asombro e incredulidad, el bravo noruego nos mostró las horribles cicatrices que tenía en la espalda y hombros, lo mismo que en la mandíbula, para tapar las cuales se había dejado crecer la barba completa.

Una fuerte impresión nos acudió a todos y creo que más de uno debe haber soñado con leones o cosas por el estilo en esa noche. Para colmo estábamos prácticamente en el lugar del hecho y con los mismos protagonistas. Faltaba solamente la leona, cuya piel vimos más tarde adornando el living room de la casa de Hogberg, en Buenos Aires. También pude admirar en esa ocasión un objeto de gran valor artístico. Se trataba de una gran pipa de espuma de mar, que reproducía en todos sus detalles el episodio, que Arneberg hizo tallar especialmente para su

salvador, la que, junto con la piel eran motivo de justo orgullo para el bravo capitán.

Siguieron esa noche los comentarios de rigor entre la numerosa audiencia y para qué decir que yo colaboré contando, con la mayor veracidad, mi famosa cacería de la leona, aunque confieso que me sentía algo avergonzado del terror que entonces me dominó, estando como estaba frente a un auténtico gladiador, que había tenido nada menos que un cuerpo a cuerpo con un puma hambriento.

Doce días duró el temporal y doce días nuestro forzoso descanso. Cuando el tiempo despejó y pudimos reanudar la tarea, nos pareció como si hubiéramos vivido toda la vida en esa rinconada, donde por poco deja el pellejo el Ingeniero Arneberg.

Y para terminar este auténtico relato, permítanseme, a guisa de explicación, algunas reflexiones, dictadas por mi experiencia ulterior en el duro oficio de cazador de pumas.

Todos los que han andado en estas cosas saben que el león es, por lo general, cobarde y no ataca al hombre salvo cuando éste lo provoca, si se ve acosado o herido o si, siendo hembra, tiene los cachorros cerca. Hasta la gallina hace frente si le sacan los polluelos. Lógico es pues que una leona sea capaz de cualquier cosa en trance semejante, como pude comprobarlo en una ocasión. Pero esto es harina de otro costal y más adelante les haré el relato, en el que fuí el protagonista.

Por ahora trataré solamente de explicarles, a mi manera, por qué entiendo que esa leona atacó tan furiosamente a Arneberg.

Deduzco que con el verano los guanacos se habían ido a las mesetas más altas, dejando a la tal leona sin caza menor. Según todo hace presumir tendría cerca sus cachorros que, como ella, estarían muertos de hambre. He aquí la única explicación que encuentro al insólito ataque que sufrió Arneberg y del que se salvó por un pelo.

Muchas veces los leones me han atacado, pero siempre he sido yo el provocador, el que ha buscado guerra.

Si en la época en que ocurrió el hecho que acabo de relatarles, me hubiera alejado para siempre de la Patagonia, con la sola experiencia de "mi" puma nocturno y la leona de Arneberg, sumados algunos relatos truculentos y de muy dudosa veracidad, escuchados alrededor del fogón y sumamente apropiados para "crudos", como lo era yo entonces, me habría quedado ciertamente con la impresión de ser el puma una fiera sanguinaria y peligrosa.

Por supuesto que no he de repetir la pamplina, que en más de una ocasión leí o escuché, de que el puma es amigo del hombre. Ningún ovejero —y tal es mi ocupación fundamental desde casi cincuenta años— calificaría de "amistosas" las matanzas sistemáticas de sus majadas. En una sola noche una leona con cachorros, a la que más tarde ultimé, mató cuarenta y cinco corderos crecidos y siete ovejas madres. Esto no es muy "amistoso" que digamos.

En las pampas del centro y de la costa patagónica, el puma ha sido prácticamente exterminado, pero aquí arriba, en la cordillera, abunda ahora tanto como a principio de siglo. Las majadas han ido en constante aumento y ello ha incidido en la proliferación del puma, que causa estragos entre los indefensos lanares.

Por mi parte calculo que cada año se liquidan del diez al quince por ciento de mis majadas, y no será por cierto porque no los persiga. No quiero echarme encima ningún campeonato, pero dificulto que haya muchos pobladores patagónicos que hayan cuereado más pumas de su propia cosecha que este dinamarqués que les habla.

Junto con mis hijos y mis peones los hemos perseguido sin tregua ni lástima, pero la montaña, su seguro refugio, y la escasísima población de estas zonas cordilleranas impiden terminar con la plaga.

La lucha es constante y dura todo el año. En invierno, cuando la nieve nos permite seguir sus rastros, el resultado es óptimo. Pero en verano la naturaleza le ayuda y los ganaderos debemos pelear una batalla perdida.



Madsen con la "cosecha" de un día (1930).

III

"PALOMA" Y UN LEÓN DE MAL GENIO

Mi experiencia patagónica se acrecentaba rápidamente. Ya no era el "crudo" que se asustó de una leona que husmeaba un rastro de guanacos. Podía ya considerarme un buen ginete, pues mi principal tarea era andar de un lado para otro, en esa especie de Continente deshabitado, casi siempre a caballo.

Había tenido varios encuentros con leones y entre mis pilchas lucía las mejores pieles. Me había dado el lujo de regalar muchas.

Tal como suele ocurrir en los años mozos, me había vuelto bastante temerario, pero conservaba aún la impresión de que el puma era un animal terrible.

Por esa época trabé amistad con uno de esos individuos de recia personalidad, que suelen alterar el rumbo de quienes se les arriman. Era un alemán grandote. Se llamaba Fred Otren.

Allá por el año 1880 había llegado a la Patagonia, enviado por los famosos Hagenbeck, dueños del no menos afamado circo del mismo nombre, en Hamburgo.

Fred, que era un experto taxidermista, había cumplido su misión mandando a los Hagenbeck una rica colección de la fauna patagónica, hecho lo cual, atrapado por el embrujo de esas tierras legendarias, se había quedado, sin el menor ánimo de volver a la civilización.

Hombre guapo y observador, en el año que pasé a su

lado, un año inolvidable, me transmitió, como el Abate Faría a Montecristo, su profundo conocimiento de los animales, las plantas, las montañas y todo ese complejo de cosas que hacen de la vida nómade un placer de difícil comprensión.

Fué uno de los primeros buscadores de oro en Tierra del Fuego y para qué decir que me transmitió también la contagiosa "gold feever".

Un año pasamos juntos, cazando pumas, guanacos y cuanto bicho se nos ponía a tiro, lavando arenas en los ríos, cuyo cauce seguíamos, aguas arriba, como dos poseídos, buscando la "madre" del codiciado mineral.

Aprendí a fondo el arte de cuerear pumas y preparar su piel. Aprendí que se podía avanzar a pocos metros del león, clavándole la mirada, hasta dejarlo arrinconado y sin ánimo de lucha.

Fuí así, gradualmente, perdiéndoles por completo el miedo y el respeto. Casi me fuí al otro extremo: el de despreciarlos. Mas el tiempo y la experiencia me demostraron que este último extremo era tan equivocado como el miedo de mis primeros pasos.

Nunca más temí al león, pero después de algunos entreveros mano a mano, volví a tratarlo con cierto respeto. La idiosincracia del león, como criatura de Dios que al fin de cuentas es, resulta tan versátil como la del hombre: hay de todo en la viña del Señor.

En las pampas la caza es fácil y sin peligro. Por lo general uno anda bien armado y lo puede alcanzar, liquidándolo con bala o lazo. Todo depende del caballo que se monta, del tamaño del león y, principalmente, de la baquía del cazador.

Pero en la cordillera la cosa cambia de especie y resulta mucho más complicada. La cacería de un león suele ser tarea endiablada, dura y peligrosa. Es necesario ser un buen montañés, estar muy bien entrenado y, sobre todo, no tener miedo a trepar donde sea y como sea, pues

el león hace su guarida en los lugares más inaccesibles de la montaña, especialmente cuando se sabe perseguido.

Voy a contarles lo que me ocurrió, allá por el 1905. Fué un entrevero divertido y bravo, que me devolvió el perdido respeto al puma.

Junto con Emilio, un peón chileno, habíamos llegado hasta Piedra Clavada —hoy Tres Lagos—[1], marcando el camino que habría de abrirse por allí, comunicando los lagos Argentino, Viedma y San Martín.

El año anterior yo había sido el primero en llegar, en carreta, al lago Viedma, abriendo así la huella, pero había tramos muy difíciles, que era necesario estudiar previamente. En eso andaba con mi peón chileno.

Yo montaba mi favorito: "Paloma". Emilio iba en un carrito, de un solo caballo, en el que llevábamos palas, picos y provisiones. En pocas semanas habíamos reconocido y nivelado los peores pasos.

Ya de regreso acampamos junto a una vertiente conocida por el gracioso nombre de "Manantial pelado". Se nos había terminado la carne, de modo que dejé a Emilio a cargo de las tareas "domésticas" y salí para hacer unos tiros con algún guanaco o avestruz.

Me habría alejado un par de leguas cuando en una meseta, a unos cien metros, divisé un corpulento león. Verlo y salírseme el indio, que ya llevaba adentro, fué todo uno.

Pero tenía en mi contra un imprevisto inconveniente. "Paloma", mi montado, era un precioso tordillo blanco o palomo (de ahí venía su nombre), con una estrella negra en la frente, vivaracho pero manso, de muy buena boca, pero que tenía espanto por los pumas, desde que siendo

[1] Nota del Capitán de Navío Teodoro Callet Bois: ¿Por qué ese afán de cambiar nombres? Bien está el nuevo nombre, pues que de allí parten caminos a los tres lagos, pero no lo estaba menos el anterior, por la curiosa piedra inmediata, que tiene forma de abanico semicerrado y parado de punta, con unos veinte metros de alto. Posiblemente estuviera mejor aún el primitivo y al parecer indígena de "QUEXANEXES", dado por Viedma, el descubridor de la piedra y del lago que hoy lleva su nombre.

potrillo lo habían maltratado, dejándole hondas cicatrices en la grupa.

Con cualquier otro caballo pude haber enderezado hacia el puma y liquidarlo con facilidad, pero ni bien lo presintió, "Paloma" dió un bufido y trató de disparar en sentido contrario.

Pude disuadirlo a fuerza de espuela y talero, pero no logré acercarme lo suficiente como para hacer buena puntería. No llevaba revólver sino máuser, arma formidable para caza mayor, pero pesada e incómoda para usar de montado. Además, conociendo cómo las gastaba "Paloma", no me habría animado a disparar semejante "cañonazo", pues sabe Dios cómo habría reaccionado.

A todo esto el león había tomado las de Villadiego y la carrera duraba ya un buen rato, sin que se me presentara ocasión propicia para entrar en acción.

Cansado de correr, el león buscó de esconderse y saltó al fondo de un barranco cavado por los deshielos de primavera.

Desmonté a toda velocidad y busqué donde asegurar a "Paloma", a quien el terror convertía en un poseído. A buen seguro que me dejaba de a pie en cuanto le soltara el cabestro.

Unos manchones de "mata negra", única vegetación del lugar, no ofrecían ninguna seguridad. De poco me serviría el manearlo. ¿Qué hacer?

Acordándome de Fred, mi mentor, lo manié de manos y patas y lo tumbé con apero y todo, dejándolo al pobre en bastante incómoda postura, pero completamente seguro.

Resuelto el fundamental problema, preparé el máuser y me dediqué de lleno al león.

Desde arriba del barranco no podía verlo, pues se había guarecido en una cornisa. En el fondo, sobre la arena, pude ver sus rastros.

El barranco tendría unos cuatro metros de ancho y unos diez de profundidad, Sus paredes eran gredosas y a pique, de modo que mi presa no tenía escapatoria posible.



El Fitz Roy y el caserío de Madsen junto al Río de las Vueltas.

Retrocedí unos cuarenta metros, hasta un extremo de la hendidura y salté hasta el fondo. Avancé con precaución, el arma lista para cualquier emergencia.

Guiándome por el rastro pude descubrir al muy ladino, que estaba acurrucado detrás de una gran piedra, a unos dos metros de donde yo me encontraba, casi sobre mi cabeza. Sólo se veía la parte trasera de su cuerpo.

Confieso que la actitud del bicho, sumisa y temerosa, me dió más bien lástima, pero no estaba la cosa para retroceder y menos si me acordaba, como me acordé, de todo el daño que estos malos sujetos hacen al ganado. No cabía la clemencia y resolví su "ejecución".

Como ya dije más arriba, me había vuelto confiado por demás, de modo que sin calcular las ulterioridades apunté al cuarto trasero y ¡buum!

El estampido del máuser retumbó como salva de acorazado en el profundo zanjón.

Al eco de la detonación siguió un furioso rugido del león quien, saltando desde su escondite, se me lanzó encima. Traté desesperadamente de recargar el máuser, pero la bala usada se había atascado.

¡Maldición! grité (o algo parecido). Y empecé a disparar como alma que lleva el diablo por el fondo del barranco, mientras trataba de sacar la cápsula vacía.

Siempre he sido bueno para la marcha, pero estoy seguro de que ese día bajé los promedios de Nurmi y Cabrera. Sinceramente, puedo recomendar al león macho enfurecido, como el mejor productor de energía humana, gran estimulante de la función locomotriz.

Lo que me salvó en la emergencia no fué precisamente mi velocidad, que no era poca, sino que mi "cañonazo" había destrozado una de las patas traseras del puma. Sin embargo doy fe de que con las tres restantes me dió una buena corrida y me puso en serio aprieto.

Pude finalmente, no sé cómo, recargar el máuser. "Clavé los frenos", giré sobre mis talones: ahí estaba el león, pegadito a mí. No tuve tiempo más que para apli-

carle el cañón sobre el pecho y sin hacer puntería apretar el gatillo y seguir corriendo. Todo esto en una fracción de segundo.

Cuando calculé que ya no había peligro aflojé la marcha y me di vuelta. El pobre bicho se había desplomado, herido en pleno corazón, allí donde hiciera yo el último disparo.

Por milagro no me desplomé yo también, pero me senté en el suelo, totalmente sin resuello, tratando de volver mi propio corazón a su sitio, fuera de la garganta, que seca como paja pedía a gritos un trago de ginebra.

En esta ocasión comprendí que el puma no era tan manso como yo creía y que cuando está herido se vuelve la fiera más agresiva y temible.

No sé cuanto tardé en recobrar el aplomo, pero fueron varios minutos, al cabo de los cuales me dediqué a cuerear a mi víctima.

Caliente aún, cargué el cuero al hombro y emergí, como insólito Vulcano, de las profundidades de ese infierno en el que yo pasé un gran susto y el león terminó sus penas.

El pobre "Paloma" seguía en la ridícula posición en que lo había dejado, pataleando a más y mejor. Pero la cosa se agravó cuando sintió el olor del cuero fresco. Se puso frenético, sudando por todos lados, en medio de terribles convulsiones.

Traté de calmarlo, mientras aseguraba el cuero al borrén trasero de la silla, hecho lo cual, agarrando con todas mis fuerzas el cabestro, le solté las maneas.

Me costó un triunfo montar, pero al final lo conseguí y ahí sí que ardió Troya. Lanzó al aire unos relinchos de terror y se largó a toda carrera, en medio de una complicada serie de corcovos.

Confieso que tuve que agarrarme con dientes y uñas para que no me volteara, perdiendo para siempre mi pingo y mis pilchas y el trofeo de tan singular combate.

Por suerte pude mantenerme "a flote" hasta que a don

"Paloma" se le aplacaron los ímpetus y regresamos al campamento en relativa armonía.

Este león me había dado, ciertamente, un susto de los mil demonios y una lección que no me olvidaría: el peligro de una confianza excesiva. Sin embargo, como pasaremos a ver, nos proporcionó buen motivo de jarana y chacota.

Al hacerse noche, ese mismo día, debimos acampar junto al rancho de un tal Otto, puestero de una estancia que abarcaba varias leguas cuadradas, cuyos lindes llegaban, como sucedía en esa época, hasta donde las ovejas quisieran llegar en busca de pastos tiernos y aguadas.

Otto era un sujeto desagradable, chismoso, amigo de llevar cuentos y armar líos. Nadie quería tener trato con él, de modo que vivía en una especie de ostracismo.

Al acercarnos se me cruzó una idea por la cabeza.

—¿Qué te parece Emilio si le hacemos algún chiste que valga la pena?

—Me gusta, patrón, y si quiere, como tengo fama de serio, me puedo encargar de pasárselo.

—¿Qué te parece si inventamos algo gordo con este puma y nos reímos un buen rato? Vos te encargarás de contarlo y yo daré fe de tu veracidad.

—Ya está. ¿Qué se le ocurre don Andrew?

—Mirá, este Otto, aparte de chismoso es un flojo de marca mayor. ¿Te acordás lo que pasó hace dos meses?

Precisamente en esa época andaba yo por ahí cerca, campeando unos novillos extraviados, cuando sentimos, a la distancia, el galope de lo que parecía un ejército.

Cuando estaban a tiro de fusil distinguimos a Otto y su compinche Albert que venían corriendo como desaforados, revoleando sus fusiles, mientras Otto gritaba a todo gritar: ¡Un león! ¡Un león!

Al principio supuse que alguien les habría armado gresca, obligándolos a huir, pero pensé que Albert no era hombre de mostrar los talones. Fué en ese instante que desciframos el grito desesperado de Otto.

Viramos los dos como en carrera a cara vuelta y fuimos al encuentro de los prófugos. Animados por la compañía se calmaron y emprendimos los cuatro la búsqueda de la "fiera".

—¿Dónde está? ¿De qué tamaño? Pregunté.

—Del otro lado de la vega —dijo Otto—. Andábamos repuntando la novillada y apareció detrás de la tropa, enfurecido, grande como un toro.

Mi instinto de cazador no necesitaba tanto para entrar en ebullición. Entusiasmado con la promesa de semejante presa, me olvidé de novillos y de todo. Como mi caballo era el más ligero tomé enseguida la delantera y pronto llegué al sitio indicado por Otto.

Allí vi "algo" que trotaba pacíficamente: era un cachorro de león de unos ocho meses, no más grande que un perro ovejero, flaco y miserable, tal como ocurre cuando la cachorrada es numerosa.

Había nevado hasta un par de horas atrás y la nieve fresca es excelente para rastrear, de modo que sin darle la menor importancia al escuálido bicho, me desvié en busca de rastros mayores, descontando que la leona debía andar cerca. Alisté el arma por si me preparaba alguna sorpresa.

Con gran disgusto no logré encontrar más rastros que los del cachorro. En esas se acercan Otto y Albert gritando: —¡Ahí está!

Me fastidió el pensar que ellos hubieran hallado el rastro que tanto busqué. Largué al aire un ¡canejo!, o algo parecido y volví a todo galope al sitio que señalaban.

Junto a unas matas estaba el pumita charcón, mirándonos entre sorprendido y asustado.

—¿Pero dónde está el grande? — grité.

—Es este. Mátelo pronto que se va a escapar — replicó Otto con cara de pánico.

—Bueno —dije malhumorado y riendo—, apártese, no lo vaya a comer la fiera. Y déjese de rebolear el fusil al cuete, que le va a pegar a cualquiera menos a ese pobre diablo.

Como hubiera sido un crimen fusilar al inocente animal y al propio tiempo, para dar una lección al flojo de Otto, desmonté y seguí al cachorro a pie, llevando por toda arma mi talero.

—¡Lleve el fusil, no sea bárbaro! — me gritó Otto.

—No te aflijás, que estos líos se arreglan mano a mano — le contesté despectivamente.

Mi víctima estaba demasiado débil para correr, pero se me podía escurrir entre las matas y fué por eso, honor a la verdad, que no lo seguí a caballo.

A los pocos metros le dí alcance y me dió lástima cuando se acurrucó, como gatito asustado, implorándome compasión con una mirada tierna, que si no fuera porque ya tenía el alma bien endurecida para los pumas, me habría perseguido por días.

Un talerazo en plena frente dió término al asunto. Sentí sobre mi conciencia el peso de un vulgar asesinato.

—¿Se acuerda patrón la cara de vergüenza que tenía Otto cuando Vd. nos alcanzó con el cachorro al hombro? — agregó Emilio mientras nos apeábamos frente al rancho del muy flojo.

—¡También! Era el primer león que veía y con el julepe el pobre cachorro le pareció un monstruo.

Más tarde supe que Albert no lo había visto, pues estaba del otro lado de la tropa y cuando Otto llegó despavorido creyó que realmente se trataba de un animal peligroso y como no era muy diestro cazador, prefirió acompañarlo en procura nuestra. Albert era un mozo bien plantado y nada flojo, bueno es decirlo.

Teniendo en cuenta la poca experiencia de Otto en materia de leones, era cosa fácil hacerle tragar cualquier cuento y como esa noche Albert no estaba en el puesto. la cosa era pan comido.

Habíamos dejado en el carro el cráneo del león que terminaba de cazar en el zanjón. Para sacarle los sesos Emilio le había hecho un regular agujero con el pico.

Así como a la distraída hicimos para que Otto lo viera

y ni bien reparó en él, haciéndose el entendido, nos dijo:

—¿Qué le han hecho a esa cabeza? Eso no es agujero de bala.

El pez por su boca muere. El chorlo había caído solo en la trampa.

—¿De bala? ¡Ojalá! —intervino Emilio—. Si te fijás en el pico vas a ver los rastros de los sesos. Era la única arma que tenía a mano.

Examinó Otto la herramienta y asintió, aunque quedó algo intrigado.

Emilio hizo una pausa, como si no tuviera interés en hablar del asunto y agregó como al descuido:

—Más de una vez me he visto en apuros y una que otra por demás apretado, pero nunca como la otra noche.

Me miró seriamente, como estremeciéndose por el recuerdo.

—¿Pero cómo fué? — preguntó Otto, que ya no daba más de curiosidad.

Yo puse cara de circunstancias, como si tuviera un león vivo frente a mí mientras Emilio agregaba:

—Fué anteanoche. Estábamos acampados en Manantial Pelado. Debía ser más o menos la medianoche cuando sentí un bulto enorme que se me venía encima, dándome un encontronazo que me dejó tarumbo. Dí un grito de espanto que despertó a Andrew.

—¿Era el león? — preguntó Otto con la ansiedad pintada en su cara tan poco simpática.

—¡Y qué león! —intervine yo—. Me desperté sobresaltado y vi un enorme león, de más de tres metros de largo, que encaramado sobre Emilio trataba de desgarrar las matras que lo cubrían. Fué tal mi impresión que perdí completamente la cabeza y en lugar de manotear el fusil que estaba ahí nomás, hice algo realmente estúpido: le arrojé a la cabeza toda mi ropa de cama.

—Ante el insólito ataque, el león giró en redondo y se enredó en mi quillango, quedando trabado mientras pegaba unos bramidos capaces de asustar al más pintado.

Como si hubiésemos ensayado el papel, llegado a esta parte del relato, Emilio entró en acción y remedando su imaginaria postura, agregó:

—Gracias a la ocurrencia de Andrew pude escurrirme de entre mi ropa y salvarme del león, que se revolvía sobre mí, cada vez más furioso. Pese a la oscuridad de la noche atiné a ver el pico con el que había nivelado el terreno para mi cama. Era la única arma que tenía a mano. Me puse de pie, revolié la herramienta con todas mis fuerzas y al primer golpe le acerté en los sesos, dejándolo seco y haciéndole el hueco que ustedes han visto.

—¿Y Andrés? — preguntó Otto.

—Estaba a un par de metros, fusil en mano, atento a la escena. No se animaba a hacer fuego porque yo andaba entreverado con la fiera. El dice que perdió la cabeza, pero yo digo que acertó con lo mejor que podía hacerse en tal situación, pues si hace fuego a lo mejor la ligo yo. Lo único que siento es por su quillango, que quedó a la miseria.

Mi quillango era, por cierto, viejo y rotoso. Como manta de cama resultaba ya muy poco confortable. Su aspecto venía de perlas para apoyar el relato.

Lo cierto es que Otto se tragó el anzuelo con plomada y línea. Era tan tonto que no se le ocurrió examinar la piel, que no tenía señas del supuesto agujero.

Tan pronto aclaró se fué volando al galpón, que quedaba a cosa de una legua, para llegar antes que nosotros y contar la "primicia", con algunos agregados de su cosecha.

Desparramó la truculenta historia entre patrón y peones. Se molestó porque Albert y York (el patrón) no le quisieron creer, diciéndole que le habíamos tomado el pelo.

Poco rato después llegué con Emilio, al tranquito, los dos en el carro y con "Paloma" al cabestro. En seguida nos rodearon. Algunos nos miraban con cierta admiración, otros, como York, se reían haciéndonos guiños que nosotros contestábamos.

Otto enderezó hasta el carro y sacando la cabeza del león la mostró triunfante al auditorio.

—¿Han visto como era cierto? — les espetó, enseñando el hueco hecho por Emilio.

Pero Albert, con otros, se había adelantado para examinar la piel y soltando una carcajada contagiosa dijo:

—Tenías razón Otto, estos dos son unos fenómenos. Mirá que hay que ser macho, no sólo para matar a semejante león con un pico, sino para cuerearlo antes de matarlo. Realmente es algo fantástico. Nunca creí que hubiera nadie capaz de hacerlo.

Mostrando la prueba de la patraña al azorado Otto, la remató diciéndole:

—¿Qué me contás de esto? Mirá que sacarle la piel y después matarlo con el pico...

Todos se arrimaron a Albert, que extendió la piel en el suelo y rodeando a Otto le tomaron el pelo a más y mejor.

Nos reímos un rato con ganas..., todos menos Otto.

IV

LA CENA ROBADA

Una de las veces en que me he visto en más serio aprieto fué hace muchos años, mientras viajaba rumbo a la boca del río Santa Cruz.

De la cordillera a la costa no había un metro de alambrado ni establecimientos de ninguna especie, de modo que había que viajar a campo traviesa. Me guiaba mi instinto marinero y mi equipo motriz se limitaba al montado y un carguero.

Llevaba ya cuatro días de marcha sin ver un alma. Había empezado a escasearme la carne, mi único alimento. Avanzaba husmeando el horizonte, en busca de caza. De sólo imaginar un guanaco o un avestruz se me hacía la boca agua.

Al acercarme a un cauce seco, bordeado de mata negra, vi con gran alegría los restos de un avestruz que a todas luces acababa de morir víctima de un león.

No me detuve a pensar que el matador podría andar cerca. Estómago vacío es mal consejero.

Desmonté de un salto, con inconsciente tranquilidad, presumiendo, como me convenía, que mi proximidad habría alejado al puma.

Sabido es que el león sangra a su víctima como el mejor matarife, de modo que me dije satisfecho: "Aquí está mi cena". Y me dediqué a cortar la presa.

Inclinado sobre el avestruz trozaba un pedazo de car-

ne, con fruición de "gourmet" cuando ocurrió algo extraño e incomprensible.

De repente, sin que nada hubieran percibido mis sentidos, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo y con el presentimiento de que grave peligro me acechaba, giré rápidamente sobre mis talones y ví, con horror, a unos cuatro metros detrás mío, a una leona de respetable tamaño, agazapada y lista para saltar, balanceando la cola como un gato al acecho de un pájaro.

Lo que entonces ocurrió fué más rápido que el contarlo. Creo que con mayor agilidad que un puma, dí un salto, como si tuviera resortes, y monté en mi caballo, que estaba a un par de metros. En la misma fracción de segundo la leona había saltado, cayendo justo en el lugar donde yo estaba agachado.

Me había salvado por el espesor de un pelo. Pienso que sería fantástico filmar una escena similar, si es que puede haberla: Un puma y un danés acriollado pegando un formidable salto sincronizado en distinta dirección.

Hasta hoy no me explico cómo pude dar semejante salto, cómo monté a caballo ni cómo presentí el peligro. Lo cierto es que si no fuera por este triple milagro, a estas horas no estaría aquí, junto al fuego, al pie del Fitz Roy, contándoles lo ocurrido. Sin lugar a dudas hay un Dios que rige nuestros destinos y nos protege del peligro.

Tan pronto se me pasó el susto o mejor dicho la impresión, porque ya me había vuelto bastante guapo, miré a mi alrededor en busca de la leona. Se había escondido tras un manchón de mata negra y resultaba imposible localizarla como para hacer buena puntería.

Me acordé de los sabios consejos de Fred Otren, el taxidermista y buscador de oro. Desmonté rápidamente, con el arma en guardia, me puse a barlovento y prendí fuego a las matas. Con ello obligaría a mi adversario a salir del escondite y presentar lucha. Monté nuevamente y quedé atento.

El fuego se extendió rápidamente por el resinoso ma-

torral. El pobre animal, desesperado, se agitaba, negándose a salir al descampado.

Recién cuando el fuego lo chamuscó bastante se decidió y con un rugido de rabia y dolor emergió de entre las llamas en dirección hacia el lugar donde yo estaba, firme en mi caballo, apuntando con el fusil.

El primer balazo la volteó y así terminó esta historia y la de esa leona.

Afortunadamente mi montado estaba muy bien adiestrado para el tiro desde la silla. Con el carguero eran mis favoritos para la caza del puma. No conocían el miedo y eran excelentes rastreadores, cosa rara, pues la mayoría de los caballos tienen terror a los leones, como ocurría con "Paloma", según hemos visto hace un rato.

Sólo así se explica que pese a haber visto que el león se me venía encima, no se hayan movido siquiera. Si lo hubieran hecho, quizás me habrían advertido del peligro, pero probablemente no habría podido montar en la forma que lo hice.

El caso es que salí de la aventura enriquecido con un cuero de león y carne para la cena, que me supo a gloria... gloria bien ganada.

Sin embargo aconsejo a Uds. que cuando se decidan a robar comida ajena, averigüen antes si el dueño anda cerca.



Fitz Roy Madsen con su primer león (1931).

V

EL MATADOR DE POTRILLOS

Les contaré ahora lo que me ocurrió en otra ocasión, en que me salvé también por pura carambola. Confieso que me la busqué y si mi suerte no hubiera sido tan grande como mi estupidez, allí habrían terminado mis andanzas.

York, mi patrón, era un tipo difícil. Cuando descubría rastros frescos de león se excitaba terriblemente y se ponía realmente pesado. Reclamaba para sí el sitio de mayor riesgo, pero en cuanto se le pasaba el primer envión se le apagaban los fuegos y se desinflaba. Su fanfarronería era equivalente a su flojera.

En más de una ocasión, Eduardo Bork, otro alemán, y yo, nos habíamos visto en figurillas para sacarlo de apuros, arriesgando a menudo nuestro pellejo.

Recuerdo que en una ocasión se quiso hacer el gallo y fué sólo siguiendo un rastro de león. Con seguridad llevaba el secreto propósito de deslumbrarnos cobrando una pieza sin nuestra ayuda.

Como tardara en regresar salimos con Bork en su busca y lo hallamos mal herido, al pie de una escarpa bastante alta de la que se había caído. Desde entonces fué más prudente y siempre nos llamaba.

Eduardo era el polo opuesto al patrón. Valiente y sereno, era un eximio tirador. Tendría entonces unos cincuenta

años. En su juventud había sido marinero, como yo, y había vagado por los siete mares en veleros de todos los pabellones. Su coraje corría parejo con su afición al trago —como dicen los chilenos—.

Para pintarles mejor a mi compinche recordaré algunas de sus andanzas.

Años atrás, mientras exploraba la zona del lago San Martín con su paisano Hermann Sigert, llegaron al lugar hoy conocido por "paso Charles Fuhr", en el río Santa Cruz, y se encontraron con que alguien había llevado el bote hasta la orilla opuesta.

No llevaban provisiones y, lo que es más grave, les faltaba sal, elemento número uno para vagar por las soledades patagónicas. De poco vale conseguir carne si no se cuenta con el imprescindible condimento, que mata la 'catinga" de las carnes cimarronas, único alimento obtenible.

Todo estaba en el bote y necesitaban llegar a Ultima Esperanza antes de que se echara encima el invierno, el terrible invierno sureño... y estaban ya en abril.

No quedaba otro remedio que cruzar el río a nado. Las aguas eran puro hielo y la correntada imposible de vencer. Sólo recuerdo a dos que cruzaron el río a nado: Feldrappe, que lo cruzó en Paso Ibáñez y Knud Beck, que lo franqueó varias veces frente a la estancia "Condor Cliff".

Pero Eduardo no vaciló. Se desnudó y valientemente venció el torrente y el frío.

Algún tiempo después, recordando la patriada, me decía que el cruce a nado había sido una pavada si se lo comparaba con el regreso, desnudo en el bote, azotado el cuerpo por las agujas del agua congelada y el viento implacable de la cordillera.

—Casi me mata el frío —comentaba—. Cuando llegué a la orilla hubiera dado cualquier cosa por una botella de whiskey.

A decir verdad Eduardo no necesitaba hacer seme-

jante proeza para clamar por una botella de whiskey. En cualquier momento estaba dispuesto a trocar su alma por una botella... si es que algo le quedaba del alma. Evidentemente era su gran falla.

En otra ocasión la guapeada fué mayor.

El indio Kokayo, que cuidaba también haciendas de York, pero a unas seis leguas de nosotros, vino un día a pedir el máuser del patrón para matar un toro bagual, que había bajado de la montaña y se había mezclado con la novillada mansa.

Según Kokayo se trataba de un animal enorme y muy arisco, al que no se animaba a enlazar.

Diré, así como al pasar, en esta especie de desfile de personajes patagónicos del tiempo viejo, que sólo Bill Downer se había atrevido a enlazar un toro viejo y salvaje.

Bill era capaz de echarle el lazo a cuanto bicho se le pusiera a tiro en cualquier forma: guampa o cogote. Todo era lo mismo para él; bastaba con que prendiera la lazada, aunque se corriera a la barriga.

Recuerdo que fué con Bill que hice mis primeras armas en tan difícil arte. Era impresionante verlo revolear el lazo a toda carrera y de repente clavar el caballo y aguantar el cimbrón. Bien pegado al pescuezo del caballo, sabía aguantar el tirón sobre la parte más carnosa de su anatomía y sujetaba a la bestia hasta que alguien le echara un lazo extra.

Pero como Kokayo no era Bill, prefirió el máuser y diez balas y se largó hacia el lugar donde andaba merodeando el alzado.

Como caranchos a la osamenta, Bork y yo lo seguimos al indio. Eduardo con su carguero a la par y yo con el catango del puesto, dispuestos a agenciarnos una buena provisión de carne fresca. Por si acaso llevé conmigo dos peones catangueros.

Cuando nos arrimábamos al lugar vimos que Kokayo trataba de rodear al ganado, a todo galope, mientras nos pedía ayuda a gritos.

Desuncimos los bueyes, sacamos los lazos y fuimos a ver qué sucedía. El pobre indio, con el caballo que ya no daba más, se multiplicaba para mantener unida a su tropa, que mugía y se arremolinaba, levantando gran polvareda.

De repente emergió de ese pandemonium el famoso toro, que cargó derecho contra Kokayo, que había gastado ya nueve de las diez balas sin conseguir herir a la bestia en parte vital. Si el toro era salvaje, ahora estaba enloquecido de furor.

El indio no se animó a quemar su último cartucho y optó por confundirse con el resto del ganado.

Tras breve consejo resolvimos que Eduardo se ocultara entre los matorrales con el máuser, mientras nosotros tratábamos de arrear al toro en la misma dirección.

Fué tarea brava el manejar la tropa que el indio había revuelto durante horas. Con tanto disparo y corrida se había vuelto arisca.

Eduardo no aguantó mucho en su escondite y salió al descampado en busca del toro. Mas quiso su mala estrella que el bicho lo viera antes a él y sin darle tiempo para reaccionar se le fué encima como balazo.

Voló el pobre Eduardo por los aires, aterrizando en el centro de unas grandes matas de calafate, que lo salvaron de las cornadas. Por suerte el toro tenía las guampas muy abiertas y no llegaron a lastimarlo.

Kokayo y uno de mis carreteros alejaron al toro, mientras yo con el otro peón fuí en ayuda de Eduardo, que había quedado en poco airosa postura.

El calafate es un arbusto típico de la Patagonia. Dice la conseja que quien prueba su fruto violáceo ya no puede alejarse de esas tierras embrujadas. Confieso que a mí me sucedió algo de esto, pues llegó hasta despertarme el estro poético, según puede verse en "Mi primer hogar patagónico".

Sin embargo, justo es decir que no es lugar apropiado para sentarse a descansar y a juzgar por el lenguaje de

Eduardo en la emergencia, no se sentía muy cómodo en sus espinosas ramas.

El toro estaba demasiado furioso para preocuparse por su víctima, de modo que en cuanto comprendió que estaba fuera de su alcance abandonó la partida y siguió con sus fechorías por otro lado.

A duras penas sacamos a Eduardo de su espinoso lecho y tan pronto se vió libre empuñó el máuser y corriendo nuevamente hacia el descampado empezó a gritar en su mal español:

—¡Dónde está toorro!

Inútiles fueron nuestros consejos. El alemán estaba más furioso que el toro y sólo pensaba en vengar la afrenta.

Como el sitio era bien visible y algo elevado el toro lo distinguió en seguida y sin hacerse rogar aceptó el reto, enderezando hacia el ocasional torero.

Cuando recuerdo lo que entonces ocurrió se me pone la piel de gallina y no puedo menos que evocar con cariño y admiración a mi compañero de andanzas patagónicas. Fué una de esas bravatas a lo Buffalo Bill, una de las hazañas más espectaculares que jamás ví ni soñé.

La velocidad de la bestia era impresionante; parecía un demonio enfurecido. Pero Eduardo estaba listo.

Bien firme, con el garbo de un virtuoso del redondel, con el máuser al brazo, apuntando para abajo, esperó al toro a pie firme y cuando lo tenía a veinte metros, a lo sumo, levantó el arma en estilo impecable, sin mover el cuerpo para nada y sonó el tiro.

El toro vaciló, pero la tremenda inercia de su embestida lo llevó hasta unos pasos de donde estaba Eduardo en pie, con una flema admirable: había hecho centro a una pulgada sobre los ojos.

Para qué decir lo que creció nuestra estima hacia el bravo alemán. Su fama se consolidó definitivamente y desde ese día los muchachos tuvieron más cuidado en sus pullas al "gringo marinero".

Bien dicen que a veces resulta más larga la enmienda que el soneto. Perdonádme, lector amigo, estas disgresiones, ajenas al relato en sí, pero las he creído convenientes para presentar a los personajes.

El caso es que durante el último verano un león había estado haciendo estragos en nuestra potrillada. A juzgar por los rastros dejados en la arena debía ser enorme.

No teníamos buenos perros rastreadores y el maldito seguía liquidándonos los mejores potrillos, al amparo de la impunidad que le daba el verano y de la empinada falda de la meseta, que con acantilados y barrancos a pique le proporcionaban excelente escondrijo.

Después de varias tentativas infructuosas resolvimos esperar el invierno, gran aliado del cazador, pues sabido es que la nieve resulta la mejor guía para el rastreador.

Cuando llegó la primera nevazón, a principios de mayo de ese año, estábamos que nos salíamos de la vaina por liquidar al intruso, que nos tenía a mal traer.

Tratamos de conseguir que York nos dejara ir solos, pero el patrón, en uno de sus desplantes, no sólo se negó sino que tomó el lugar de mayor pelirgo.

Salimos pues los tres, York, Eduardo y yo, al rayar el alba. A poco andar dimos con los rastros inconfundibles en la nieve: el puma había estado siguiendo a las yeguas.

Todo marchó bien hasta que de repente los rastros se entreveraron con los de centenares de guanacos, de ida y vuelta, de modo que resultaba imposible seguirlos.

Había que organizarse en forma, de modo que resolvimos desplegarnos estratégicamente.

York recorrería la pampa en círculo, mientras Eduardo y yo subiríamos a la meseta, donde, según presentíamos, estaría la guarida.

Dejamos nuestros caballos y hundiéndonos hasta la rodilla avanzamos hasta el pie de una escarpa sumamente empinada.

Buscando un lugar propicio para escalarla, descubrí una grieta en el barranco. En verano caía por él una cas-

cada, pero ahora el agua estaba totalmente congelada, formando un ventisquero en miniatura.

Ya me había vuelto un experto hombre de montaña, de modo que avancé resueltamente, tallando escalones en el hielo con el cuchillo y agarrándome como podía para no resbalar.

Avancé lentamente y cuando estaba a unos trescientos metros de altura, en el hielo vivo, sentí a Bork que me gritaba:

—¡Ahí arriba Andrew, justo encima tuyo!

Levanté la mirada y a unos cuarenta metros ví un enorme puma que trataba de cruzar el cauce helado por el que yo estaba trepando.

Me afirmé lo mejor que pude en el hielo, con mis botas de clavos, y preparé el fusil, esperando que el león se pusiera a tiro, ya que no podía moverme de la posición en que estaba.

El león avanzaba con gran precaución sobre el hielo y cuando estaba justo en mi perpendicular, sin pensar en la torpeza que iba a cometer, le apunté con precisión detrás de la paleta izquierda. El tiro resonó con ecos infinitos en la montaña.

Sólo me dí cuenta del disparate cometido cuando unas doscientas libras de león se me vinieron encima, como un bólido, dando tumbos en el hielo y tirando zarpazos al aire, en un desesperado intento por asirse de algo.

En el preciso instante en que oprimí el gatillo, comprendí la barbaridad que hacía, de modo que sin perder un segundo solté el fusil, que llevaba a la bandolera y clavando con fuerza el cuchillo en el hielo, sobre mi cabeza, me agarré con todas mis fuerzas, quedándome tieso y encomendando mi alma a Dios.

Una vez más me salvé, pues el león pasó rozándome, errando el zarpazo por una pulgada.

Si una de sus garras me hubiera enganchado la ropa, habría rodado con el puma varios centenares de metros hasta el fondo del barranco.

Repuesto de la impresión emprendí el regreso, que resultó mucho más difícil y peligroso que la ascensión. Cuando llegué a la base me senté en una piedra y lancé un suspiro de alivio, con la sensación de haber estado al borde de lo ignoto.

—¡Qué bárbaro que sos, Andrew, sólo a vos se te ocurre semejante locura! —me dijo Eduardo en cuanto llegó.

—Te juro que no me meto en otra —le dije—. Cuando ví que el león se despeñaba y miré para abajo, me pareció estar más alto que la cima del Fitz Roy. No sé cómo me he salvado de ésta.

—Bueno, ya que se te pasó el susto vamos a buscar el león, que debe andar por acá cerca.

En efecto, a unos cincuenta metros encontramos a mi víctima, medio hundida en la nieve, que allí tenía fácilmente un metro de espesar. Nos dió un trabajo atroz el arrastrarlo hasta sitio más firme donde pudiéramos cuerearlo.

Comprobé con satisfacción que era el mayor león que hubiera visto hasta entonces. Nunca más cacé uno de semejante tamaño. Debía ser el Matusalen de los leones, con sus garras peludas y los dientes gastados y rotos.

A todo esto habíamos perdido todo contacto con York, que andaría sabe Dios por donde. Conseguimos unas ramas e hicimos un fuego, haciéndole señales con humo, a la usanza india.

Una hora después se nos juntó el patrón, oyendo con asombro el relato que le hizo Eduardo no pudiendo sin embargo, ocultar el descontento que le causaba el llegar siempre tarde.

Montamos cada uno en su sillero. El cuero me pertenecía por derecho natural. El ánimo estaba contento: íbamos para las casas, donde nos esperaba una buena churrasqueada y sobre todo ¡habíamos destruído al matador de potrillos!

Eduardo fué inolvidable compañero de cacerías. Mientras compartimos riesgos, aventuras y jaranas, tuve por él

una íntima admiración y un gran cariño, pues era noble y caballeresco.

Pero poco tiempo disfruté de su excitante compañía, pues algunos días después del episodio que acabo de relatarles y mientras se hallaba en su estado semi-habitual, vale decir, en perfecto estado de ebriedad, se armó una de esas grescas de "tente tieso" y el pobre Eduardo, que no tenía arte ni parte en el bochinche, fué destinatario de una bala que se le alojó en un riñón.

Dos días sobrevivió el bravo alemán. Su ideal declarado era el de morir borracho más por rara paradoja, la fatal herida obligó a mantenerlo alejado del alcohol y mi gran compañero, el valiente marinero que transitara por todos los mares, con una botella por inseparable estandarte, vivió los inexorables sesenta segundos del minuto final en santísimo estado de sobriedad.

Desde entonces Eduardo Bork fué un símbolo, arquetipo de aquellos hombres temerarios y nobles que poblaron el lejano confín argentino.

VI

UN CAZADOR PORFIADO

Ya he dicho a ustedes que a comienzos de siglo todo sujeto que se le animaba a la Patagonia, o se hacía duro o abandonaba la partida. Había que hacer de todo y aprender los más dispares oficios. Eramos verdaderos Robinsones que teníamos que bastarnos a sí mismos, ya fuera ante el peligro o ante la más imperiosa de las necesidades: comer. El ingenio debía ser tan grande como el coraje.

La lucha con la naturaleza hostil y áspera es lo más maravilloso que pueda uno imaginarse. Al comienzo nos ataca el temor, la duda y a veces la desesperación. Pero cuando "le tomamos la mano'" y sabemos que suceda lo que suceda, siempre encontraremos un medio de salir adelante, se posesiona de nosotros una especie de temeridad, una confianza ciega y lo que es más increíble, un profundo amor al riesgo, a la soledad y al desierto. En una palabra, se pierde completamente el miedo a la vida y a la muerte y se vive en un estado de euforia permanente, buscando todos los días algo nuevo y excitante. Así hemos vivido los mejores años de nuestra existencia, así aprendimos a conocer y querer a la Patagonia, así plantamos nuestra familia, así vinieron nuestros hijos... y así, de idéntica manera, en el sereno crepúsculo de la vida, vivimos recordando aquellas cosas hermosas que iluminaron nuestros años mozos y, por qué no decirlo, haciendo de

vez en cuando alguna patriada, como para pulsar la lira y saber que no estamos aún fuera de combate... pese a los setenta y cinco inviernos que han cubierto de nieve nuestra cabeza.

Perdón amigo lector por estas disgresiones, pero ya verás cómo tiene mucho que ver con lo que me ocurrió una vez en que tuve la idea más peregrina que pueda imaginarse: matar un león con una navaja marinera.

Había que aprender de todo un poco, realmente. Es así que estaba balseando troncos de la cordillera al aserradero "Viedma Primera", por el lago de este nombre.

Como si el destino hubiera arrastrado a todos los marineros hacia la cordillera, tenía en esa ocasión por compañero de tareas a un peón alemán que había sido, precisamente, marinero: como yo, como Eduardo, el capitán Hogberg, Sigert y tantos otros. Evidentemente había una gran similitud entre la vida marinera, luchando con tempestades y soledad, y la Patagonia de aquellos tiempos, con su clima agresivo, sus inmensas soledades, sus lagos que parecen mares. Por algo habíamos ido a parar allí.

Bueno, el caso es que mi peón se llamaba Hans Iplega y que gracias a su ayuda pude manejar ese potro salvaje que es una jangada en un lago enfurecido.

Ibamos más o menos bien en nuestro bote, remolcando los troncos, cuando se levantó uno de esos ventarrones formidables que arrean con todo lo que encuentran y nos deshizo la balsa en menos de lo que canta un gallo. Los troncos quedaron a la deriva o fueron a dar a la playa.

Estábamos a fines de mayo, vale decir, que hacía un frío de los mil demonios. Pero había que salvar el fruto de tan dura trabajo y nos dedicamos, sin aflojar, a la tarea de reunir los troncos dispersos.

Trabajamos durante varios días hasta la noche, con una escarcha que endurecía los cabos y convertía nuestro bote en una especie de témpano.

El pobre Hans aflojó de golpe y resolvimos tomarnos un día de descanso, hasta que se le pasara la descompos-

tura. Enderezamos hacia el campamento del río Cangrejo y allí encontramos cuando podíamos necesitar, empezando por leña abundante para el fuego.

Si Hans contó con mi asistencia anduvo muy errado, pues a los cinco minutos de tranquilizarnos, cuando todo invitaba a estirar los músculos frente a la hoguera, me atacó de repente la 'fiebre del león"... tal como suele ocurrirme aún hoy, después de cincuenta años de cacerías.

Había nieve fresca y el viento ya no era tan fuerte. Un sol radiante poblaba el aire de esas increíbles armonías cordilleranas. ¿Cómo quedarse quieto? Era superior a mis fuerzas y pidiéndole excusas a Hans, que estaba más muerto que vivo, salí en busca de la tropilla, que por suerte andaba cerca.

Ensillé mi caballo y salí a probar fortuna. Ya me había hecho baqueano y sabía que en la meseta del 'Paso de los indios" había siempre rastros.

Cargué conmigo la única arma de que disponíamos: una escopeta de dos caños, vieja y herrumbrada, con un caño reventado y el otro sano. La usábamos para conseguir patos y gansos con destino a la olla. Pensé que era mejor que nada y que si me arrimaba lo suficiente al león podría quizás servirme.

Anduve campeando por la meseta un par de horas cuando dí con un guanaco muerto en la noche. Alrededor de la osamenta había rastros de no menos de siete leones que habían compartido la comilona.

Me sentí eufórico y dije para mis adentros: "tres o cuatro cuando menos, Andrew".

El sitio era bastante despejado y me decidí a seguir dos rastros que iban juntos. Para mis adentros pensaba en un buen casal, sin remorderme la conciencia el que pudiera interrumpir su digestión o quizás su luna de miel.

A menos de quinientos metros aparecieron, en efecto, dos leones de buen porte. Se separaron y empezaron a correr. Seguí al más grande y en poco rato lo tuve a distancia como para hacer un buen tiro.

Me dispuse a preparar mi "trabuco" cuando comprobé, con rabia y consternación, que se le había caído el martillo del percutor del único caño sano. Largué una interjección marinera, que considero prudente no reproducir acá y sumamente fastidiado tiré el cachivache sobre el calafate más cercano.

En mis numerosas correrías había enlazado muchos leones, pero siempre en descampado. Pero ahora el paraje estaba lleno de matas de regular altura y no había caso de hacer una enlazada limpia.

Hice varios intentos pero siempre se me escurría el bicho sin que le pudiera ajustar el lazo al pescuezo. Finalmente buscó refugio en un matorral espeso de calafate, negándose a salir de él, pese a las invitaciones que en toda forma le hice.

Con la temeridad propia de quien está posesionado de la "fiebre del león", desmonté lazo en mano y me aproximé al león hasta tenerlo bien a tiro, tratando de asustarlo para que abandonara el escondite.

Decididamente el león estaba de buen humor, pues me miraba con un dejo de ironía, como diciéndome: ¡Acá vas muerto, por más que quieras no me podés hacer nada!

Y mientras esto pensaba se iba internando más y más en el denso matorral.

Me abrí paso entre los calafates y le sacudí con mis boleadoras. Pero el golpe fué débil y en una de esas el puma manoteó con ganas y me las arrancó de las manos. Me miró sonriente —así me pareció al menos— y se sentó tranquilamente sobre mis "tres Marías", tal cual suele hacer el león con todo lo que se le arroja.

Era el colmo: tener allí, a un par de metros, a un hermoso ejemplar y no poder hacerle nada. Pero a porfiado no me iba a ganar.

Recordé haber leído de un cazador que había estrangulado un puma a mano limpia. No me atrevería a desmentirlo pero confieso que no me sentí tan valiente como



El símbolo de los Andes: el cóndor.

para ensayarlo y por otra parte no me hallaba en trance que me exigiera tan extremo recurso.

Sin embargo, no sabía qué hacer: carecía de un buen cuchillo, pues, como ya lo dije, no andábamos realmente de caza. Recordé que llevaba conmigo mi inseparable navaja marinera y pensé que bien valía la pena ensayarla.

Corté una rama de calafate, no muy gruesa, de un metro de largo. Con una guasca de la montura fabriqué una especie de chuza o lanza criolla.

Sintiéndome un moderno San Jorge ataqué decididamente al león. Pero no maté ni dragón ni león: éste, de una poderosa dentellada, me rompió la chuza y se sentó tranquilamente sobre mi navaja, unida a las demás cosas que le había arrojado.

Sin pensar en que el bicho podía atacarme y que no tenía con qué atacarlo, me arrimé más aún, tratando de asustarlo con gritos y gestos, pero el maldito no se movía, contestándome con gruñidos y muecas feroces.

De repente se me iluminó la cabeza y me acordé de la desvencijada escopeta que arrojara por inútil: "al diablo con todo —pensé—, aun sin martillo de algo podrá servirme".

Utilicé entonces una de las artimañas aprendidas de Fred Otren: me saqué el gabán y lo colgué cerca del león recalcitrante, suponiendo que no se movería mientras iba en busca de la escopeta.

Efectivamente, cuando volví estaba en el mismo sitio, lo más campante.

Decidido a tentar mi último recurso me le arrimé hasta un par de metros, afirmé la escopeta bajo el brazo, apunté al pecho del puma y tomando un trozo de lima vieja que llevaba conmigo para afilar el cuchillo, apliqué un recio golpe al percutor.

Confieso que la explosión que siguió me hizo experimentar una alegría semi-demoníaca. El resultado fué desastroso para el león, al que abrió un tremendo buraco en el pecho; simplemente se tumbó y murió, dejándome la

impresión de haber cometido un asesinato. Tenía no obstante en mi descargo, el antecedente de que el puma me había estado tomando el pelo. Evidentemente, había resultado más porfiado el cazador que su presa.

Cuando lo hube cuereado sus congéneres andaban lejos, por las rocas volcánizas del "Paso de los Indios" y aparte de que se estaba haciendo tarde, no era cosa de ensayar trucos con más leones, pues si una partida me había salido bien, no convenía jugar con mi buena estrella.

Me dí, pues, por satisfecho con uno. Al menos no volvía con las manos vacías y había tenido un buen rato de excitación.

Regresé al campamento del río Cangrejo. Se me había aplacado ya la "fiebre del león". Hans ya estaba repuesto y lo hice reir un buen rato con las alternativas de mi original cacería.

VII

EL "DEBUT" DE PETER. UNA LEONA Y TRES CACHORROS

Pasaron los años. Quiso mi buena estrella que hallara en mi camino a la mujer más santa y más noble. Con ella planté mi hogar en el río de las Vueltas. Y ella me dió los hijos más gauchos y más queridos que hombre alguno haya tenido.

Era doña Fanny una de esas mujeres extraordinarias, que llevan en su sangre el temple y el coraje de una Walkyria y la profunda ternura de esas mujeres que quieren y se hacen querer intensamente.

A ella debo todo cuanto soy. Sin ella no habría llegado a hacer nada de lo que hice. Pero hoy, con el invierno en el alma y en los cabellos, debo continuar sólo mi camino, Doña Fanny nos dejó, un día de invierno, aislados del resto del mundo por terrible nevazón y allí descansa, junto a ese hogar que ella formó, en un recodo del río de las Vueltas.

Perdonadme esta nueva disgresión, pero no podría hablaros de lo que voy a contar, sin decir que ya no era el marinero trotamundos, el aventurero que armaba juerga con la soledad y los leones. Había sentado cabeza, más o menos, había formado mi hogar. Y no podría hablaros de mi hogar, ni simplemente recordarlo, sin evocar, con triste y renovada emoción a doña Fanny, mi bienamada esposa.

Había matado ya muchos leones. Unos años muchos,

otros años pocos. Sería tedioso el registrarlos todos, de modo que saltaré un regular período para llegar a la época en que mis muchachos habían crecido lo suficiente como para acompañarme en mis correrías.

Desde los nueve o diez años salían al campo conmigo. Eran magníficos jinetes y discretos tiradores. En contadas ocasiones salieron a cazar solos, pero nunca en aquellas penosas campañas de invierno.

El mayor —Peter— tuvo su "prueba de fuego" allá por los quince años. Había nevado tupido durante un par de días y cuando escampó comenzó a helar. En el llano habría unos setenta centímetros de nieve y bastante más en la montaña. Sin embargo todos querían salir.

—¿Puedo ir yo? —suplicaban a una los mayores.

—¡No! —les contesté—. Hay mucha nieve y el termómetro marca quince bajo cero.

—Llevame a mí, que soy el mayor —me suplicó Peter—.

Me parece recordar sus caritas coloradotas, quemadas por el sol y el frío, mirándome ansiosos con sus ojos claros y grandotes. Si yo no hubiera sido un saltamontes y alguien me hubiera aplicado el freno como se lo estaba aplicando a ellos, con seguridad que recordaría idénticos episodios de mi infancia. Fué en homenaje a esta reflexión que "aflojé" y decidí llevar a Peter.

A la mañana siguiente, aún oscuro, desperté al muchacho y a un peón chileno que nos acompañaría. Siempre iniciaba de noche mis correrías, para dar con los leones antes de que pudieran regresar a sus guaridas, pues el puma siempre mata de noche.

Tomamos mate junto al fogón, dimos el pienso a los caballos mientras tomábamos el café, ensillamos y partimos.

Al pasar por la galería echamos una ojeada al termómetro: veinte grados bajo cero. El frío mordía, pero no nos importaba, pues íbamos secos y bien abrigados.

La partida era siempre agradable, pero lo que solía

resultar bravo era el regreso, a veces de noche, cansados y empapados.

Comenzábamos en buena forma, el ánimo contento, los perros ladrando y saltando en la nieve. Hacía días que no salía de las casas. Me sentía como pato que echan al agua.

Es difícil, muy difícil, explicar lo que se siente en tal ocasión: salir al tranco, el caballo hundiéndose en la nieve, respirando hondo el aire glacial, el cielo oscuro tachonado de mil estrellas brillantes como soles y el espacio infinito ante nosotros. Es algo que es preciso vivirlo para comprenderlo, pero ciertamente, es un canto a la vida, es un instante de honda emoción y poesía. Es la vida misma retozando en nuestros corazones.

El alba nos alcanzó cuando galopábamos a una legua de las casas, sobre el río de Las Vueltas. Allí teníamos que encontrar rastros.

Pero el cálculo falló y la nieve estaba tersa e inmaculada. No había más remedio que cruzar el río.

El asunto no era fácil, pues si bien estaba completamente cubierto de hielo, de un espesor suficiente como para aguantar jinete y cabalgadura, en la parte central, por donde la corriente era más impetuosa, presentaba grietas de un metro de ancho más o menos.

En mi condición de jefe de la "expedición" me correspondía hacer punta y no vacilé un instante. Montaba yó un fuerte potro, un doradillo encerado al que llamaba "Oro", precisamente por su pelo reluciente y dorado.

Busqué un lugar apropiado, donde el hielo fuera más espeso, y lo encaré decididamamente. Oro no sabía lo que era el miedo; en mi vida he visto caballo más guapo.

Entraba ya a ponerme contento, creyendo que haría el cruce sin tropiezos, cuando de repente se quebró el hielo bajo nuestro peso.

Tuve la buena suerte de poder combinar la rodada con un potente salto y fuí a aterrizar sobre el hielo sano, del otro lado. En cambio Oro cayó al agua, que afortunadamente no era allí muy profunda.

Asomó la cabeza, medio ahogado, pero siempre brioso e intentó trepar al hielo, que cedió nuevamente. Hizo un nuevo intento y por suerte el piso aguantó bien.

Yo había llegado ya a la otra orilla y allí me alcanzó Oro, agotado por el esfuerzo y estremecido de frío. En un instante caballo y montura quedaron cubiertos de hielo. Pero había abierto la "huella".

Peter y Oyarzún —el peón chileno— siguieron mi rastro y cuando llegaron al borde del hielo donde yo había caído desmontaron y obligaron a sus caballos a tirarse al agua y hacer el vado igual que Oro, mientras ellos pegaron un salto, con buena suerte, allí donde el hielo estaba más firme y el cauce más angosto.

Se reunieron finalmente conmigo, por cierto que en mejores condiciones, pues yo estaba convertido en algo así como un carámbano. De la cintura para abajo me había empapado en la rodada y con la temperatura glacial que hacía al instante estaba todo encartonado.

No dimos mayor importancia al incidente y seguimos viaje, confiando en que el hielo de las monturas y el de mi humanidad se derritieran con la marcha y el roce. Al fin y al cabo no era la primera vez en que tal cosa me ocurría. Eran gajes diarios del oficio.

La nieve se hacía por momentos más profunda y a los caballos les costaba avanzar. Para colmo estaba totalmente escarchada y los nobles brutos sufrían con las agujas que se les incrustaban en la piel.

A unos centenares de metros del río advertimos algunos rastros, pero sin poder individualizarlos. Pero poco nos duró la duda. Los perros, que avanzaban con suma dificultad por la nieve, se habían quedado bastante rezagados, pero en cuanto olfatearon algo se largaron a toda carrera, ladrando a más y mejor. Al rato sentimos un gran alboroto, indicador de que tenían acosado a un león. Apuramos cuanto pudimos nuestros caballos y en pocos minutos estabamos en plena escena.

Al pié de un árbol estaban nuestros perros ladrando

y brincando y trepado en una rama un grueso cachorro de puma, del tamaño de un perro ovejero. Fué asunto de minutos apoderarnos de su piel.

Como la leona madre debía andar cerca, nos desplegamos en círculo en busca de rastros. Al rato dimos con huellas frescas.

Los perros dispararon otra vez y nosotros quedamos atentos, pues la marcha se hacía por momentos más difícil y no convenía gastar energías.

Esta vez tardaron unos veinte minutos en dar con su presa. Cuando los oímos ladrar estaban ya arriba del faldeo.

La nieve tenía por allí más de un metro de espesor y resultaba imposible avanzar a caballo, de modo que óptamos por desmontar y empezamos a subir, penosamente hundidos hasta la cintura.

Cuando llegamos hasta los perros se reprodujo la escena. Otro cachorro trepado en un árbol mirando enfurecido a la jauría.

Concedí a Peter el honor de liquidarlo y sin perder tiempo en cuerearlo lo dejamos colgado del mismo árbol y seguimos en busca de la presa que nos interesaba.

Los perros habían disparado por tercera vez. Seguimos con gran esfuerzo tras de ellos, cuesta arriba y pronto oimos nuevamente sus ladridos.

—Esta vez es la leona vieja —dije.

—Me parece que tenemos todavía para rato —terció Oyarzún—. Si fuera la leona los perros harían más barullo y los noto demasiado tranquilos.

Estábamos todos ansiosos por terminar la faena, pues la marcha se hacía por momentos más penosa y transpirábamos por todos los poros, pese al intenso frío. Si sumamos a ello la nieve, que se nos metía por todas partes, se comprenderá nuestra situación, empapados hasta la piel.

Tenía razón Oyarzún. Ahí teníamos un tercer árbol y un tercer cachorro.

—¡Al diablo con él! —dije—. ¿Cuántos cachorros tendrá ésta bendita?. Metele otra vez Peter y dejado colgado.

Los perros empezaron a cansarse. Pero podía más en ellos el instinto de peleadores y en cuanto encontraron otro rastro se largaron a la carrera.

Pero esta vez no ladraban. Ya no se trataba de juguete ni deporte sino de puro trabajo, duro y penoso. Cada cual hacía su parte a plena conciencia y todos teníamos la espina de si nos toparíamos con el cuarto cachorro.

Allá por el mediodía estábamos más muertos que vivos. A la tortura del frío y las ropas empapadas se unía un hambre de Padre y Señor nuestro. Era tal nuestro entusiasmo que no nos queríamos detener a churrasquear.

La senda del faldeo se hacía más y más tortuosa, entre espeso matorral que nos obligaba a arrastrarnos "en cuatro patas", completamente mojados, sin un hilo seco en la ropa.

Por lo visto estábamos sobre el ansiado rastro, pero la leona vieja no estaba dispuesta a entregarse así nomás.

Nos hizo trepar barrancos empinados, volviendo sobre sus propios pasos para doblar bruscamente en ángulo recto, para despistar a los perros. Ya no dábamos más y nos mantenía en pié más el amor propio que el vigor físico, agotado al límite.

Pasaban las horas y se nos venía encima la tarde, que en el sur pasa de golpe a la noche. Miré a Peter y le dije:

—¿Abandonamos?

—¡No! —me contestó mirándome con reproche—. Los perros no han vuelto. Si ellos no se han dado por vencidos menos lo vamos a hacer nosotros. Podemos descansar y esperar una hora más.

Aunque ya no daba más y se me había aplacado la "fiebre del león", me sentí orgulloso con la contestación de mi cachorro.

No habría pasado un minuto cuando distinguimos, a la distancia, el ladrido de los perros. Y como nunca lo



Andreas y Peter (1935).

hacen a menos de tener acosada la presa, aceleramos la marcha, con renovado aliento y optimismo.

Exhaustos, entre rodadas y resbalones, llegamos poco menos que arrastrándonos hasta un cuarto árbol, a cuyo pié la jauría ladraba con inusitado brío, como si comprendieran la importancia del trance.

Al fin habíamos dado con el enemigo. En una rama bien alta estaba encaramada una leona de gran tamaño, amenazándonos con el gesto y tirando zarpazos al aire.

—Tire usted, padre, la luz apenas da para apuntar y con la corrida en la nieve tengo el pulso muy malo.

Y no era para menos. Cualquier hombre bien entrenado habría llegado exhausto. Oyarzún, un chileno hecho a todas las pellejerías, se había quedado atras hacía buen rato.

Peter, como mis otros muchachos, era un excelente tirador. Así son todos los niños, aquí en la montaña, donde manejan el fusil prácticamente desde que les salen los dientes firmes. Pero yo tenía, por cierto, muchos años de experiencia y entrenamiento y necesitábamos que no se nos escapara la leona, después del baile que nos había dado. Además corríamos el grave riesgo de que si no le acertábamos un buen impacto saltara sobre nosotros o los perros, que estábamos por igual agotados.

Una bala en el corazón la derribó, terminando así la movida cacería de ese día inolvidable.

No habían terminado, sin embargo, nuestras dificultades. Era preciso dar con los caballos y llevar la leona con nosotros. Resultaba imposible regresar por el mismo camino, de modo que juzgábamos lo más conveniente arrastrar la leona, cuesta abajo, en línea recta hasta el pié del faldeo y luego buscar desde abajo nuestro camino.

La bajada de unos ochocientos metros, resultó cosa fácil, en constante deslizamiento por una escarpa bastante empinada aunque no peligrosa.

Pero no habían terminado nuestras penas. Tanto Peter

como yo estábamos muertos de cansancio y el descenso nos había liquidado por completo las rodillas.

Sin embargo necesitábamos nuestros caballos y no podíamos detenernos, pues ello significaba morir por congelamiento. Fué esta una prueba suprema.

Avanzábamos apenas un centenar de metros y teníamos que detenernos, echándonos en la nieve para tomar aliento y estirar las piernas, pues las rodillas ya me dolían malamente.

Llegamos finalmente al sitio donde debíamos empezar a subir, para llegar hasta los caballos. Las etapas se acortaron a diez metros.

—¿Crees tú que podrás llegar a los caballos si las rodillas me fallan del todo? —pregunté a Peter.

—No sé, pero haré lo que pueda.

Lo miré con profundo cariño, con esa ternura y laxitud que nos invade cuando estamos al borde de la resistencia física. Reconozco que se me hizo un nudo en la garganta y me hubiera echado a llorar, abrazado a él, diciéndole tan solo: —¡Hijo mío!.— Comprendí que lo haría o sucumbiría en el intento.

Mas volvió nuevamente a acordarse de mí el Hada protectora y llegó a nuestros oídos uno de los sonidos más agradables que jamás hubiera escuchado: era una voz áspera, que en el silencio de la noche profería frases por demás profanas, totalmente inadaptables a la imprenta.

Era Oyarzún, en conversación con los caballos que al bajar el cerro se le enredaban en árboles y troncos caídos.

Pese a lo poco castizo de las expresiones, para nosotros fué voz celestial. Sin decirnos palabra y como obedeciendo a una consigna, nos echamos en la nieve, lanzando ambos un profundo suspiro de alivio.

El buen chileno había tenido la brillante idea, cuando perdió nuestro rastro, durante la tortuosa persecución de la leona, de volverse a buscar los caballos y recoger los

dos cachorros que habíamos dejado colgados de sus respectivos árboles.

Lanzamos un potente grito de "¡Iu jú!" para indicarle nuestro paradero y recibimos otro de respuesta. La alegría del encuentro tuvo contornos emotivos, pues realmente, si la noche nos hubiera caído del todo encima, sin reunirnos con Oyarzún, Peter y yo hubiéramos muerto de agotamiento y de frío.

Montamos en nuestros caballos. La silla nos pareció un maravilloso asiento pullman. Bajamos hasta donde habíamos dejado el primer cuero y luego regresamos hasta la leona, que también cargamos, sin cuidarnos de cuerearla, pues el tiempo apremiaba.

Pese al terrible agotamiento físico, emprendimos el regreso a las casas con el ánimo hecho una pandereta y hasta gastándonos bromas, sobre todo a nuestro auténtico salvador, al que apodábamos de flojo. Francamente, si no hubiera sido por su "flojera" habríamos quedado los tres, desparramados en la nieve, como la leona y los tres cachorros que de puro porfiados acabábamos de liquidar.

La noche estaba avanzada. La helada penetraba en los huesos; las estrellas brillaban como diamantes. Nuestra marcha era al tranco, a causa de la nieve profunda y la carga que llevábamos.

Cuatro horas anduvimos así. ¡Qué profunda poesía la de esa noche! La vía láctea resaltaba en el firmamento con su corte magistral de astros y estrellas. El silencio, impresionante como nunca, nos daba esa maravillosa sensación de dueños de la creación. Ya no había tiempo para bromas y marchábamos en silencio, mirando hacia el cielo reluciente o hacia la inmensidad blanca que nos daba la impresión de estar en pleno día.

Llegamos por fin, como a las once de la noche. Teníamos ropa y botas congeladas como arneses. De algún modo conseguimos apearnos y alguien se comidió a desensillar los caballos.

Las piernas duras como garrotes, pudimos apenas lle-

gar hasta la cocina, verdadero paraíso patagónico, refugio de todas las penas, acogedor rincón que por la mañana nos brinda el calorcito de un buen amargo y por la noche, entre churrasco y churrasco, prolonga la amable tertulia.

Frente al fogón, giramos despacito para derretir el hielo y poder sacarnos la ropa y las botas.

—¿Estás cansado, Peter? —preguntó doña Fanny, disimulando su ansiedad—.

—Sí, —tartamudeó—; pe...ro valía la pena. Hemos cazado cuatro.

Había pasado bien su prueba decisiva. A los quince años ya era todo un hombre y se había hecho acreedor a nuestro respeto.

Para mí, que estaba ya endurecido, todo pasó como si tal cosa y al día siguiente estaba como nuevo. Para el niño fué un esfuerzo supremo, pero ninguno de ellos se había criado entre algodones. Desde chicos conocieron el trabajo rudo y las largas jineteadas, preparándose así para continuar la tradición de los "pioneers".

VIII

ROYSITO

Los muchachos me habían salido de línea. Peter ya había dado pruebas de temple y coraje. Ricardo, entonces de catorce años, y Fitz Roy, de......, seguían las huellas del hermano mayor, aunque no les tocó una patriada tan fuerte como la que acabo de contarles.

Ricardo me demostró sus agallas cuando acorralé a un león, que se metió en una cueva abierta en la ladera, con entrada demasiado angosta para mí.

—Déjeme entrar a mí, padre —imploró Ricardo, que estaba cerca—, estoy seguro de que puedo meterme.

Lo miré haciendo esfuerzos para no aflojar y me negué categóricamente. Lo sabía muy capaz de llevar a cabo la arriesgada empresa. Total, había visto tantas veces a su padre hacer parecida locura, que poca importancia le daba al asunto. Lo cierto es que cuando los muchachos mostraban su temple en episodios como éste, podía más mi ánimo aventurero y mi deseo de verlos bien hombres y corajudos, que el natural espíritu conservador de todo padre civilizado.

Pero en esa ocasión me mantuve firme y la cosa no pasó de ahí, dejando al puma tranquilo en su bien buscado escondrijo.

Otra vez salí con Fitz Roy, —Roysito— cometiendo la torpeza de llevar los caballos herrados.

Durante la mañana todo anduvo bien, pero hacia el mediodía empezó a deshelar y pronto tuvimos a los caballos como sobre zancos. A cada rato teníamos que apearnos para limpiarles los bazos con el cuchillo.

Estábamos los dos arriba, en la sierra alta, donde el camino es siempre muy malo. Con la nieve trabando las patas de los caballos se volvía peligroso en extremo. Pero teníamos que seguir adelante.

Estaríamos a una dos leguas de las casas cuando cruzamos un rastro fresco. Una simple mirada nos bastó y sin decir palabra desmontamos y dejamos los caballos allí, en plena montaña, a unos dos mil metros del valle, emprendiendo la persecución de nuestro león a marcha forzada.

Roysito, más ágil y más liviano que yo, se me adelantó bastante y cuando llegué, luego de recorrer casi una legua a pié, me encontré con un cuadro que me hizo reir, por más de un motivo (entre ellos la satisfacción del padre trotamundos).

Allí estaba el mocoso tranquilamente sentado en una piedra, con el revólver listo, sin quitar la vista de un gran puma que los perros tenían acosado sobre un árbol.

—Me pareció mejor esperar que Vd. llegara con el Winchester, padre, —me dijo—. Es un león muy grande y sería una vergüenza que se nos escapara.

—Tirá nomás, —le dije—. Yo estaré listo por si le erras.

Pero Roysito no erró el tiro, que acertó en pleno corazón. ¡Hijo 'e tigre había de ser! —pensé para mis adentros.

Había que ir en busca de los caballos, de modo que lo dejé al muchacho junto a su trofeo y retrocediendo por la cresta de la montaña dí un gran rodeo en constante descenso. La distancia era excesiva para él y no necesitábamos ir los dos, toda vez que había que volver para cargar el león.

Cuando volví junto a él, varias horas después y ya

en pleno crepúsculo, lo encontré contento y lo más tranquilo, junto a un gran fuego que había encendido para secarse.

—¿No tuviste miedo de quedarte solo? —le pregunté.

—¿Porqué? —me contestó—. Tenía el revólver por si venía otro león y sabía que usted no tardaría mucho. No había porqué preocuparse.

Por lo visto la cría me había salido de ley.

IX

UNA LEONA CON SU CRÍA Y . . . UN DINAMARQUÉS SIN ARMAMENTO

Estábamos en pleno verano, lo que significaba vacaciones en la cacería de leones, pues ya hemos visto que sólo cuando la nieve permite seguir sus rastros se puede practicar tan arriesgado "deporte".

Así como el invierno hace que las majadas se reunan cerca de las casas, en los potreros bien empastados, a cubierto de las nieves hondas, en verano la oveja se desparrama y dá más de un dolor de cabeza al ovejero. Las veranadas las eligen en los sitios más inverosímiles, intrincados y con bosques en los que cuesta un triunfo penetrar.

En tales condiciones me encontraba ese verano, tratando de reunir mi majada, que había agarrado para el lado de los montes y no podía postergar por más tiempo el baño de antisárnico si quería tener buena esquila.

Mis tres muchachos, Peter, Ricardo y Roysito me acompañaban en la paciente búsqueda, secundados por dos perros viejos, que apenas servían para ovejeros.

El verano se había presentado sumamente seco y no había esperanza de encontrar rastros de león. Yo bien lo sabía, pero era más fuerte que el razonamiento el "vicio" y no dejaba de mirar en todas direcciones "por si acaso".

Tal como nos ocurría frecuentemente, llegamos a una altura de la montaña en que ya no se podía seguir, no

digo a caballo, sino a pié. Un bosque de lengas, tupido como selva africana, hacía imposible el paso. Sin embargo había que hacer la prueba, pues las ovejas tenían que andar cerca, en su lucha por salvarse del calor y de los tábanos.

Encargué mi caballo a los muchachos, que debían esperarme al pié del bosque, a unos dos kilómetros de distancia, donde me reuniría con ellos.

Allí empezó mi lucha de andinista y machetero. Conseguí trepar más allá del bosque, llegando hasta las nieves eternas, en dirección el ventisquero del Fitz Roy.

La subida fué muy áspera y empinada, sobre todo cuando llegué a la densa maleza que siempre ribetea el bosque. Por suerte de vez en cuando se presentaba un claro, allí donde las avalanchas destroncaban todo. Pero así y todo me costó un triunfo superar una barrera que parecía realmente infranqueable.

Conocía muy bien el lugar, pues no era la primera vez que tenía que andar en semejante baile. Había que trepar con garras y uñas y no se podía llevar ninguna impedimenta: en el caballo quedaron saco y fusil. Conmigo llevé tan solo un cuchillo de unos quince centímetros de hoja.

Por cierto que no tenía la más remota idea de que pudiera toparme con leones, ya que si los había se apartarían de mi camino.

Me hallaba casi fuera del bosque, luchando con bravos matorrales, cuando vi a los perros parar las orejas y olfatear algo al pie de un árbol hueco. Alcancé a ver algo que se movía y pensé que fuera un zorrino. Como no soy muy afecto al perfume de este mal sujeto, llamé a los perros insistentemente, pero no me hacían caso. Me acerqué al árbol y comprobé que no se trataba de un zorrino sino de dos cachorros de león, de pocos días, del tamaño de un gato casero.

Pues bien, cuando alguien se mete en un lío, generalmente es suya la culpa. Si hubiera tenido un poco de seso,

habría pensado que con cachorros tan chicos la leona no podía andar lejos. Pero evidentemente, lo que trato de clasificar, pomposamente, como "fiebre del león", creo que no es más que el ancestro sanguinario que brota en uno y lo hace pegar un salto en los siglos, apareándose al antropoide.

No sé si fue ese antropoide quien tuvo la culpa, pero el caso es que sin reflexionar para nada en la que se me venía encima, saqué el cuchillo y maté a las crías. Diré en mi descargo y a guisa de "mea pulpa" que tan sanguinaria acción la justificaba... y la justifico, al pensar que, eliminando dos futuros pumas, salvaba buena parte de mis majadas. La ley de la selva y del desierto es la del más fuerte y en esa lucha sin tregua no se podría andar con sentimentalismos.

Instantáneamente sentí un rugido, pero dando una nueva prueba de inconsciencia no hice caso, atribuyéndolo al viento, que en el Fitz Roy produce los sonidos más increíbles.

En ese momento yo estaba al borde de un limpio, abierto en el bosque por una avalancha de nieve, con uno de los cachorros en la mano.

Como el rugido se hacía más patente y más cercano, levanté la cabeza y vi una enorme leona, enfurecida, que se me venía encima.

El puma es, en general, un animal cobarde, pero ya hemos visto que es capaz de atacar si se siente atacado o si le tocan la cría. Cualquier animal defiende sus hijos y con doble razón una leona, que tiene tan potentes armas ofensivas.

El caso es que allí estaba yo prácticamente indefenso, con mi cuchillo de churrasquear y sin siquiera un poncho con que torear al adversario, pues andaba en mangas de camisa. Huir era imposible.

Como en todas las ocasiones en que un gran peligro me ha acechado, sin mayor discriminación encontré algún recurso. Esta vez no se me ocurrió nada mejor que soltar el

cachorro y atropellar al puma, que se venía como flecha, con la gorra en la izquierda y el cuchillo en la derecha.

Nunca fui ducho en el duelo a cuchillo y hubiera preferido mucho más tener mi fusil, pero la situación no era como para aflojar y había que hacer "la pata ancha".

En medio del claro del bosque debía producirse la inevitable colisión de puma y dinamarqués. La leona avanzaba rugiendo en forma impresionante, pero yo no me quedé corto y grité como un salvaje, agitando la gorra desesperadamente.

Mi fanfarronería sorprendió a la leona, que se detuvo bruscamente. Yo hice lo propio y nos clavamos la mirada, a dos metros escasos el uno del otro.

Mi cabeza daba vueltas como un torbellino, buscando solución a tan desesperada situación. La mirada de la bestia me indicaba bien a las claras que estaba dispuesta a cualquier cosa. Me parecieron horas, pero seguramente fueron segundos los que duró tan paradojal escena.

Una vez más comprobé la superioridad del hombre sobre la bestia, al cerrar la leona los ojos. Envalentonado la atropellé como para golpearla con la gorra y comenzó a retroceder.

Comprendí que había ganado la batalla. Surgieron en mí los instintos salvajes, erguí la cabeza y lancé el rugido de victoria del hombre primitivo. Esto consumó la derrota de la leona, que saltó al interior del bosque.

Ignoro cómo se sentiría Tarzán tomando por las barbas al león o al tigre, pero en cuanto a mí puedo asegurar que sentí un intenso calor detrás de las orejas y si los hubiera tenido se me habrían parado los pelos.

Me quedé tieso, como increíble estatua de la inconsciencia o el absurdo, luego de tan insólita victoria. No atinaba a compaginar ideas. Años más tarde vi una película de un muchacho criado en la selva, que hablaba y luchaba con los animales y me acordé del episodio. Evidentemente, la convivencia con el peligro y mi apasionada persecución del puma me había dotado de un sexto sentido, que aun-



Doña Fanny, Fitz Roy y Pedro (1935).

que adormecido en la generalidad de los humanos, me venía en línea recta del hombre de las cavernas.

Cuando me recobré me puse a reir como loco y llegué a la conclusión de que jamás dejaría de lado mi fusil, pues si esta vez me había topado con una leona tímida, que sucumbió ante una mirada dominadora, puede que la próxima fuera más inteligente y vengara a su humillada congénere.

No fue ése nuestro último encuentro. El destino habría de reunirnos nuevamente.

Pasó el verano y empezaron las primeras nevazones. Esta vez andaba con todos mis petrechos y en son de guerra.

Como ya era rutina, me puse a seguir unos rastros recientes. Era una leona con dos cachorros. A poco andar sentí el alboroto que hacían los perros. Apuré el caballo y los encontré al pie de un roble muy erguido y alto, en el que se había trepado una leona con dos cachorros. Al instante reconocí a mi contrincante del Fitz Roy.

Como esta vez no era cuestión de ponerse a jugar con miraditas, apunté a la cabeza y la leona cayó pesadamente sobre uno de mis perros, al que por poco lo desloma.

Todo animal herido en el cuello cae como fulminado, pero si no tiene hueso roto se recobra inmediatamente. Así sucedió con la leona, que en un santiamén volvió a treparse al árbol, junto a su cría.

Esta vez apunté con mayor fijeza y le di en pleno corazón. Mi famosa contrincante murió instantáneamente y quedó arriba del árbol, medio colgada.

Otros dos disparos dieron cuenta de los cachorros, que estaban bastante crecidos y cayeron sobre la nieve. Intenté trepar al árbol para bajar la leona, pero me resultó imposible. Soy bastante montaraz para esa faena, pero este roble tenía casi un metro de diámetro y el tronco era completamente liso; las ramas nacían recién a unos ocho metros de altura.

Regresé con los dos trofeos menores y dejé la leona en

tan curiosa posición hasta el día siguiente, en que volví con dos de mis hombres y sogas.

Cuando cargué a la leona en uno de los caballos, sentí una mezcla de remordimiento y simpatía —aunque algo tardía— por la desgraciada bestia. En realidad ella me había proporcionado uno de los episodios más singulares e inolvidables y yo le había retribuído como un miserable. Así somos los hombres.

X

UNA LEONA ASTUTA Y PELIGROSA

Entre mis muchas aventuras con leones recuerdo el caso de una leona, veterana y astuta, que me tuvo a mal traer durante tres inviernos. Pero a porfiado no me iba a ganar y un buen día le llegó su Waterloo.

Mi población había crecido en importancia y tendría a la sazón unas dos mil ovejas. Su cuidado me llevaba un poco de trabajo. Por si no fuera bastante la sarna y las fuertes nevazones, los leones me despachaban corderos y madres que era un contento.

Lindaba con mi campo una fuerte compañía, cuyo establecimiento era excelente. Los pumas le liquidaban gran cantidad de ovejas, pero los encargados ni se preocupaban; el porcentaje resultaba mínimo comparado con los miles de corderos que señalaban año tras año. La leona de marras, con una temeridad poco común en estos bichos, se arrimaba a los potreros de la compañía y se despachaba de cuatro a siete ovejas en una sola noche.

A mí no me preocupaba mayormente esta matanza, pues no iba a ser más papista que el Papa, pero es el caso que el animal cruzaba de vez en cuando el río, ensañándose con mi modestísima majada.

Tan audaz era esta leona que una noche me liquidó la cabra lechera, poco menos que en mis narices.

Esto era demasiado. Estaba en juego, no sólo mi capi-

tal sino mi amor propio de cazador. No había nacido la leona que se riera de Andrew Madsen.

Pero así y todo me tuvo tres años en jaque. Me salió muy cara en ovejas y mala sangre. Más de una vez le disparé un tiro "al vuelo", pero como dije más arriba, era sumamente astuta y sabía cuerpearle hasta a las balas, me parece.

Tenía la guarida entre faldeos casi impracticables, con profundos barrancos y hendiduras. Para colmo, en la escarpa principal había varias cuevas, que habrían dado magnífica ocasión para cercarla, pero la leona era demasiedo ducha para dejarse acorralar y jamás se metía en ellas.

Cuando le largábamos los perros, los trataba con un desprecio olímpico, por más furiosamente que le ladraran. Siempre se las arreglaba para tener una retirada segura, en sitios donde era imposible seguirla sin despeñarse. En cambio, así que sentía la proximidad del hombre, tomaba las de Villadiego, atropellando entre los perros y desparramándolos a derecha e izquierda. Sabía también, la muy ladina, que los árboles no son ninguna salvación, sino más bien la perdición y jamás se trepaba a ellos. En una palabra, nos tenía desorientados y francamente nos estaba tomando el pelo.

Tamaña arrogancia no podía quedar impune y juré acabar con semejante enemigo.

Nos organizamos y un buen día empezamos la búsqueda con mi hijo Ricardo, un inglés vecino, William Smith y siete perros bien adiestrados. Llevábamos equipo completo; largos lazos para descender por barrancos y cuevas, piquetas, garfios y mosquetones, y en fin, todo un pertrecho de montaña. Había que acabar de cualquier manera con el malandrín.

Andábamos campeando los rastros frescos, después de una incursión que nos dejó tres ovejas y dos corderos panza arriba, cuando hacia el mediodía oímos a los perros, no muy lejos.

Apretamos el paso hasta lo alto de una peña y dominamos plenamente la escena: a unos trescientos metros de nosotros estaba la leona, trepada sobre una cresta a la que los perros no podían llegar sino de frente, amenazando con zarpazos y dentelladas a la jauría, que se revolvía furiosamente.

Había ya aprendido a conocer la psicología del puma y me di cuenta de que ésta no era fácil de pelar. Se sabía segura y a todas luces estaba jugando con los siete perros, que si se hubieran arrimado por la única senda practicable, los hubiera despanzurrado de un manotón.

La escena era muy movida y resultaba peligroso disparar desde nuestro mirador, por encima de los perros. Intentamos arrimarnos por un costado, pero en cuanto nos sintió saltó sin asco en medio de sus perseguidores, descalabrándolos y averiando a un par de ellos, que se revolcaban aullando.

Como dije, le había tomado el tiempo y conocía sus mañas, de modo que sabía más o menos para donde enderezaría. Grité a Willie y a Ricardo para que la vigilasen y salté a un barranco que era su lógica línea de retirada.

Pero la leona conocía, por lo visto, los puntos que calzaba su enemigo y en vez de venir hacia donde yo la esperaba optó por arremeter hacia donde estaba Ricardo. Se trepó a una piedra y dando un salto magnífico pasó a un par de metros de él, sobre su cabeza. Ricardo alcanzó a sacar el revólver, pero como uno de los perros, el más guapo y apreciado se había prendido a uno de los flancos de la leona, no se animó a disparar por temor a herirlo.

En un santiamén desapareció por encima de una cresta y no la vimos más en ese día.

Volvimos a las casas decepcionados y tascando el freno. Casi no hablábamos entre nosotros, pues de haberlo hecho habría sido en muy mal castellano.

Nos acostamos temprano y antes de aclarar ensillamos, esta vez Willie y yo solamente y tomamos directamente hacia el lugar de la escena anterior.

Había rastros por todas partes, pero la leona no aparecía.

—Parece que nos está farreando —dijo Willie.

—Dejala nomás, ya va a aparecer, no debe andar lejos. La primer condición de un buen cazador es la de no desalentarse nunca.

—Pero mirá que ya es mediodía y no hay señales frescas. Debe haber agarrado para arriba.

No terminaba de decirme Willie estas palabras cuando oímos ladridos, por momentos lejanos y por momentos bastante próximos. Nos llamó la atención el fenómenos y nos largamos a todo galope, por arriba de la meseta.

—Pará un momento —le dije a mi compañero.

Nos detuvimos y escuchamos atentamente. Comprendí entonces que había ocurrido lo imprevisto: la leona se había metido en una cueva y los perros la tenían acosada dentro de ella.

Llegamos hasta el borde de la meseta y desmontamos. Hice señas a Willie para que no hablara, indicándole de igual modo que yo bajaría por el barranco a pique, mientras él se situaría en el alto, en un sitio desde el cual pudiera hacer buena puntería si la leona salía de la cueva antes de mi llegada.

El barranco era muy empinado, pero yo lo había practicado antes varias veces y sabía donde podía hacer pie sin despeñar piedras. Debido a ello y a mi natural inconsciencia no me preocupé de utilizar las cuerdas y me descolgué lentamente, sabiendo que la leona no saldría de la cueva mientras creyera afrontar sólo a los perros.

Cuando llegué a unos dos metros de la boca, descansé un rato y alisté el arma —una pistola Mauser—.

Me deslicé, siempre desde arriba, sobre la boca de la cueva, pero nada pude ver. La cavidad era muy oscura y no se sentía el menor movimiento. Hasta los perros, contagiados de la situación, aullaban con desesperación.

De pronto me pareció distinguir un bulto sobre una especie de cornisa, en el interior de la cueva. Como quien

se descuelga desde una azotea me arrastré un par de metros, boca abajo, sujetándome con la punta de un pie y afirmándome con la mano izquierda, mientras en la derecha tenía lista el arma.

En ese instante pensé que lógicamente, en cuanto la leona me viera saltaría hacia la entrada, en su afán por salir de su encierro y mal me las vería yo, que colgaba en ese instante cabeza abajo. Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo, pero no había tiempo que perder.

La leona, tan pronto me distinguió, lanzó un rugido de furia y saltó justo hacia mi cabeza. Hice fuego cuando estaba a unos tres metros de distancia, pero como estaba muy oscuro no pude acertarle entre los ojos, única forma de dejarla "seca".

Pero le había vaciado un ojo, lo cual la hizo caer en el interior de la cueva, lanzando rugidos de rabia y dolor.

Recargué la pistola angustiosamente. Me desagradaba la idea de que la leona saltara nuevamente sobre mí, despedazándome en su desesperación por escapar.

Afortunadamente me había acostumbrado a la poca luz de la cueva y cuando la fiera se disponía a saltar nuevamente, la cara ensangrentada, hice el impacto más formidable de mi vida... y más oportuno, dándole justo entre los dos ojos.

Mi hado protector me había ayudado nuevamente... y en qué forma. Si se hubiera atascado el arma, como tantas veces, o si no hubiera hecho un tiro tan bueno, habría llegado mi último momento, pues en el preciso instante en que la leona cayó, herida de muerte, se me acalambró en tal forma la pierna que aflojó mi pie y caí pesadamente en la cueva... justo encima de mi víctima.

Instintivamente pegué un salto, cayendo a un costado. Transcurrió un buen rato antes de que se me pasara el calambre... y la impresión. Me arrastré hasta el borde del barranco y llamé a Willie quien me alcanzó una soga para izar a la leona.

Después me confesó que había tenido los más negros

presentimientos cuando después de los disparos me vio caer al interior de la cueva y por un rato largo no supo nada de mí.

—Lo menos que se me ocurrió fue que la leona te había manoteado y que te estaba despanzurrando.

—Ya te he dicho Willie que no ha nacido el león que me la gane.

—No digo que no, pero sos tan loco cuando te ataca esta chifladura que el día menos pensado te va a pasar algo feo.

—Dejate de macanear y trabajá un poco más.

Y entre chiste y chiste llegamos a casa, contentos de la patriada y de haber acabado con la leona más peligrosa que había conocido.

Reconozco sin embargo que me prometí no hacer más piruetas de circo en las cuevas de la montaña, pues si esa vez la había sacado liviana sabe Dios cómo me iría en otra vuelta.

XI

BUEN ESCONDITE

Después de tantos años de perseguir y acosar al enemigo número uno de mis rebaños, había aprendido a conocerle todas las mañas, comprendiendo su rudimentaria psicología. Difícilmente se metía en una cueva sabiéndose perseguido. Astucia contra astucia, debía ingeniarme para dar con su cubil sin que lo adviertiera. Una vez localizado era cuestión de paciencia... y un poco de sangre fría. Esperar tranquilamente que se metiera en su cueva y sorprenderlo dentro de ella. Hasta entonces este jueguito, un tanto peligroso, me había salido bien.

Fue de esta manera que descubrí el alojamiento de un gran macho que andaba haciendo de las suyas entre las ovejas. La cueva estaba cercana a la del episodio anterior, aunque su acceso era más fácil.

Cuando hice el descubrimiento iba solo. Confieso que me llenaba de orgullo el pensar que podría cazarlo sin ayuda ajena. Era una especie de egoísmo —chifladura diría, más bien— que me hacía buscar la soledad, para no compartir, ni con mis hijos siquiera, los honores de la presa. Sin embargo muchas veces salía con ellos, o con Willie, excelente auxiliar, sufrido e incansable, o con alguno de los peones.

Muchas veces he tratado de explicarme a mí mismo la serie de reacciones y sensaciones que se experimentan al cobrar una pieza difícil. Creo que en realidad yo era tan

salvaje como el mismo puma. Sentía, a la vez que un odio personalísimo, un deseo de venganza contra el artero enemigo, que era un verdadero azote de la región. Me producía especial placer el matarlos en forma no corriente, vale decir, que cuanto más peligrosa era la operación más la disfrutaba y más me encantaba estar solo... ¡Cómo gozaba cuando junto al fogón contaba los detalles, bastante matizados, de la reciente cacería!

¿Y si no nos divertíamos de esa manera en esas soledados y esos años, con qué íbamos a animar nuestros días, tan idénticos unos a otros?

Bueno, volviendo a la cueva descubierta, diré que era bastante amplia pero muy oscura y faltaban dos elementos indispensables: una antorcha y el lazo para armar una trampa.

La población más cercana, de McLeod, quedaba mil metros abajo y a una legua de distancia. No había tiempo que perder: colgué mi saco de cuero en la entrada, para tener la seguridad de que el león no había salido, pues en tal caso lo arrancaría de un zarpazo y luego de bajar el cerro a los brincos me largué a todo galope hasta lo de mi vecino.

En lo de McLeod me dieron cuanto necesitaba y se ofreció para acompañarme un tal Dos Santos, que oficiaba de maestro de los hijos de aquél y que quería a todo trance presenciar la función. Acepté gustoso su compañía, pues era buen gaucho, que sabía hacer de todo, desde enseñar a leer hasta esquilar. Llevamos un lazo, un tacho con kerosene y estopa para armar la antorcha.

Cuando llegamos a la cueva, después de cuatro horas de viaje, todavía estaba el saco en su lugar. Para mayor precaución había desparramado nieve en el suelo y no se veían huellas. La cosa se ponía linda.

Afirmé el lazo en una gran piedra de modo que la lazada colgara justo en el centro de la boca de la cueva. Si el animal conseguía escabullirse, quedaría de fijo atrapado a la salida.

Una buena rama de ciprés, un bollo de estopa y kerosene en abundancia hicieron una regia antorcha. Alumbrando hacia lo alto de la cueva, para evitar el encandilamiento y no tropezar con el puma, eché cuerpo a tierra y me deslicé hacia el interior con gran precaución. Dos Santos quedó afuera.

La caverna era muy grande, quizás la más grande que haya visto y tenía una serie de pasajes o túneles en todas direcciones, que a su vez desembocaban en cavidades menores.

Por más que busqué no pude hallar ni vestigios del león. Sin embargo sabía positivamente que tenía que estar dentro de la cueva. En una de esas, estaba medio en cuclillas husmeando por una de las cavidades menores, cuando siento justo a mis espaldas una respiración jadeante. Me tiré hacia adelante de un salto y me volví con el arma lista, encontrándome con Dos Santos, que sin hacer ruido había entrado en la cueva.

—¡La gran siete! ¿Qué hace por acá? —le dije algo nervioso—. ¿Por qué no se quedó afuera? ¿Está asustado?

—No, vine a ver si le podía ayudar en algo —me contestó con bastante tranquilidad.

—Ha hecho mal en entrar. Es un riesgo inútil y no me puede ayudar en nada. Además tengo que averiguar donde se ha escondido este maldito —esto último ya lo dije con decidido mal humor y poca cortesía.

El maestro no contestó y se quedó, sin moverse donde estaba. Reconozco que cuando recuerdo el episodio me avergüenzo de mi brusquedad, pero es que el momento no estaba para chistes.

Introduje la antorcha en cada cueva pero el puma no aparecía. Me deslicé por todos los túneles, y nada. Volvimos a la cavidad principal y ahí seguían el saco, la nieve y el lazo.

—¿Dónde diablos se habrá metido? Tiene que estar adentro, porque yo lo vi entrar.

—¿Por qué no revisamos bien las paredes? A lo me-

jor hay algún pasadizo que no hemos visto —insinuó Dos Santos.

Lo miré con cierta suficiencia, pero por no desairarlo seguí su consejo y en efecto, en uno de los paredones descubrí una grieta pequeña, a la que no había prestado atención por parecerme una simple fisura.

La estudiamos con detenimiento y vimos que como a un metro de profundidad se ensanchaba y formando un codo de casi noventa grados continuaba en un estrecho agujero por el que apenas podría pasar el puma... ¡pero podía!

Introduje la antorcha tanto como pude y sentí algo así como un "Yiiiis".

—¡Al fin lo tengo! —dije victorioso.

¿Pero cómo llegar hasta él? La ranura era sumamente angosta y por más que forcejée no pude pasar.

Cuando me atacaba la fiebre del puma no había riesgo ni obstáculo que me detuviera y a porfiado no me había ganado ningún león.

Me saqué rápidamente la ropa pesada y quedé en una indumentaria que habría escandalizado a cualquier cazador profesional: con mis buenos calzoncillos largos, color azafrán, y una camiseta haciendo juego.

—¿Qué va a hacer? —insinuó el maestro, riéndose de mi ridículo aspecto.

—Hombre, voy a meterme en el nicho.

—Don Andrews, no se meta, es una locura, lo va a despedazar.

—Hijo mío, usted entenderá mucho de libros, pero para estas cosas yo me pinto solo. Quédese tranquilo y va a ver como vuelvo con el león.

Forcejeando contra las aristas de la hendidura conseguí meterme, mientras Dos Santos me repetía, cada vez más nervioso:

—¡Por favor, no se meta allí!

Arrastrándome de barriga, antorcha al frente, lista el arma, sintiendo cómo las aristas filosas se me clavaban en

la carne, conseguí doblar el recodo y asomarme a la cueva, que era un gran pozo.

Una vez más quedé perplejo. La intensa luz alumbraba todo el recinto y no se veía bicho viviente. Sin embargo mi olfato y todo mi instinto me decían que el puma estaba allí.

Levanté la mirada y ahí nomás, en una cornisita, a un metro escaso de mi cabeza, estaba un enorme león, clavados los ojos en mí. Una corriente de varios voltios me estremeció todo el cuerpo y una vez más sentí un fuerte tintineo detrás de las orejas.

Felizmente aquel león se portó como un caballero. Antes de descubrirlo pudo muy bien saltarme los sesos de un zarpazo. Por mi parte, levantando apenas el brazo podía tocarle el hocico... pero no lo hice.

Fijé mis ojos en los de él, sin pestañear, con fiereza. Era una lucha mano a mano y éramos dos salvajes frente a frente. El triunfo sería del más hábil... por suerte el hombre.

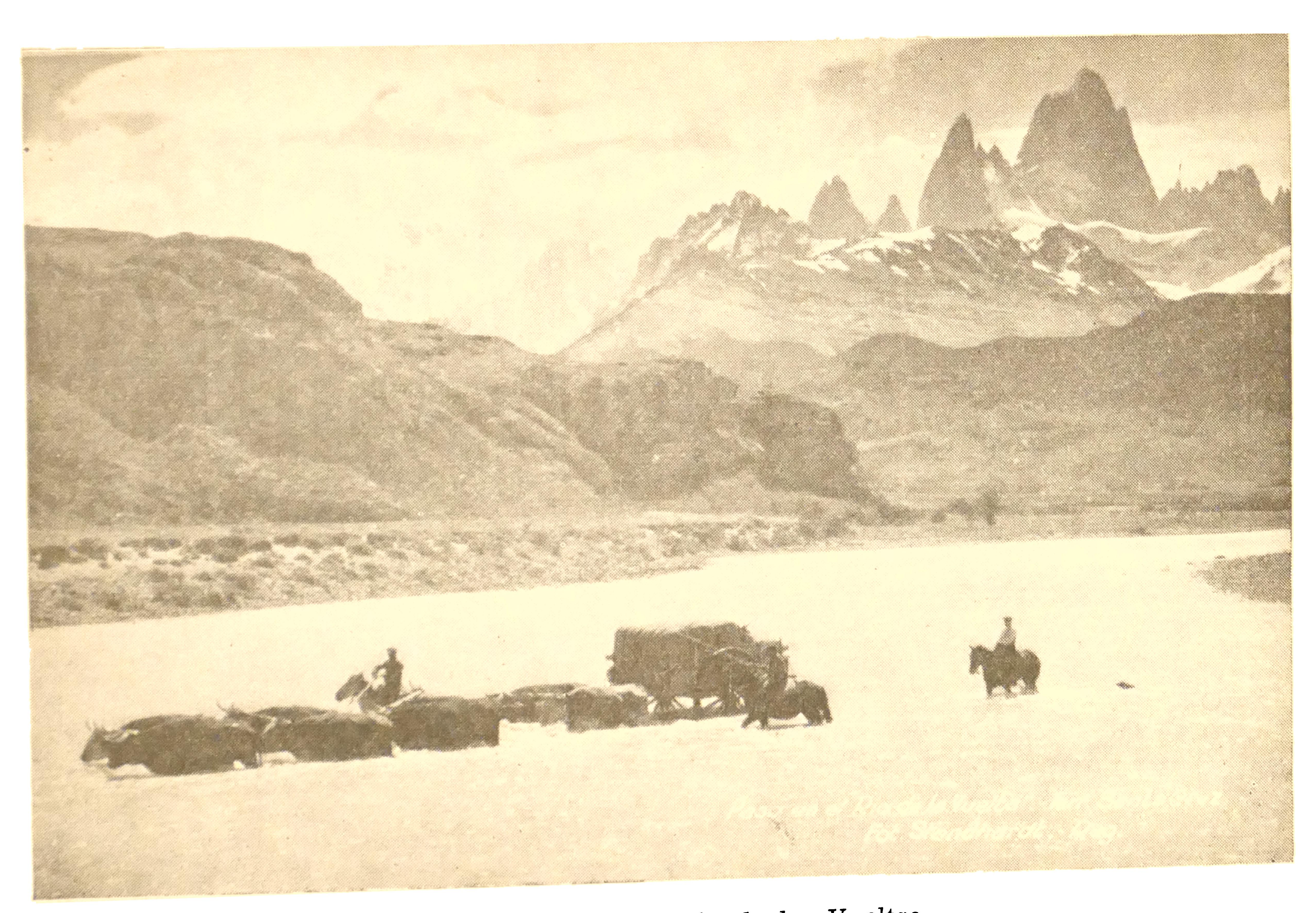
Despacio, muy despacio, sin quitarle la mirada, fui levantando el brazo derecho hasta asestarle la pistola, que él podía arrancar de un manotazo. Hice puntería, consciente de lo que ello significaba en tan crítica posición y oprimí el gatillo, mientras el corazón parecía querérseme salir por la boca.

Desplomóse el animal de la cornisa y cayó al fondo del pozo. Por fortuna no se me cayó encima, pues no podía moverme ni una pulgada y entonces sí que las habría pasado fieras.

Me costó un triunfo salir de la apretura, pero ya la cosa era más liviana. Dos Santos me alcanzó el lazo y conseguí izar a la bestia, que pesaba como una tonelada. Volví a forcejear para salir de esa tronera y cuando me hube vestido de gente otra vez, tal como me ocurría a menudo, luego de pasar por duro trance, respiré hondo y largué unos cuantos juramentos, esta vez en la hermosa lengua de Cervantes.

Para qué decir con la animación que comentamos el episodio, luego de los momentos de suspenso que habían pasado.

Casi una hora nos llevó el sacar el león hasta donde pudiéramos cuerearlo, pero valía la pena. Nos dió una hermosa piel.



Peligroso vado del Río de las Vueltas.

XII

UN PUMA CON MUELA EMPLOMADA

El verídico episodio que voy a relatarles ahora tiene sabor, más que de cacería, de extravagancia andinista con un final por demás sorprendente, pues habría jurado por todos los santos que no podía existir en el mundo un león con una muela emplomada... y sin embargo existía, ¡juro que es cierto!

La nieve ya se había retirado de los campos y por lo tanto comenzaban mis vacaciones como cazador. Es curioso el efecto que me producían estas "vacaciones". Por un lado me daban cierta tranquilidad, pues, por más loco que fuera, comprendía que a fuerza de andar haciendo pininos en la montaña y abusando de mi buena estrella, algún día ésta empalidecería y se sumaría una cruz al chenque lugareño. Pero por otra parte me causaban fuerte nostalgia, ya que mis correrías eran fascinantes alternativas que quebraban la monotonía de un día idéntico al otro y al otro.

Para colmo, mi buen vecino Jens Henriksen, que se había ido a Buenos Aires, dejó su majada a mi cargo. Las recorridas se volvían pues muy largas y no quedaba tiempo para buscar guerra con los leones.

Un buen día estaba junto al fogón, charlando con mis muchachos. Lindas charlas patagónicas, simples, casi infantiles, pero llenas de sabor a tierra buena. Que el tiempo, que las nevazones del último invierno, que el estado

de los campos, que las primeras pariciones y la próxima señalada, y así, tema tras tema íbamos hilvanando nuestra sencilla historia de hombres rudos, hermanados con la soledad y la montaña.

Se abrió la puerta de la cocina y aparecieron dos ovejeros de una estancia vecina, quienes después de saludar se sentaron y comenzaron a matear junto con nosotros.

—Parece don Andrews que anda un león haciendo de las suyas por el campo de don Henriksen.

Hablarme de leones y pincharme con un alfiler era exactamente lo mismo. Me puse de pie y les pregunté si lo habían visto.

—No, don Andreas, ni siquiera hemos podido seguir el rastro, porque veníamos muy apurados para buscar un poco de vicios que se nos han terminado, pero hemos encontrado una cantidad de ovejas muertas.

—Pucha digo con esos leones. Vayan a ensillar mi zaino, muchachos, que salgo en seguida a ver qué pasa. Ah, y no es por compadrear, pero les aseguro a Vds. que esta misma tarde tendremos en casa el cuero del asesino.

Quede dicho entre nosotros que esto era pura fanfarronería de cazador, quizá solo comparable a la de un buen pescador, pues el sitio indicado quedaba a tres leguas y ya sabemos que no habiendo nieve es más que difícil dar con la presa.

Se rieron los muchachos y los peones, pero como me conocían el genio no dijeron nada. Habían visto tantas cosas raras en mis andanzas cinegéticas, que en el fondo me respetaban bastante y sabían que a lo mejor cumplía la promesa.

Salí pues a inspeccionar y pronto di con las ovejas en cuestión. Llevaban días de muertas, pero una búsqueda más prolija me permitió dar con una que había sido liquidada ese mismo día. Los perros comenzaron a interesarse pero no se orientaban, pues el suelo era muy rocoso y con barrancos empinados. No me di cuenta de que uno de ellos se había apartado por su cuenta, hasta que le oí ladrar

lejos y arriba. Saqué los binoculares que siempre llevaba conmigo en estas ocasiones y distinguí a Bobbie, un collie de pelo amarillo, que saltaba de peña en peña, por la empinada ladera, a pocos pasos de un corpulento león. Estaban a unos 800 metros arriba, sobre una cuesta muy fuerte.

Los otros dos perros, uno de ellos fox-terrier blanco de media sangre, si bien eran ligerísimos, no podían trepar la cuesta, ocurriéndole exactamente lo mismo a su patrón.

Dimos un largo rodeo, faldeando el cerro y llegamos por fin a las lajas donde había visto al león y a Bobie. No tenía por cierto muchas esperanzas, pero me animé cuando los perros empezaron a correr como enloquecidos.

Me quedé en el lugar, pues la corrida había sido brava y necesitaba reponerme. Traté de seguir con los binoculares a los perros, que, más guapos que yo, brincaban por la escarpa, pero pronto los perdí de vista. Como a la media hora los oí ladrar de nuevo, pero desde muy lejos. Renació la esperanza, pero el camino era pésimo y peligroso. Me llevó un buen rato trepar hasta el lugar de los ladridos y llegué sin resuello.

No había ni perros ni león y filosóficamente me senté sobre una piedra, llamando a grito pelado a Bobbie y sus compañeros.

De repente vi asomar entre un monte al fox-terrier, bastante más abajo del lugar en que me encontraba. Me miró y se volvió a toda carrera hacia abajo del barranco.

Comprendí que habían perdido la pista del puma, pues los perros jamás ladran, salvo cuando lo ven (hablo de los perros bien enseñados, porque hay algunos cimarrones que se la pasan ladrando y desorientan al buen cultor de esta rara ciencia).

Me largué en seguimiento del fox-terrier y de repente ví a los tres, atisbando al fondo de una áspera quebrada, casi a pique. Me arrastré hasta el borde del precipicio, boca abajo, pero nada pude ver. Ordené a mis tres ayudantes que siguieran la búsqueda.

Boulanger (extraño nombre para un perro), aunque

viejo era corajudo, y fue el que hizo punta. Cerré los ojos pensando que se desbarrancaba, pues se largó por la pendiente como flecha y cuando los abrí ya estaba en el lado opuesto de la quebrada, mirando fijamente hacia arriba. Así se quedó estático. Por momentos me miraba y parecía como si sus ojos quisieran decirme: "Por allí lo vi".

Inconsciente como de costumbre, me largué para abajo unos cuarenta metros, agarrándome del filo de las lajas; el corazón me decía que el veterano Boulanger andaba sobre la buena pista.

Los demás perros se habían reunido con el decano y estaban como paralizados, en esa maravillosa posición de alerta que nos muestra la cabal inteligencia del perro.

Llamé insistentemente a la jauría, pero me ignoraron por completo. "Buena señal", dije para mis adentros, y continué escudriñando el barranco. Del lado opuesto no se veía nada. Me acomodé firmemente en el borde sobre el cual me hallaba y estudié detenidamente el paredón de mi propio lado. A mitad de su altura me pareció observar una pequeña mancha. El corazón me dió un bote, pero luego pensé que era imposible que allí se escondiera el león. Grité, sin resultado alguno; luego comencé a silbar muy despacio y esta vez tuve éxito. De una pequeña grieta surgieron dos orejas.

No conseguí que asomara la cabeza lo suficiente como para hacer un tiro seguro. Me resultaba imposible avanzar por el peñasco, pues me hallaba en falso sobre un precipicio de setenta metros lo menos. Tampoco me atrevía a escalar el escarpe hasta el león, por más decidido que me mantuviera en mi empresa.

Se me ocurrió entonces una de esas ideas peregrinas, que en ocasiones me daban buen resultado. Luego de estudiar mi plataforma y el lugar donde estaba mi presa, con miras a conseguir un buen tiro, me di a la tarea de apilar piedra sobre piedra, hasta construir una especie de pirámide de un metro de alto, bastante firme y ancha. Subí

con cuidado y preparé el arma, seguro de hacer buena puntería.

En vista de mi éxito anterior volví a silbar, pues el león no está acostumbrado al silbido, que le despierta curiosidad.

Poco a poco fue asomando la cabeza, dos o tres centímetros sobre la cornisa y entonces disparé, con lo que desapareció y no volvió a asomar. Esperé unos minutos y volví a silbar. Nada.

Como se hiciera tarde, decidí llegar, aun a riesgo de despeñarme, hasta el escondite tan bien logrado. Me saqué botas y medias y comencé a escalar el barranco, bastante preocupado ante la idea de que el bicho se estuviera haciendo el muerto y de un manotón me largara hasta el fondo.

Llegado a la altura por donde se había asomado, tanteé con la mano y nada encontré. Entonces asomé prudentemente la cabeza y miré: allí dentro, dentro de un pequeño nicho de piedra, estaba mi león, bien muerto, con una bala atravesándole el cerebro.

La difícil posición en que me encontraba no era como para hacerse el "gallo", de modo que me afirmé en una fisura de la roca y llegué hasta la cornisa donde mi nueva víctima había intentado guarecerse.

Con grandes precauciones hice resbalar el cuerpo hasta el borde del acantilado, tratando de que cayera sobre mi montón de piedras. Pero me había olvidado por completo de los perros, que estaban precisamente junto a la pirámide y que ni bien cayó el puma se le avalanzaron furibundos. El lamentable resultado fue que el bicho cayó al abismo, rebotando de piedra en piedra, hasta perderse de vista.

Esto me obligaba a dar un gran rodeo, descendiendo unos cien metros. Me dio mucha rabia mi imprevisión, pues a buen seguro que el cuero quedaría destrozado con la caída. Por más amigo que soy de mis perros admito que el lenguaje en que les hablé por un rato debió parecerles muy poco estimulante y académico.

Pero no era del caso abandonar una pieza que tanto trabajo me había costado, de modo que llegué al fondo de la quebrada, echando los bofes y con un humor de todos los diablos. Le saqué la piel, que por suerte había sufrido pocas lastimaduras y trepé hasta donde había dejado mi caballo, atado a una mata.

Cuando llegué a las casas la noche se había echado encima. Era una de esas claras noches patagónicas, en que la vía láctrea parece la Avenida de Broadway en plena iluminación. El aire se metía hasta el fondo de los pulmones y envolvía el corazón con una caricia. ¡Qué gloria que es vivir así, mano a mano con esos espacios infinitos, casi diría que hablando a cada ratito con Dios, que está en todas las cosas que nos rodean, en esa bendita tierra patagónica!

Tendí el cuero en la cocina y cuando examinaba el recorrido de la bala en el cráneo me sorprendió vivamente descubrir en la mandíbula superior, incrustada y cicatrizada como si fuera una muela, un plomo de bala 45.

"¡Caray, hasta los pumas van al dentista ahora!", pensé. Pero pronto recordé lo que le ocurrió al noruego Fritshof Nielsen, ovejero de Henriksen, un par de años atrás.

Nielsen conocía mi "fiebre del puma" y siempre me jorobaba con chistes, sobre todo cuando yo contaba alguna de mis "auténticas" cacerías. Un día, mientras chuleteábamos, a mitad de la esquila, nos contó que se había topado con un gran león que estaba al acecho arriba de un árbol. Agregó que le había descargado íntegro su 45 y que vió cómo caía pesadamente por un barranco. Como el sitio era muy difícil y andaba solo, volvió al día siguiente con un peón para cuerearlo, y por más que revisaron piedra por piedra y mata por mata, no pudieron dar con su "víctima".

Nielsen creyó siempre que alguien le había hecho una mala jugada, apropiándose de su presa, pero ahora comprendí lo que había sucedido. Realmente, Nielsen le había acertado, al menos una bala, que era precisamente esa que se le había incrustado en la mandíbula. Seguramente el animal quedó medio atontado pero después pudo escapar

y anduvo haciendo fechorías dos años con su bonita muela emplomada. Y no podía ser de otra manera, pues Fritshof era el único que tenía revólver del 45 y en esas épocas no sólo conocíamos al pelo a cuanta persona andaba por los pagos, sinó que, muy especialmente, sabíamos las armas que usaba.

Si mal no recuerdo la piel y el cráneo de ese león están actualmente en el Colegio San Jorge, de Quilmes, pues mi viejo amigo Guillermo Lewis me pidió una buena piel para obsequiársela y más tarde me escribió diciendo que era un excelente ejemplar y a la vez una notable curiosidad, por la muela de plomo.

No creo necesario repetir que lo dicho es estrictamente cierto. Si fuera uno de esos cazadores mentirosos que andan por ahí (palabras bastante sinónimas) los invitaría a examinar ese cráneo en el San Jorge, pero entiendo que debe bastarles con mi palabra honrada.

XIII

EL PUMA DE LAS TRAMPAS

Era pleno invierno y poco o nada había que hacer en el campo, como no fuera cazar leones.

El Fitz Roy, con sus majestuosas agujas desafiando los espacios transparentes de un día como de cristal, se presentaba tentador. No era sólo mi amor a la belleza natural que me llevaba, quieras que no, en esa dirección. Mi experiencia, bien asentada en años, me había enseñado que por allí abundaban los leones, que después de darse festín con mis majadas, buscaban protección en sus mil recovecos.

Andaba de recorrida con mi peón Willie cuando avistamos una leona con su cachorro, que tendría un año. Nos desplegamos en tren de ataque hasta que los acorralamos y se metieron en un escondite donde era imposible, o al menos temerario, el meterse; en medio de una cueva de regular tamaño había otra menor, a manera de sótano, con caída vertical de dos metros y un hueco lateral con espacio justo para que pudieran ocultarse.

Bastante barbaridades había hecho ya en mi vida, pero sin llegar a descolgarme justo sobre una leona con cría. Discutimos el asunto con Willie y llegamos a la conclusión de que la única forma de atrapar nuestra presa era colocándole trampas de zorro. Por lo reducido del espacio en que se hallaba tenía necesariamente que calzar en ellas.

Nos largamos cuesta abajo al galope y llegamos a casa, distante unos siete kilómetros, en casi una hora, pues la

nieve era bastante profunda y no se podía apurar la marcha. Nos proveímos de varias trampas con cadenas, bien fuertes y pegamos la vuelta. Una trampa no bastaría, evidentemente, pero pensamos que la leona podría calzar una pata en cada trampa.

El regreso, cuesta arriba, fue más bravo y la noche iba avanzando cuando terminamos la colocación de las trampas y regresamos.

A la madrugada siguiente salimos, como dos chicos que van a una fiesta, apenas asomó la primera claridad. El frío era de pelarse,

Apenas desmontamos y cuando nos disponíamos a entrar en la cueva sentimos ruido de cadenas. ¡Hurrah, uno al menos!

Encendimos una antorcha y allí estaba, en la cueva superior, el cachorro, con una trampa en cada pata trasera. No nos explicamos cómo pudo salir del sótano en esas condiciones, pero estos bichos tienen una agilidad y unos recursos extraordinarios. Y no cabía duda que había trepado por la cavidad de dos metros, con las trampas a la rastra.

Lo matamos sin mayor ceremonia y observamos bien a nuestro alrededor. Nada se veía y el silencio era impresionante. ¿Se habría escapado la madre? Me parecía difícil que tal cosa hiciera, pues la leona jamás abandona a su cría en peligro.

Metí la antorcha por el pozo y alcancé a divisar la punta de la cola, bien quieta. La muy ladina sabía que su escondite era bien seguro.

Empapamos unos trapos con kerosene y los tiramos encendidos. Por puro instinto el puma trata siempre de apagar el fuego con las manos, pero en esta ocasión no ocurrió así. Estábamos ante un ejemplar astuto y conservador por demás, pues no se movió un milímetro de su posición. Apenas si retiró el rabo para que no se le chamuscara.

Protestando de lo lindo armamos las trampas nuevamente y nos fuimos.



Peter, Fitz Roy, Ricardo y Anna con el baqucano Boulanger.

Volvimos al día siguiente y comprobamos desolados que la leona se había mandado mudar. Se había llevado consigo una trampa, insuficiente para detenerla. La otra había funcionado, pero sin agarrarla. Esa noche había nevado muy fuerte, así que no pudimos hallar rastros a la salida de la cueva. Convinimos en que lo mejor era campearla por el lugar donde la habíamos visto el día anterior.

A poco de andar cuesta abajo dimos con el rastro. Lo estudiamos detenidamente, buscando las marcas de la trampa, pero era claro que se había zafado de ella. Por lo visto esta presa nos iba a dar más de un dolor de cabeza y no era breva fácil de pelar.

A distancia como de una legua oímos ladrar a los perros, que habían conseguido llevarla a otra cueva. Acorralada nuevamente pareció, sin embargo, que se nos escaparía una vez más. La oímos gruñir frente a los ladridos, pero como si estuviera bajo tierra.

Observamos el lugar y las perspectivas no eran muy buenas que digamos. En el ángulo inferior de un inmenso desprendimiento de la montaña, quedaba una pequeña entrada, tan pequeña que no permitía el paso de mi cuerpo.

Por suerte el suelo no estaba helado, de modo que algo se podría hacer. Tomé mi pico para hielo y acostándome de espaldas me fui metiendo por la cavidad, con la cabeza hacia adelante. En esta posición tan poco cómoda fui agrandando el túnel, sacando tierra y piedras que iba pasando a Willie. Por momentos la tierra me enceguecía, pero como a porfiado pocos me ganaban, seguí pacientemente mi labor.

En esos momento pensaba que la leona, asustada, podía intentar salir y se habría topado con mi bocha pelada en primer término. Realmente la conclusión no era muy satisfactoria para mi integridad física, no obstante lo cual seguí mi labor.

Cuatro horas me llevó el agrandar el pasadizo, de unos cinco metros de largo, pero al final triunfé. Me puse de pie y luego que Willie me pasó una antorcha pude comprobar

que me hallaba en medio de una gran caverna, más o menos de cuatro por cuatro y una altura de tres metros.

En una de las paredes, sobre una piedra, se había parapetado mi famosa leona, gruñendo y manoteando a los perros, que habían entrado antes que yo y la estaban acosando. Traté de hacer puntería pero los cuzcos no se quedaban quietos y podía darles a ellos. Planté la antorcha en el centro y los llamé, haciéndolos salir y cerrándoles el acceso con mi cuerpo para que no me estorbaran en la faena.

Pude así hacer buena puntería y bastó un solo tiro. La leona se había defendido con todas sus armas, pero al final pudo más el hombre. En la pata derecha tenía la marca de la trampa. La faena me había puesto la ropa a la miseria. Probablemente nunca estuve tan sucio. Pero no importaba: había logrado la pieza.

XIV

MARATÓN ACCIDENTADA

Corría el año 1906. Vale decir, que la Patagonia era aún casi la "terra incognita" de aquellos mapas caprichosos, que no acertaba a darle su dimensión geográfica y mucho menos política. Y por consiguiente estaba habitada por unos cuantos "locos lindos", que venidos de todos los extremos del planeta, habían encontrado en su soledad y su fiereza adecuado marco para su personalidad aventurera. Los que no la habitaban ya era porque habían muerto o simplemente, porque no aguantaban esa vida hostil pero formidable.

Acababa de cumplir una "changuita". Había ido a Misiones para instalar a los colonos finlandeses que, recién llegados a la Argentina, se radicaron en Bonpland.

Cumplida mi misión me volví, como quien dice acá a la vuelta, hasta el lago Viedma, en la otra punta del mapa, donde tenía mi rancho y una tropilla de catorce potros. Millonario alguno habrá estado jamás tan orgulloso de su palacio como yo de mi choza. No era obra de arte, pues yo, marinero de profesión, jamás había volteado un árbol y debía resultar poca cosa como carpintero de monte... Pero ésta era mi choza, mi hogar, hecho con mis propias manos.

Toda esa fortuna la había dejado encargada, durante el tiempo que duró mi ausencia, a Long Jack, uno de los ermitaños del lago.

En el camino hice un alto para saludar, en su campa-

mento, al alemán Guillermo York, quien se asomó de adentro de su carpa, medio rengueando, y me dijo:

—¡Qué suerte que volviste, Andrew! No ando nada bien de salud y tengo que irme a Alemania para curarme.

—¿Qué le pasa, don Guillermo?

—He tenido una rodada muy fea y se me ha zafado la pierna derecha. Vos sabés que en la costa no hay ningún médico, así que me voy a mi país para atenderme como Dios manda.

—Y bueno, ya sabe que yo estoy para lo que Vd. quiera.

—Mirá, Andrew, yo me voy y te dejo todo a vos. Hacé lo mejor que puedas que me voy tranquilo.

Acto seguido llamó a sus tres peones y les dio las órdenes del caso.

Séame permitido intercalar acá un interesante detalle, que, con el andar del tiempo y los progresos de lo que llaman civilización, cobra ribetes novelescos, aunque entonces era la cosa más natural del mundo.

Los tres peones de York, que vivían, como él, en carpas, en un inmenso campo que iba de la cordillera al Atlántico, sin alambrados ni construcciones de ninguna especie, eran ex penados de Ushuaia, la cárcel más austral del mundo, de tan triste memoria.

Dos eran italianos y el otro alemán. Los tres habían sido condenados por asesinato. Pero eran excelentes hombres, obedientes y respetuosos.

En aquellos tiempos los hombres cumplían su condena y cuando salían nadie les preguntaba por qué habían sido castigados. Muchos de los libertos preferían quedarse en la Patagonia o en Chile. Las autoridades los trasladaban, por lo común, a Río Gallegos o a Punta Arenas y allí rehacían su vida... o volvían a las andadas. De esta manera se fueron poblando aquellas benditas tierras, realmente tierra de hombres.

A propósito del tema, me viene al recuerdo el caso de otro ex condenado. Venía yo para Buenos Aires, en 1905, en un transporte de la Armada y me hice amigo de un ita-

liano, de muy buen aspecto, distinguido y educado. Acababa de cumplir su condena, por haber liquidado a un compatriota, por cuestión de mujeres.

Nos pasábamos horas y horas charlando sobre cubierta. Él me contaba sus viajes por Europa, sus amigos, sus amoríos y yo le devolvía con mis historias marineras y patagónicas.

Se nos fue volando el tiempo y llegamos a Buenos Aires, donde lo esperaba un hermano. Me encareció que lo visitara en su casa y como el tipo me había caído bien, a los dos días fui a la dirección que me diera.

Era en el barrio más distinguido de Palermo y la casa era todo un palacete. Pensando mil cosas raras y con bastante "batata" toqué la campanilla y me abrió un portero de uniforme. Impresionante el tipo.

Casi me caigo redondo cuando me dijo:

—La señora Condesa y su hijo lo están esperando.

En el hall se apresuró a recibirme mi amigo, que me dijo en voz baja: "Decile a mi madre que me conociste en Italia, pues ni sospecha en las que he andado".

Llegó en seguida la madre. Toda una matrona, de aspecto señorial y dulce a la vez.

Las piernas se me aflojaron y pasé más calor que al meterme en una cueva de leones, pero apechugué lo mejor que pude y seguí la comedia.

Charlamos un rato largo. Tuve que mentir como un bendito, pero me desempeñé bastante bien, pues conocía casi todos los lugares de que hablamos y durante el viaje me había familiarizado con las cosas de mi amigo.

La Condesa me pidió que volviera para seguir hablando de "nuestros viajes por Europa", pero juro que no me vio más el pelo, pues para mentiroso no he servido nunca.

Bueno, casi me olvido de York, de los pumas y de mi famosa maratón, cautivado por recuerdos típicos de aquellos tiempos en que medíamos las cosas con tan distinta vara.

Pasé esa noche en el campamento de York, quien vivía en una carpa, sin siquiera un mal rancho de barro. Los

peones también dormían en carpas y la "cocina" consistía en unos postes sosteniendo una arpillera de fardo.

Al día siguiente, tempranito, York ensilló y salió con su pilchero rumbo a Santa Cruz, a 400 kilómetros, sin alma viviente en todo el trayecto y con una pierna colgando.

—Acá está la estancia y hacé lo mejor que puedas —me gritó por despedida—. En Santa Cruz tengo unos pesos depositados en el almacén de José Menéndez y podés pedir todo lo que te haga falta.

En esta forma, sin rodeo ni recuentos, cuando apenas tenía 26 años, me entregaron un campo sin límites, de la montaña al Atlántico, con seis mil ovejas.

Me dediqué pues con todo entusiasmo a cuidar la fortuna que habían dejado en mis manos, lo cual no quiere decir, por supuesto, que abandonara mi deporte favorito.

Trabajo no faltaba. El "establecimiento" contaba apenas con dos corralitos y un baño para tres ovejas a la vez, con pileta hecha de cuero yeguarizo estirado entre postes hundidos. No me conformaba con tan miserables instalaciones y, conocedor ya del oficio de ovejero, me dediqué, con los peones, a la formación de un potrero y un baño como la gente.

Una madrugada, después de fuerte nevazón, salí para traer la tropilla. La nieve había cargado con ganas. Todo era propicio para campear pumas, pero era más fuerte mi sentido del deber que la "fiebre del león".

Sin embargo el destino me ayudó, pues a unos quinientos metros dí con un rastro fresco. Traté de resistir a la tentación, por supuesto sin el menor éxito y me puse en campaña al instante.

No llevaba perros, pero sí el inseparable fusil, tan indispensable en la Patagonia de entonces como el cuchillo, los fósforos y la sal.

Intenté cortarle el camino de la meseta. El galope se hacía muy difícil por la nieve, así que el león pudo llegar antes que yo a las lomas.

Aunque no lo había visto aún, pude darme cuenta de

que lo tenía cerca y que me había olfateado, pues corría a una velocidad que sólo utiliza para matar o huir.

Como el terreno se volvía cada vez más quebrado y cuesta arriba, tuve que desmontar y seguir a pie. Al cabo de dos horas de trepar y correr alcancé a percibirlo, serpenteando entre pedreros y matorrales, impidiéndome así el probar un buen tiro.

Yo pasaba entonces por buen corredor, especialmente en larga distancia, de modo que si quería alcanzarlo tenía que cortarle el paso antes de que llegara a unos cerros a pique, a más de dos kilómetros de distancia.

Era más que seguro que el león buscaría refugio en esos cerros, pero antes tenía que cruzar un trecho de pampa abierta. Sin embargo fue lo suficientemente astuto como para no exponerse así y la batalla empezó en serio.

Yo tenía viento a favor, lo que en este caso no me ayudaba, pues permitía a mi contrincante olfatearme a la distancia.

Dando una prueba más de su notable instinto y habilidad, el león comenzó a despistarme, volviendo sobre sus propios rastros con giros en ángulo recto. Comprendí que lo tenía vencido, salvo que me dejara engañar por alguno de sus "codos".

Transcurrió otra hora de porfiada persecución. ¡Buen trabajo me costó seguir el rastro sin confundirme!

Viendo que esa estrategia no le daba resultado, recurrió a otra artimaña, muy conocida en la lucha del desierto: cruzar un arroyo, remontándolo durante un trecho largo, para que el rastro se perdiera.

Al principio me dejó confundido, pero para su desgracia el lugar era bastante despejado, salpicado apenas con coirón y pequeñas matas. Era el primer tramo claro que se presentaba después de tanto gambeteo.

Afilé la vista y lo vi, a unos cien metros aguas arriba. Lancé un grito de triunfo. Había ganado la maratón.

Avancé con cuidado, sin sacarle la vista de encima. El bicho seguía la misma táctica y volviendo de vez en cuando

la cabeza salió del riacho y avanzó sobre las matas, con evidente fatiga. A unos doscientos metros desapareció misteriosamente de mi visual.

¿Qué diablos había sucedido? Describí un círculo sin encontrar rastros y me senté, intrigado, sobre una lomita.

¿Dónde podía haberse metido? Sin dejar de escudriñar piedra por piedra y mata por mata, no salía de mi asombro cuando de repente, entre unas matitas grisáceas del declive, a unos treinta metros de mi puesto de observación, me pareció ver algo que se movía.

Preparé el fusil y seguí vigilando. Lo que veía eran las orelas del león, que se había cansado antes que yo y se ocultaba entre las matas, de color igual a su pelaje, haciéndose el muerto.

De poco le valió la astucia, pues una vez que se me tranquilizó el pulso, alterado por la corrida, comencé a silbar despacito.

Una vez más la curiosidad tuvo fatales consecuencias: al rato levantó la cabeza para ver de qué se trataba. Pero poco pudo ver el pobre bicho. El tiro fue perfecto.

XV

CAZADOR CAZADO

La vida en las soledades patagónicas nos permite admirar espectáculos increíbles, unos por su sencillez, otros por su grandeza, algunos por su ferocidad. Allí todo se traduce en una lucha constante por la existencia y el predominio, ya sea en el mundo animal como en el vegetal y geológico. Sobreviven tan sólo los más fuertes o astutos. La máxima se aplica por igual a hombres y animales.

El puma, mi sujeto favorito de estudio y persecución, sale por lo general de noche a hacer sus fechorías. Sin embargo tuve una vez ocasión de ver a uno acechar y matar a un guanaco en pleno día de verano. Fue un espectáculo brutal e inolvidable, casi hermoso diría. Triunfó la ley del desierto, de la selva. El más fuerte y astuto sobre el más débil y tonto... pero apareció un tercer personaje en escena, que quebró el clásico principio y aprovechándose de dos inocentes criaturas del imperio animal, cargó con todo el botín. El traidor fui yo.

La olla andaba escasa y era preciso arrimarle carne. El guanaco era nuestro recurso en tales casos. También contaban con él los abundantes miembros de la jauría.

El día prometía ser fuerte, de modo que salí temprano. Era preciso llegar hasta las elevadas mesetas, donde se reúnen las tropillas en verano. Me interné dos leguas por el valle del río Cangrejo y recién allí di con una veintena de ellos.

Dejé el caballo en una hondonada y comencé a arrastrarme, rumbo a sotavento, para evitar que pudieran verme u olfatearme, ya que en verano el guanaco anda muy alerta.

Hallábame bastante cerca para un buen tiro, a unos ciento cincuenta metros, cuando vi que adoptaban una extraña actitud. Al principio supuse que me habrían visto y estaban a punto de disparar, cuando advertí que no miraban en mi dirección.

Me detuve y observé con mayor atención. La tropa contemplaba, como hinoptizada, algo que yo no podía ver. De repente todos relinchaban agudamente, a un mismo tiempo y corrían un corto trecho para regresar de inmediato al punto de partida, las orejas bien paradas hacia adelante y mirando fijamente hacia lo que podríamos llamar, aunque muy impropiamente, un montecido de pasto coirón largo. Comencé a observar en dirección hacia el "montecito" con tanta atención como ellos y me pareció ver que algo se movía. Los guanacos se dispersaron una vez más, pero volvieron en seguida. De repente, y con el asombro que pueden Vds. imaginar, me di cuenta de que lo que atraía en tal forma la infantil curiosidad de los guanacos era la cola de un puma que, agazapado tras las matas, avanzaba sigilosamente, la cola en alto, bamboleándola como un péndulo. Los pobres guanacos, tan estúpidos como inocentes, se asustaban cuando lo veían arrastrarse, pero volvían luego para observar esa extraña serpiente, que ejercía sobre ellos, evidentemente, similar atracción a la que sobre los pájaros tienen las víboras.

Yo sabía, por cuentos de los indios, que el puma acostumbra matar los guanacos en esa forma, pero lo consideré una fábula más. Sin embargo, allí estaba presenciando el insólito espectáculo y casi tan fascinado como las acechadas víctimas.

Metro a metro fue acercándose el puma y cuando llegó al término de las matas, se avalanzó como un rayo sobre la tropilla.

El guanaco más próximo quiso disparar, pero tropezó con los que estaban detrás de él. El puma le saltó sobre el lomo, abatiéndolo con un poderoso zarpazo. La lucha duró menos de lo que necesito para contarlo. El resto de la tropa, despertando del fatal hechizo, huyó veloz como el viento.

Fascinado por el insólito espectáculo, me olvidé por completo de que también yo había ido a cazar. Los demás guanacos estaban ya lejos y difícilmente me dejarían acercar. Solo quedaba uno: el del puma, que montado sobre su víctima, clavaba los dientes en su pescuezo.

Apunté cuidadosamente al feroz carnicero, le dí en pleno corazón y se desplomó instantáneamente sobre su víctima, sin saber siquiera de dónde ni cómo le había llegado la muerte.

Yo no había perdido el día: una buena piel, carne para la olla y una función que muy pocos habrán presenciado jamás.

Dejé el caballo en una hondonada y comencé a arrastrarme, rumbo a sotavento, para evitar que pudieran verme u olfatearme, ya que en verano el guanaco anda muy alerta.

Hallábame bastante cerca para un buen tiro, a unos ciento cincuenta metros, cuando vi que adoptaban una extraña actitud. Al principio supuse que me habrían visto y estaban a punto de disparar, cuando advertí que no miraban en mi dirección.

Me detuve y observé con mayor atención. La tropa contemplaba, como hinoptizada, algo que yo no podía ver. De repente todos relinchaban agudamente, a un mismo tiempo y corrían un corto trecho para regresar de inmediato al punto de partida, las orejas bien paradas hacia adelante y mirando fijamente hacia lo que podríamos llamar, aunque muy impropiamente, un montecido de pasto coirón largo. Comencé a observar en dirección hacia el "montecito" con tanta atención como ellos y me pareció ver que algo se movía. Los guanacos se dispersaron una vez más, pero volvieron en seguida. De repente, y con el asombro que pueden Vds. imaginar, me di cuenta de que lo que atraía en tal forma la infantil curiosidad de los guanacos era la cola de un puma que, agazapado tras las matas, avanzaba sigilosamente, la cola en alto, bamboleándola como un péndulo. Los pobres guanacos, tan estúpidos como inocentes, se asustaban cuando lo veían arrastrarse, pero volvían luego para observar esa extraña serpiente, que ejercía sobre ellos, evidentemente, similar atracción a la que sobre los pájaros tienen las víboras.

Yo sabía, por cuentos de los indios, que el puma acostumbra matar los guanacos en esa forma, pero lo consideré una fábula más. Sin embargo, allí estaba presenciando el insólito espectáculo y casi tan fascinado como las acechadas víctimas.

Metro a metro fue acercándose el puma y cuando llegó al término de las matas, se avalanzó como un rayo sobre la tropilla.

El guanaco más próximo quiso disparar, pero tropezó con los que estaban detrás de él. El puma le saltó sobre el lomo, abatiéndolo con un poderoso zarpazo. La lucha duró menos de lo que necesito para contarlo. El resto de la tropa, despertando del fatal hechizo, huyó veloz como el viento.

Fascinado por el insólito espectáculo, me olvidé por completo de que también yo había ido a cazar. Los demás guanacos estaban ya lejos y difícilmente me dejarían acercar. Solo quedaba uno: el del puma, que montado sobre su víctima, clavaba los dientes en su pescuezo.

Apunté cuidadosamente al feroz carnicero, le dí en pleno corazón y se desplomó instantáneamente sobre su víctima, sin saber siquiera de dónde ni cómo le había llegado la muerte.

Yo no había perdido el día: una buena piel, carne para la olla y una función que muy pocos habrán presenciado jamás.

XVI

SARA SEPÚLVEDA

Este capítulo no trata de ninguna cacería fantástica ni de peripecias tras el puma. Es un simple relato con el que rindo homenaje a la bravura de aquellas mujeres que abrieron el surco en las soledades patagónicas, siguiendo a sus maridos. Paladines anónimos de un drama histórico. Ante ellas me descubro y mi emocionado recuerdo les rinde el tributo de admiración que tan poco se les ha dado y tanto merecen.

El relato es verídico, pues lo escuché en la época en que ocurrió, hace ya muchos años y luego me lo confirmó la mismísima protagonista, doña Sara Sepúlveda, una de las valientes mujeres que contribuyeron a poblar la Patagonia.

Su marido, araucano chileno, decidió no seguir de peón y trabajar por su cuenta. Toda la tierra más o menos accesible estaba ya ocupada, de modo que se internó, con toda su familia, a caballo, en el corazón de la cordillera, a varios días de marcha del punto hasta donde llegaban las rutas transitadas, en la frontera misma con Chile, allí donde las alturas entre el Viedma y el San Martín dividen el curso de las aguas.

No había alma viviente en varias millas a la redonda. Allí tuvo doña Sara que construir su hogar, desafiando el aislamiento y las penurias de un clima áspero e implacable,

a menudo sola con sus seis hijitos, encabezados por una niña de nueve años.

Cuando llegaba el verano, don Ismael salía a changuear en las esquilas, para conseguir así unos pocos pesos que aseguraban comida y vestimenta para la familia. Durante esas ausencias doña Sara mantenía encendida la llama del hogar.

Era una de esas mujeres admirables. De origen humilde, con muy escasa instrucción, había sabido sin embargo transmitir a sus hijos lo poco que sabía, que para el lugar era mucho, especialmente un real espíritu de trabajo y un culto al honor del que a menudo carecen los niños criados en la comodidad y el bienestar.

Durante una de esas ausencias de don Ismael, doña Sara tuvo que oficiar de ovejera, ya que tenían a campo abierto un centenar de ovejas, a las que era preciso rodear cada día.

Salió, pues, como siempre, llevando consigo un perro joven y siguió el primer rastro de ovejas que encontró. Caminaba vivamente, para dar con la majada antes de que se alejara más.

Al cruzar un arroyo vio los rastros de dos pumas, pero no se preocupó mayormente, hasta que se encontró virtualmente cara a cara con uno de ellos. Sigamos, pues, el relato de la propia doña Sara:

"Así, pues, me encontré contemplando desde pocos metros a un león de buen tamaño, que a su vez me miraba sin muestras de temor ni agresividad. Su mirada denotaba más bien curiosidad. Supongo que jamás habría visto hombres ni perros. Es probable que nada hubierra ocurrido y que nos separásemos en paz, pero procedí «a lo mujer». Asustada y sorprendida, no encontré mejor recurso que azuzar contra él mi pobre cachorro.

"Éste no se hizo rogar y se largó a torear al león, ladrando furiosamente. Éste lo miraba con flema y cuando se puso a tiro le amagó un zarpazo que acabó con sus ímpetus. Con el rabo entre las piernas se vino hacia mí, per-



Ricardo Madsen y Martín Bjere siguiendo un rastro (1932).

seguido de cerca por el adversario. Recién entonces advertí mi error y el peligro que corría.

"No recuerdo lo que hice ni lo que dejé de hacer. Grité y arrojé piedras y ramas, tanto al león como al perro, tratando de que éste se apartara de mí. Al fin se apartó y disparó aullando, en línea recta hacia la casa, seguido por el león que, afortunadamente le dedicaba toda su atención.

"Sabiendo que las fieras temen al fuego, traté mientras tanto de encender unas matas, pero estaba tan aturdida que no lo conseguí. Entonces me dominó el pánico y procedí lo mismo que el perrito: tomé línea recta hacia la casa. No sé si aullaría también de miedo, pero no debió andarle lejos.

"Ahora bien, la cortada hacia la casa atravesaba una quebrada poblada de árboles recién quemados. El suelo estaba cubierto de cenizas y carbonilla, entreveradas con troncos a medio quemar. Hasta ahora no me explico cómo pude franquear el «roce» [1], deslizándome, resbalando, rodando y arrastrándome entre los troncos caídos.

"En el arroyo, cerca de la casa, había un gran árbol tumbado que hacía de puente. Por suerte acerté a cruzarlo antes de desvanecerme. Cuando me recuperé tenía la ropa hecha girones, todo el cuerpo magullado y contuso y estaba negra como una olla, a causa de las cenizas y el carbón.

"Comencé a hilvanar recuerdos y nuevamente el pánico se apoderó de mí. ¿Qué sería del niño que esperaba para esos días? En mi fuga me había olvidado por completo de él.

"Gracias a Dios nada ocurrió, pero este hijo resultó tener la piel más oscura que los demás, y estoy segura de que la causa fue esa corrida entre el bosque carbonizado. Después de esto dije a Ismael que se ocupara de las ovejas, pues yo no volvería a hacerlo. Eso es todo."

[1] En la cordillera austral, especialmente en la parte chilena, llaman "roce" a la poco recomendable costumbre de incendiar el bosque para limpiar la tierra de labranza. A ello se deben, en su casi totalidad, los incendios que año tras año se producen.

Doña Sara había terminado su relato, pero el hijo, el de la piel más oscura, que la había escuchado, terció entonces muy tranquilamente:

—Creo que se le olvidó algo, madre. Usted no quiere contarlo por miedo a que se ría la gente. Lo cierto es que Vd. siguió cuidando las ovejas, pero afiló un hacha de mango muy largo que quedó como pico de afilada y cuando padre estaba ausente, usted salía a rodear las ovejas, pero llevándosela a Luisa y al hacha.

El muchacho, pícaro como él solo, me guiñó el ojo mientras la madre le amagó una palmada.

Luisa, la hija mayor, era una fuerte muchacha que en la época del relato tenía diez años, bien versada en las artes campesinas, capaz de jinetear como domador y de enlazar terneros como el mejor gaucho.

Doña Sara y Luisa se relevaban para cargar el hacha, pero no encontraron más leones. Sin embargo, con el tiempo, éstos acabaron con la majada y los Sepúlveda tuvieron que dedicarse al ganado vacuno.

El trabajo de doña Sara con las ovejas y con la famosa hacha resultó a la postre infructuoso.

En la actualidad, aquella muchachita debe tener unos 36 años. Ha formado su familia y es una excelente cazadora de leones, doma potros a la par de cualquier hombre y es vaquiana en las más rudas faenas del campo.

Otra hermana, la Juana, también se casó y tiene cuatro hijos. Cuando el marido se va para la esquila o en algún arreo a la costa, ella se queda sola con sus chicos y se las maneja para ordeñar sus veinte vacas, hacer quesos, cuidar la quinta y atender su prole. Cuando hablamos de ella siempre digo que no es de las que pierden el tiempo lustrando los muebles (en su rancho con piso de tierra no estarían muy a tono).

Luisa y Juana siguen viviendo en la frontera, en plena cordillera, a más de cuatro leguas de mi estancia, en el lugar conocido por "Laguna del desierto".

El sitio es casi inaccesible y sólo se pueden llevar los alimentos en cargueros.

Estas bravas mujeres, al igual de su madre, son un hermoso exponente de aquella raza bravía que se va extinguiendo.

Que piensen en ellas tantas "niñas" a las que he oído suspirar porque no consiguen sirvienta o porque tienen que cuidar uno o dos hijos, tres a lo sumo... ¡oh, tiempos!

XVII

EL PUMA SONRIENTE

El viejo cazador de leones dejó a un lado el libro que estaba leyendo, frotó sus cansados ojos con la mano y siguió un rato sentado, mirando vagamente en el espacio. Se levantó con movimientos pausados y acercándose a la ventana miró nostálgicamente el cuadro asombroso de "su" naturaleza invernal... porque allí, al pie del Fitz Roy, hasta la naturaleza era como suya, tanto se habían identificado el uno con el otro.

Con el alba había dejado de nevar. Las serranías, acariciadas por el sol, presentaban tonos increíbles, mezcla de alguna mágica paleta que confundiera el blanco con el azul y el rosado. El silencio y la quietud se convertían allí en sensación física que penetra al alma.

¡Sus montañas! La cadena por la que vagara tantos años, antes que ningún otro hombre, con su blanco manto, era la novia constante que cada año llegaba a él y le invitaba a suave coloquio. Se había apegado tremendamente a esas montañas, en las que durante meses y meses estuviera absolutamente solo, solo con Dios y la Naturaleza. Conocía, como si fueran los rincones de su propia casa, cada sitio pintoresco, cada cresta, cada colina donde se pasara horas meditando y sorbiendo la belleza de la creación.

Ya no vagabundearía más por allí tras el puma ene-

migo. Ya no podría salir con sus perros cuando sintiera "la fiebre del león".

Días antes habían llegado unos turistas amigos y uno de ellos creyó sorprender una mirada extraña en los ojos del cazador.

Sí, su vida estaba cerrada como un libro de aventuras al que le hubieran arrancado, tontamente, las últimas páginas, las más jugosas. Cada nevazón había sido para él como el toque de clarín para el potro de guerra. Cada invierno le había visto salir, al despuntar el alba, en busca del rastro sobre la nieve fresca. ¡Qué extraño que ahora, con una nevazón tan magnífica, estuviera allí, pegado a los vidrios, como desconcertado!

—¿Ya no caza más pumas? — preguntó uno de los amigos.

El viejo lo miró con cierta malicia en los ojos y al rato le contestó:

—¿No sabe usted que ha salido un decreto que prohibe cazar pumas dentro de los límites de la reserva del Parque Los Glaciares? Para cazarlos hay que pedir permiso, presentando pruebas de que hace daño en la majada. Con un rezongo añadió: —Como si se necesitaran pruebas. ¿Qué es lo que hace una cabra en un sembrado de lechuga?

La mirada del viejo se fué animando y continuó diciendo, mientras animaba el fuego: —Desde hace más de medio siglo los pobladores de la Patagonia lucharon cuesta arriba contra el puma mientras éste dió cuenta de cientos de miles de ovejas y terminó con los hermosos huemules del bosque. Ahora resulta que el puma es algo romántico, que debe conservarse a toda costa...

—Puede ser que algunos, merodeando entre las sierras, donde jamás los verá el turista, resulten más románticos que las ovejas, pero estoy seguro de que los pobladores de la Patagonia, con sus prosaicas ovejas, han hecho obra más útil que todos los pumas habidos y por haber y si no los hubieran combatido como lo han hecho no saldría tanta lana por nuestros puertos... pero... la ley es la ley y

ahora, antes de apuntar al corazón del implacable enemigo, hay que iniciar un expediente... seguramente con papel sellado y todo... (acá saltó un indescifrable juramento marinero en danés).

Con esto terminó el viejo su soliloquio. Caminó unos pasos y se paró sobre una gran piel de león tendida sobre el piso. Por extraña fantasía el peletero, al ponerle ojos de vidrio, había dado al animal algo así como una mueca burlesca en lugar de la expresión feroz que corresponde a todo león que se respete. Aquello parecía una carcajada.

Uno de los turistas lo notó y dijo:

—¿Por qué no lo cuelga? Parece estar riendo.

El viejo quedó callado un momento; luego dijo:

—No solo parece estar riendo, sinó que murió riendo.

Todos lo miraron, listos para seguir la chacota, pero como el viejo seguía lo más serio, uno de ellos preguntó:

—¿Cómo, acaso ríen los pumas?

—No sé, pero lo cierto es que éste lo hizo — fué la extraña respuesta.

—A ver. cuéntenos como fué.

Sin quitar la mirada de la sonriente cabeza, así comenzó el viejo cazador su relato:

—Nunca lo conté antes, porque muy pocos me habrían creído. Si no lo hubiera visto con mis ojos tampoco yo lo habría creído.

—Todos sabemos que cada poblador de la Patagonia tiene que perseguir implacablemente al puma o quedarse sin majada. Quien tuvo la fantástica idea de protegerlos y exigir pruebas de que hace daños para autorizar a matarlo, sin duda jamás vió lo que nosotros tan a menudo: docenas de ovejas muertas en una noche. En una ocasión encontramos sesenta y seis entre ovejas y corderaje, unas muertas, otras atontadas, con el cráneo medio desfondado, arrastrándose por el suelo con los cuartos traseros medio comidos.

—No, esa gente no vió nunca nada, pues de otro modo

no saldrían con ese decreto tan fantasioso... pidiendo pruebas... ¡Bahh!

—Un año, de sesenta yeguas preñadas sólo saqué cuatro potrancas, del resto se encargaron los pumas... los pumas del decreto.

—Desde hace muchos años no queda un solo puma en este campo, pero siempre bajan de las mesetas y las cordilleras donde no hay pobladores. Esa sería su guarida ideal si no fuera porque se les ha terminado casi por completo el guanaco, su presa natural. El puma lo reemplazó con huemules y ovejas, pero nosotros habíamos conseguido tenerlo en jaque... hasta que vino el decreto. Parecería que el puma se ha enterado del asunto, pues desde que salió se atreve como antes no lo hacía, llegando hasta las casas como diciendo: "A ver si se atreven a violar el decreto".

—Desde luego no nos dimos por vencidos. Respetamos la prohibición, que otro remedio quedaba, pero nos ingeniábamos para sacarlos fuera de la reserva y ahí nos vengábamos con ganas. Pero es cosa más difícil y trabajosa.

—Había uno, viejo y astuto, que me tenía con sangre en el ojo. Había logrado esquivarme bastante tiempo, hasta cansarme casi. Nunca andaba lejos, pero sabía despistar a los perros, desviándose a un costado o para atrás, metiéndose en barrancos y cuevas donde era imposible seguirlo. Cuando se cansaba entraba en los límites de la reserva y ahí se terminaba la persecución.

—Un día pude acercarme a él como nunca, pero se me perdió de repente en un profundo despeñadero. Había abandonado ya la caza, con un humor de los mil demonios y emprendía el regreso a las casas, cuando al pesar bajo una cornisa oí un suave "Jshiii". Me detuve bruscamente y miré para arriba. Allí, sobre una gran piedra, a diez metros de mi cabeza, el maldito león me contemplaba tranquilamente.

—Quedé estupefacto. ¿Cómo se había trepado allí? ¿Por qué se había delatado con el silbido cuando yo jamás

lo habría podido descubrir? El puma nunca silva, salvo cuando está acosado y muy cerca de uno.

—¡Viejo pícaro! —le dije— por lo visto sabes que no puedo tirarte porque está prohibido.

—Ignoro si me comprendió, pero lo cierto es que se afirmó sobre las posaderas, con esa misma risa que podeis verle.

—Reserva o no reserva, decreto o no decreto, lo cierto es que mi fusil disparó y abajo se vino el puma con su mueca congelada.

—Y lo bueno del cuento es que el último en reír fuí yo, pues comprobé que estábamos fuera de la reserva, por unos metros, y que por lo tanto no había cometido infracción.

—No... nunca más cazaré pumas. El fusil podría dispararseme... "accidentalmente" si volviera a tropezar con otro malandrín que quisiera tomarme el pelo, por más que estuviera dentro de la reserva... La ley es la ley...

El viejo fué a conectar la radio. Una amplia sonrisa se le dibujó en la cara mientras por el aire llegaban los sones de "South of the border... Down Mexico way...".

El relator, a fuer de honesto escritor, declara que a este episodio no alcanza en su totalidad la promesa de verdad hecha al comienzo. Pero el decreto y algunas otras quisicosas fueron estrictamente ciertas y la moraleja del cuento es que al poco tiempo de publicado en "Argentina Austral" el pintoresco decreto fué derogado.

"Cosas veredes que non crederes amigo Sancho".



Pleno invierno. Cacería propicia. Anna colabora.

XVIII

BOBBY EL CAZADOR DE LEONES

¿Razonan los animales?

Ya he hablado más de la cuenta de mis peripecias cinegéticas. Creo honestamente haber excedido los límites de la discreción. Quedan por contar muchos episodios interesantísimos para cubrir los casi cuatrocientos pumas que he registrado en mi "foja de servicios". Pero no he de abusar de vuestra paciencia, amigo lector.

Creo en cambio justo dedicar algunos capítulos a mis colaboradores más fieles: el perro, el caballo, el buey y algunos otros amigos de la fauna patagónica, con quienes tan bien nos hemos entendido en esas maravillosas soledades, en esos períodos de absoluto alejamiento de todo individuo. He oído decir que cuando uno empieza a hablar solo ya está con un pie en el manicomio. Disiento con esa opinión: creo que cuando tal ocurre en la pura naturaleza, se está entrando por la puerta ancha de la filosofía o comprensión de la vida en sus raíces mismas.

Para comprender nuestros propios sentires preciso es escuchar nuestras propias voces. Preciso es platicar con nuestros perros, nuestros caballos y pájaros. Ellos nos entienden mejor de lo que parece.

Por mi parte sostengo firmemente que no sólo nos entienden, sino que hasta saben razonar. Mi atenta observación de toda la vida, obligado a ello por la manera semi-

primitiva en que siempre he vivido (lo de primitivo lo digo como concesión a quienes creen que la civilización está en las ciudades, punto sobre el cual disiento profundamente) me ha llevado a la cabal conclusión de que todo animal razona hasta cierto punto. La forma en que resuelven algunos problemas no se puede explicar atribuyéndolo solamente al instinto o el hábito.

Comenzaré con el perro, a quien se supone el amigo máximo del hombre. En mi opinión le disputa ese lugar, a veces con ventaja, el caballo, aunque más de un viejo poblador preferirá acaso al buey como aliado.

Pues bien, con el correr de los años llegué a tener un surtido de perros de lo más pintoresco: collies, mastines y cuzcos de pelaje y abolengo bastante indefinido. Me ocuparé en primer término de Bobby.

Era cruza de fox-terrier y perro ovejero de tipo impreciso. Me adoptó en la primavera del año 1907. Yo había viajado del lago Viedma, en la cordillera, al pueblo de Santa Cruz, sobre el Atlántico, para encontrarme con don Guillermo York, que regresaba de su viaje a Europa, adonde había ido, según hemos visto anteriormente, para curarse de una fractura, dejándome encargado de su campo y haciendas.

Las comunicaciones eran entonces el problema más bravo de la Patagonia. Los vaporcitos costeros de Braun y Blanchard se encargaban de casi todo el servicio de correo y pasajeros entre Punta Arenas y la costa meridional argentina, pero sus escalas eran pocas y muy espaciadas. Como consecuencia de ello tuve que esperar en Santa Cruz cuarenta días hasta juntarme con mi patrón.

Bobby, el héroe de este capítulo, pertenecía al finado Gustavo Saysset, propietario del hotel donde me hospedaba. Ahora bien, como por una u otra razón los perros suelen encariñarse conmigo, evito en general acariciar a los ajenos, pero durante la forzada espera hubo sin duda algún descuido de mi parte y Bobby, perro excepcionalmente afectuoso, dió en seguirme.

Ni su dueño ni yo nos apercibimos de ello hasta que un día, mientras galopaba rumbo a Paso Ibáñez, donde había dejado mi tropilla, advertí, como a las dos leguas de marcha, que Bobby venía tras de mí.

Me fastidiaba tener que volverme atrás y como él rehusara hacerlo por su cuenta, pese a mis órdenes, no tuve más remedio que seguir con su escolta. Todo anduvo bien hasta llegar al campo de don Pedro Richmond, donde junto al camino pastaban algunos carneros de "pedigree".

Antes de que pudiera yo hacer nada Bobby se le había prendido de la garganta a un valioso ejemplar, frente mismo a las casas de la estancia.

Imagínense Vds. mi dilema: ¿Cómo explicar a don Pedro que Bobby no era mío? Felizmente nadie presenció la agresión y me dediqué a chucear a Bobby para que largara su presa.

Comencé arrojándole el sombrero, luego el rebenque y por fin, ya desesperado, le revolié el cuchillo.

Era uno de esos facones marca ' Frankestein", con hoja de 18 pulgadas, que por aquellos pagos se consideraba como "de etiqueta", con puño de plata y vaina de metal, pesando el conjunto su buen medio kilo.

En el apurón se lo largué con vaina y todo, pero en el aire el cuchillo se salió, pegándome un susto mayúsculo, pues era de los que cortaban un pelo en el aire. ¡Gran Dios, si llego a acertarle al perro o al carnero!

Felizmente no ocurrió tal cosa y el cuchillo fué a clavarse en el suelo, junto a Bobby. Este, que había despreciado sombrero y rebenque, soltó rápidamente su presa y corrió a refugiarse tras mi caballo.

No puedo decir que tenía la cola entre las piernas, pues se la habían cercenado, mucho antes, a una pulgada de su origen, pero estaba evidentemente intimidado.

Ahora bien, y aquí mi reflexión: yo lo había golpeado con sombrero y rebenque gritándole en todos los tonos, sin que se diera por aludido. ¿Por qué se asustó entonces cuando el cuchillo pasó junto a él pero sin tocarlo? Evi-

dentemente, llegó a la conclusión de que la cosa se ponía seria y que convenía obedecer.

Demás está decir que en un santiamén desmonté y recogí sombrero, rebenque y cuchillo y como el carnero parecía no haber sufrido en el lance, gracias a su espesa coraza de lana, proseguí mi camino.

De regreso a Santa Cruz le conté lo ocurrido a Gustavo, de modo que cuando volví, a los pocos días, para revisar mi tropa, encadenamos debidamente a Bobby. Cuando regresé me miró como resentido. Pero pronto dejó a un lado su rencor y comenzó a seguirme como antes.

Diariamente solía ensillar mi caballo para llevarlo a un manantial cercano. Bobby siempre me acompañaba. Pero cuando se trataba de ir a Paso Ibáñez la cosa era distinta.

Fué así que la víspera de mi próxima salida con ese rumbo buscamos a Bobby para atarlo, pero no apareció por ningún lado. En vano lo buscamos, no había ni rastro de mi amigo. Supuse que estaría de visita con alguna dama perruna, así que no dí importancia al asunto.

Tomé la copa del estribo y me puse en marcha. No habría hecho una legua y estaba ya sobre la pampa, cuando percibí a la distancia un bulto confuso sobre la huella. Al principio no imaginé qué sería pero al rato distinguí claramente al fiel Bobby que brincaba dando alegres ladridos como si quisiera decir: "Se la dimos al viejo Gustavo, esta vez no pudo atarme".

Ahora bien y vean Vds. si no tengo razón cuando digo que los animales razonan: yo había ensillado a la misma hora en que solía hacerlo para ir al manantial, en cuyas ocasiones no negaba a Bobby su derecho a seguirme. Pero esta vez había una diferencia casi imperceptible para un humano: había atado a la silla mi poncho y las mantas de dormir.

Evidentemente, Bobby había sacado su propia deducción: el viaje era más largo y seguramente lo atarían como otras veces. Y había tomado las de Villadiego.

Pero esta vez se portó como un caballero, sin entrometerse con los carneros de Richmond.

Cuando se lo conté a Gustavo me dijo: —Mejor que se lo guarde. Nunca más será perro mío, pues lo ha adoptado a usted.

Acepté con gran alegría el regalo, pues me había encariñado con Bobby. Desde entonces comenzó para los dos una vida encantadora de aventuras y correrías. Si señor, fuimos grandes amigos y nos cobramos mutuo afecto y consideración. Ojalá hubiera muchos hombres capaces de corresponder estos sentimientos con igual lealtad e inteligencia que Bobby.

Yo sabía, por las pruebas recibidas, que era un bicho bien inteligente. Fuí honesto, pues no especulé con él ni traté de atraerlo a mi órbita. Fué uno de esos fenómenos frecuentes de simpatía recíproca e inevitable. Poco a poco fuí descubriendo sus habilidades.

Gustavo le había enseñado algunas gracias, entre otras la de llorar. Cuando se lo mandaba el perro se sentaba sobre los cuartos traseros y aullaba lúgubremente, restregándose los ojos con las manos. Si le ordenaba cantar no se frotaba los ojos, pero el sonido que emitía no difería mucho del anterior. Fué constante compañero mío por largos años y muchas veces le ví resolver problemas con extraño juicio.

Su primera pelea cordillerana la tuvo con un leoncito de siete a ocho meses al que se le avalanzó, con el resultado de que salió malamente arañado. Cuando pudo zafarse se sentó un momento, mientras su adversario hacía lo mismo, con la espalda dando a un árbol. Volvió a arremeter y nuevamente sufrió mordeduras y arañazos. Nueva retirada y vuelta a sentarse, tal cual lo hacen los boxeadores entre "round" y "round". Pero esta vez no volvió a la carga, sino que se puso en retirada, como acobardado. El leoncito aflojó entonces la guardia, considerando ganada la pelea, momento que aprovechó Bobby para echársele encima como un relámpago, prendiéndosele de la garganta.

Se revolvieron una y más veces en mortal trenzada. Hasta ahí había observado el singular lance con verdadero deleite, pero consideré oportuno intervenir para salvar a mi buen Bobby, que evidentemente llevaba las de perder. Pero había probado su temple y prometía ser un magnífico colaborador en mi lucha contra el puma.

En otra ocasión dí con seis leones, entre grandes y chicos, que estaban devorando un potrillito recién muerto. Inmediatamente se dispersaron y Bobby salió tras ellos en porfiada persecución. Por mi parte no tenía la menor posibilidad de alcanzarlos, pues iba a pie y estábamos en verano. Sin embargo seguí al paso en el mismo rumbo y como a la hora percibí los furiosos ladridos de Bobby, que según su forma de ladrar tenía acosado algún león, pues para ese entonces era ya un veterano en nuestras cacerías. Me apuré todo lo que pude. Su modo de ladrar me indicaba que el león no estaba trepado a un árbol.

En descampado, sobre la pampa, nunca había visto que un león se le escapara a Bobby, pero esta vez había acantilados y barrancos cerca, donde el puma puede pegar saltos que el perro, por más ágil que sea, no puede imitar.

En campo abierto había adquirido su técnica propia. Después de su lamentable experiencia con el primer cachorro, que ya hemos visto, nunca abordaba a un león de frente, sino que trataba de agarrarlo por la cola, de modo que no pudiera volverse contra él. De vez en cuando soltaba su presa y se alejaba a prudente distancia, pero ni bien me veía desenfundar la pistola abandoba su táctica elusiva para lanzarse directamente al combate, tirándose como un rayo hacia la garganta del enemigo. Esto me ponía a menudo en grave apuro, pues no me atrevía a disparar por temor a herirlo. Pero Bobby quería estar siempre en el desenlace y tenía tanta fe en mí que ni bien me veía alistar el arma consideraba que la partida estaba ya ganada.

Bueno, está visto que cuando hablo de mis favoritos

me olvido del tema y me voy por las ramas. Volvamos pues al león que Bobby tenía acosado.

Bañado en sudor llegué hasta donde estaba mi fiel escudero brincando en torno a un gran león macho. Yo no quería hacer fuego hasta no estar bien cerca y seguro. Me coloqué a unos siete metros del león, pero no me decidí a apuntar, pues con lo precipitado de la marcha el pulso estaba tremendo. En mala hora se me anticipó Bobby. Una y otra vez se revolvieron en el barranco y por más que viera a éste mal herido, no me animaba a disparar.

En mi desesperación opté por empuñar una rama seca y arrimándome la descargué sobre el cráneo del león. El resultado fué que éste soltó al perro y saltó sobre mí.

Tuve la suerte de caer al retroceder con lo que el león pasó sobre mí y antes de que pudiera volverse Bobby lo atacó nuevamente. Pero esta vez, para bien de mi pellejo, cambió de táctica. Aunque cause rubor el decirlo, consideremos estas cosas fenómenos de la vida natural y digamos lisa y llanamente que el inteligente bicho no tomó al león por la garganta ni la cola, sino que adoptó una técnica similar a la usada con sus congéneres: perro bajo y macizo, solía acometer a los otros perros por debajo, mordiéndoles las partes vitales con lo que se aseguraba la partida.

Nunca le había visto hacer tal maniobra con un león y no sé qué fué lo que en esta ocasión le indujo a cambiar de método. Lo cierto es que me salvó la vida, pues el león era enorme, casi tres metros de largo y estaba enfurecido. Si le hubiera saltado a la garganta de un zarpazo lo habría barrido y yo, que en esa fracción de segundo no había siquiera podido pararme, no la habría pasado muy bien que digamos.

He oído a mucho león gruñir y rugir, pero esta vez, y no era para menos, fué impresionante el rugido de dolor y de rabia. Estábamos sin salida, en un barranco angosto y profundo. En determinado momento tuve a quemarropa la cabeza de la bestia, enloquecida de furia y abrazada a

Bobby, que no soltaba por nada. Haciendo pininos para que no me echara un zarpazo apoyé el arma contra su nuca y apreté el gatillo. Por extraordinaria suerte la bala le atravesó los sesos, dando fin al asunto.

Bobby se desprendió. Agitó su amago de cola y me miró triunfante, como diciendo: "La ganamos". Estaba bastante mal herido, pero se las arregló para regresar a las casas casi sin mi ayuda.

Y para seguir con las hazañas de este perro extraordinario permítaseme contar otra de sus muchas aventuras, pues compartía mis andanzas tras el león con idéntico ardor y entusiasmo.

Andaba en una ocasión con él y con un chileno amigo, de nombre Juan Colomo, campeando una leona con cachorro grande por el lago San Martín. Luego de mucho andar la localizamos en una cueva o mejor dicho en un agujero abierto entre un montón de grandes rodados.

Bobby buscó una entrada, como solía hacerlo, para tratar de ganarles la retirada y expulsarlos. Pero no tuvo éxito, no obstante que había varios orificios para su tamaño. Ninguno le pareció adecuado.

Iba de uno a otro, como pesando probabilidades hasta que por fin lanzó un ladrido que parecía decir "Eureka" y se deslizó por un angosto pasadizo, abierto en el piso a modo de chimenea.

Al instante oímos furiosos ladridos, gruñidos, rugidos y latigazos de cuerpos en lucha. Temiendo por la suerte de Bobby nos dedicamos a retirar piedras para lograr una entrada suficientemente ancha, cuando nos llegó un aullido de dolor de Bobby, quien ya no volvió a ladrar. En cambio nos pareció oír como si le desgarraran la carne.

—Están matando al pobre Bobby, voy a saltar adentro — dijo Juan desesperado.

—No seas loco —le contesté—, te harán pedazos antes de que puedas verlos.

Juan echó cuerpo a tierra y metiendo el brazo por la chimenea en que pensaba meterse, agitó la gorra, que

fué instantáneamente despedazada, junto con parte de su mano, que sufrió tremendos razguños.

—Por aquí no hay caso, pero no podemos dejarlo matar a Bobby, voy a probar otra entrada — y empezó a forcejear por otro lado.

Consiguió retirar unas piedras de respetable tamaño y se metió, desoyendo mis gritos, por otra entrada horizontal. Me dió un brinco el corazón cuando sentí de nuevo los ladridos de Bobby, que aunque muy débiles indicaban que la maniobra de la gorra le había permitido zafarse.

Se oyó de pronto un disparo y al instante Juan que me gritaba:

—Ayúdeme, que se me viene encima.

Lo agarré por los talones y lo tironié para afuera. Por suerte estaba entero, sin más lastimaduras que las de la mano.

No oímos ningún ruido de modo que me atreví a meterme por el mismo agujero y comprobé que la leona estaba muerta. Juan le había acertado justo entre las cejas. La sacamos afuera y llamamos a Bobby, pero no tuvimos respuesta.

—Debe estar muerto — dijo Juan, casi llorando, pues era muy afecto a los perros y especialmente a Bobby, gran favorito de todos.

Tras una larga espera vimos que algo se movía en la cueva y poco a poco, Bobby, o lo que de él quedaba, se las arregló para arrastrarse afuera. Nunca viéramos nada parecido: ambas paletas literalmente abiertas, la pulpa de los cuartos traseros desgarrada en tiras y sangre brotándole por todo el cuerpo.

Pensé que sería acto piadoso el despenarlo, pero no pude decidirme y Juan ni quiso hablar de ello. Aun cuando hacía un frío terrible, se quitó el saco de cuero y lo envolvió como a una criatura, cargando con él hasta las casas con el mayor cuidado. El pobre animal, de cuando en cuando, trataba de lamerle la cara o las manos en señal

de gratitud. Díganme ustedes si esto no es realmente humano y emocionante.

Nuestro buen Bobby tardó más de un mes en reponerse y caminar de nuevo. Pero volvió a las andadas, ostentando orgulloso las señales de tan singular combate.

Muchos leones cazamos, con su valiosa ayuda, de entonces en adelante, mas quiso su sino desgraciado que no muriera en su ley, como habría sido su deseo. No fué en singular combate que terminó sus días tan noble camarada, sino que sucumbió arteramente comiendo carne envenenada, que por descuido de alguien quedó a su alcance.

De boca en boca corrió la noticia por todo el Viedma.

—¿Sabe que murió Bobby?

—¡Nó! ¿Cómo fué? ¿Peleando con león?

Sólo así imaginaban esos simples hombres del desierto que podía haber muerto Bobby, aquel amigo que se unió a mi destino en Santa Cruz y al que dí emocionada sepultura, a orillas del Viedma, en aquellas tierras que él y yo tanto queríamos.

XIX

ROSSY EL BAQUIANO

Otro perro extraordinario, de los muchos que tuve y que me afirmó en la idea de que los animales razonan, fué Rossy, mitad collie y completamente distinto de Bobby. Carecía del instinto bélico de éste, pero en cambio poseía una cierta distinción; era una especie de intelectual que siempre tomaba para sí las tareas en que se requería especial capacidad. Aun cuando acompañaba a los demás perros en la caza de leones, nunca les hacía frente sino que se volvía atrás hasta que me encontraba y entonces me guiaba hacia donde estaban acosando a la presa.

Su inteligencia tenía un sello particular y cierta vez tuve la sorpresa de mi vida. Andaba yo sobre el rastro de una leona con cría de un año que acababa de matarnos una yegua mansa, una de las mejores silleras. Juré venganza y salí con mis perros en su siga.

El primer día perdí el rastro, pero a la mañana siguiente dí nuevamente con él. A eso del mediodía sentí a la distancia los ladridos de la jauría, pero de pronto se acallaron y quedé medio desorientado. Estaba parado, junto a un arroyo que bajaba por la quebrada, cuando ví llegar a Rossy que, meneando la cola, parecía decirme: "Sígame".

Lo seguí al trote, por un terreno bastante accidentado, hasta llegar al sitio de donde habían partido los ladridos, pero sin encontrar allí ni perros ni leones.

—Perro bobo —dije fastidiado a Rossy—, esta vez perdiste la huella.

Entendiendo perfectametne lo que le decía me miró tranquilamente, se adelantó hasta unos dos metros, frente a mí, y sentándose sobre sus cuartos traseros se puso a mirar fijamente la parte superior de mi gorra.

Yo conocía muy bien a Rossy y comprendí que cuando tomaba una de esas actitudes era por algo. Lo observé con detenimiento y dió un ladrido corto. Me dí cuenta al instante que tenía un mensaje para mí y que lo que miraba fijamente no era mi gorra, sino más arriba.

Estábamos debajo de una frondosa lenga y levantando mi cabeza miré hacia las primeras ramas. Allí, como a un metro de mis sesos estaba la leona, que me pareció enorme, agazapada como para pegar el salto.

Cumplida su misión, Rossy se apartó a un costado ladrando en una forma especial, como diciéndome: —¿Ves como yo tenía razón?

Lo que me intrigaba era la ausencia de los demás perros, pero el misterio pronto se aclaró: una vez acorralada la leona en el árbol, habían seguido al cachorro.

Salté rápidamente lejos del árbol, pues nunca me sentí cómodo en contacto inmediato con un puma. No sé si era miedo, pero cada vez que me enfrenté con un león a distancia tal que de un zarpazo podía volarme los sesos, sentí un curioso escalofrío por todo el cuerpo, especialmente lozalizado en el cuero cabelludo (ausente de todo pelo) y como cosquillas detrás de las orejas.

Con movimientos suaves y sin quitar la vista de los ojos de la leona, saqué la pistola y apunté. El bicho seguía inmóvil, en su misma posición de acecho. Si hubiera hecho movimientos bruscos, que traducen agresión o miedo, de fijo me habría atacado.

Con el león ocurre lo mismo que con el potro. Desde que ponemos el pie en el estribo sabe si tenemos miedo o firmeza. En el primer caso agrede, en el segundo obedece.

Por suerte logré un magnífico tiro, justo entre los ojos y la leona se desplomó pesadamente.

Rossy volvió a ladrar y siguiéndolo llegué hasta un claro del bosque, donde el resto de la jauría tenía acosado al cachorro, un corpulento ejemplar de un año. La faena fué sencilla y volvimos a las casas con dos cueros y el ánimo contento.

Pero la muestra magistral de raciocinio la dió Rossy cierta vez en que iba por la huella honda con una chata de cuatro ruedas, bien cargada, tirada por ocho caballos.

Llevábamos tres días de marcha y sólo faltaban tres leguas para llegar al hotel de Punta del Lago (Viedma), mi lugar de destino.

Yo estaba más que acostumbrado a viajar de noche, así que no me preocupé mayormente cuando se perdieron las últimas claridades detrás de la cordillera.

Pero a medida que avanzábamos la oscuridad nos envolvía más y más hasta hacerse absoluta. Eran verdaderas tinieblas de la Estige, la clásica laguna infernal.

Todo habría andado bien si sólo hubiera existido la huella principal, pero a lo largo del lago había una antigua senda de indios que utilizábamos en los tiempos primitivos, cuando llevamos nuestras primeras carretas de bueyes. En muchos sitios teníamos que apartarnos algunos centenares de metros, otros una legua o más, según las características del terreno. No era pues un lugar de lo más adecuado para guiar el carro "al tacto".

Comencé a comprender que las cosas no andaban bien cuando tuve que recurrir más de la cuenta al látigo. Los ocho caballos tiraban hasta reventar, lo que no habría ocurrido de estar sobre la verdadera ruta. Evidentemente, estábamos en uno de esos sitios en que la huella se aparta de la costa un par de kilómetros para evitar los arenales, en los que precisamente estábamos metidos.

La obscuridad era tal que ni siquiera se veían los caballos. Me pareció prudente investigar y bajé de la chata para explorar el terreno con ayuda de los fósforos, única

luz de que disponía; estábamos en pleno arenal y comprendí que había perdido la huella.

Por un momento quedé indeciso, sin saber realmente hacia donde buscar la huella ni qué hacer. Desde luego podía desatar los caballos y acampar, pero esto implicaba perder otro día, aparte de que algunos caballos no eran lo suficientemente mansos como para soltarlos a campo abierto.

Y aquí entra nuevamente en escena el formidable Rossy: cada vez que yo encendía fósforos él buscaba y olfateaba y en determinado momento, sin que yo lo advirtiera , desapareció.

Estaba yo parado en el arenal, verdadero símbolo de la indecisión, cuando sentí, a unos doscientos metros, no el habitual ladrido de Rossy, sino un prolongado "Uouuuu".

Sin vacilar un instante trepé al carro, empuñé las riendas y lo dirigí hacia el sitio de donde venía la señal. Noté al rato que la marcha se hacía más liviana y volví a sentir, a mayor distancia, un nuevo ladrido de Rossy, corto y alegre, que a no dudarlo significaba: "Bien, bien".

Seguí avanzando, llegué hasta mi fiel guía, paré los caballos para que dieran un resuello, encendí más fósforos y ví a mi genial Rossy, sentado en medio de los dos surcos, moviendo la cola como diciendo: "Hemos resuelto el problema". Le acaricié la cabeza y lo alenté diciéndole: —"Lead on Mc. Duff, we'll follow" [1].

Todo anduvo bien un par de leguas. El esfuerzo disminuído me indicaba que seguíamos la carretera. Rossy guardaba silencio. Pero de repente lo oí ladrar nuevamente, desde algunos metros a un costado. Dí rienda a los caballos en la dirección que indicaba nuestro Mc. Duff y cuando sentí nuevamente la marcha liviana dejó de ladrar.

[1] Mc. Duff era jefe de un clán escocés y su gente, que le tenía gran respeto y confianza, cuando iban a la lucha, repetía el estribillo, que se ha convertido en clásico proverbio y significa "Guíanos, Mc. Duff, nosotros te seguiremos".

Cada vez que los caballos se apartaban del camino se repetía la indicación.

Para mí es este el caso más patente y admirable sobre el raciocinio de los animales. Allí no había sólo instinto o hábito, eso era pura función cerebral, que a más de un cristiano no se le ocurriría.

¿Cómo dedujo que yo buscaba la huella la primera vez que encendí fósforos? No lo sé, pero lo cierto es que a medianoche llegamos a destino sin tropiezos, cosa que no habría ocurrido de no contar con Rossy.

Y para terminar con el tema, aun cuando podría recordar muchos otros episodios, a cual más interesante, mencionaré lo que nos ocurrió otra vez en que volvía a mi casa del Río de Las Vueltas y se nos echó encima la noche, que si bien no era tan impresionante como aquella del lago Viedma, era bastante oscura.

Guiaba yo mi chata, esta vez con cuatro caballos. Habíamos vadeado ya una vez el río, en una de sus mil vueltas, algunas leguas más abajo, donde estaba muy crecido. El esfuerzo había dejado a los pobres animales exhaustos.

A unos centenares de metros de las casas era preciso vadearlo nuevamente, pero si la tarea resultaba peligrosa de día, calculen ustedes lo que no sería con una noche semejante.

No me animé al cruce y ayudado por un españolito que me acompañaba desatamos los caballos y remontamos a pie la costa del río hasta un sitio en que solíamos dejar atado un bote.

Quiso la mala suerte que pocas horas antes llegara allí otro individuo quien, temeroso también de cruzar el río a caballo había utilizado el bote, dejándolo en la orilla opuesta.

En la casa no nos esperaban, pues el viento soplaba fácilmente a cien kilómetros y llovía fuerte. Con la crecida y el mal tiempo pensaban que estaríamos acampados lejos.

Gritamos hasta desgañitarnos, pero todo fué inútil,

de modo que resolvimos volver a la chata y hacer noche allí.

Rossy, que en muchas ocasiones similares me acompañara, había visto siempre como, luego de gritar, alguien venía a traernos el bote.

Como en esta ocasión nadie apareció, resolvió obrar por su cuenta. Cruzó el río a nado, se dirigió derechamente a la ventana del dormitorio de Fanny, mi esposa y allí lanzó su S. O. S. Ella comprendió al instante que estábamos bloqueados por el río y salió a despertar a uno de los peones. Nos buscaron inútilmente, pues para entonces, sin advertir la ausencia de Rossy, estábamos metidos en el encerado, debajo de la carreta y no oímos sus gritos ni ellos pudieron localizarnos en semejantes tinieblas.

Fué una noche más que pasamos en condiciones poco confortables, a decir verdad, pero en la Patagonia se duerme siempre en cualquier forma, todo es cuestión de que sea de noche y que haya algo con qué protegerse. Pero esta vez no fué culpa de Rossy. Si hubiéramos sido tan inteligentes como él posiblemente nos habríamos juntado con quienes nos buscaban.

XX

EL CABALLO QUE HABLÓ

En los capítulos anteriores nos hemos ocupado de dos perros, notables por su inteligencia, aunque orientada en sentidos distintos. Ahora, para matizar un poco, hablaremos de caballos y bueyes.

Comenzaremos así con "el caballo que habló", episodio éste que costará un tanto creer o comprender a la generalidad, pero que, para quienes como el que escribe ha vivido la mayor parte de su tiempo en la honrosa compañía de los titulados "irracionales", cobra sentido real y efectivo la socorrida frase aquella de "la razón de la sinrazón".

Los intensos fríos del invierno habían empezado a aflojar. Los árboles ya verdeaban y los corazones cantaban alegres al sentir las primeras caricias de un sol que se iba insinuando firmemente. Los corazones eran nuestros, de los humanos, pero también de ellos, los caballos, los perros, los bueyes, las ovejas y sus corderos. Allá en nuestro querido Fitz Roy, donde las convenciones se desdibujan hasta perder sentido, todos tenemos corazón, y hasta la montaña parece tenerlo.

Tito, un chico de cuatro años que estaba con nosotros llegó corriendo a las casas y gritó excitado:

—Daddy, Daddy, ¡el caballo habló!

No soy su padre, ni mi esposa era su abuela, como muy cariñosamente la llamaba el muchacho, pero sus padres

y abuelos han sido amigos nuestros muy queridos y así recibimos los títulos de "Daddy" y "Abuelita".

El verdadero nombre de Tito es Carlos Jensen, pero entre nosotros había sobrevivido sólo el diminutivo. Nunca alcancé a comprender por qué algunos padres han dado a sus hijos un nombre y después lo llaman con otro, pero desde luego no es asunto de mi incumbencia.

Ahora bien, Tito era muchacho muy observador. Se ha dicho que para contestar las preguntas de un niño se requiere un padre sabio. Pues para contestar las de Tito se necesitaba un Salomón.

Criado en el campo, había oído hablar frecuentemente sobre los distintos relinchos, pero sin prestar gran atención al asunto, que le parecía por demás natural. Pero esta vez el sonido había sido muy diferente, causándole gran extrañeza, según me explicó.

Antes de asomarme fuera del galpón donde estaba trabajando, me imaginé que mi viejo alazán "Zorro" debía andar cerca. Allí estaba, efectivamente, y así que me vió habló de nuevo.

—¿Qué dice? — preguntó el muchacho.

—Pide un poco de heno.

—¿Puedo dárselo?

—Sí, poquito.

Tito juntó cuanto heno pudo abrazar y lo depositó frente al caballo. "Zorro" olió, se volvió a mí y relinchando muy suavemente dijo:

—¡Jo, joo, jooo!

—¡Habló de nuevo! —gritó Tito azorado—. Pero no como antes. ¿Qué dice ahora?

—Dice que muchas gracias. ¿No sabías que los caballos hablan?

Tito meneó la cabeza y quedó muy serio. Bien sabía él que todos los animales saben hablar, pero la gente mayor no parecía convencida al respecto, de modo que le agradó mucho ver que por lo menos una persona de edad tenía algo de juicio.

A partir de ese día nos reunimos frecuentemente los tres: Tito, Zorro y yo. Y conversábamos largamente. A Tito se le salían los ojos escuchando las aventuras que yo le contaba y gozaba tremendamente cuando yo preguntaba a Zorro si era cierto y éste corroborando mis historias con un cabezazo seguido de un rezongo que parecía decir: "Sí, es verdad", aún cuando en el fondo de mi conciencia se me ocurría que bien podía decir: "Qué viejo más mentiroso este Andreas".

Mis hijos daban al "Zorro" el pomposo nombre de "La tropa de Papá". Y en realidad valía por una tropa por el trabajo que llevaba cumplido.

No era flete como para despertar el estro poético; al contrario, solía ser por demás prosaico. El lenguaje que con él empleábamos era en ocasiones muy poco afectuoso, pues duro de trote y galope, muy haragán y terriblemente asustadizo, más de uno, yo inclusive, se vió ignominiosamente volteado cada vez que "Zorro" creyó ver un fantasma.

Sin embargo no se asustaba realmente de nada, salvo cuando veía positivamente lo que era, con una sola excepción: la de un caballo muerto.

Alguna vez lo cargué con carne de caballo, pero fué pura crueldad mía, pues temblaba y relinchaba lastimeramente, transpirando por todos los poros. Jamás olvidaba el sitio donde veía un esqueleto de algún congénere. Aunque se lo hubiera retirado, lo recordaba por años y al llegar al sitio paraba las orejas y trataba de desviarse.

Todo esto, unido a su extraordinario sentido de orientación, me inducen a pensar que "Zorro" discurría con tanto acierto como cualquier mortal.

Frente a sus defectos, ya apuntados, tenía positivas calidades, entre ellas las de ser guapo y aguantador como el mejor. Era incansable para tranquear legua tras legua.

A título de ejemplo recordaré que hace unos quince años hube de ir al encuentro de altos funcionarios, entre

ellos el Ministro de Agricultura, que andaba con su comitiva, en gira por la Patagonia.

La mayor parte de los pobladores iban también, pero como el sitio de reunión quedaba a unas veintisiete leguas, arreglé con un par de vecinos para ir en un camión desde el Río de Las Vueltas, a tres leguas de mi casa, hasta la cual no podían llegar automóviles por ser el cruce del río sumamente profundo.

Habíamos convenido en reunirnos allí a las cinco de la tarde de modo que disponíamos de tiempo para cumplir los quehaceres habituales y salir con la fresca de la tarde.

Anduve todo el día, desde el amanecer, por los cerros, montado en mi noble "Zorro" y entretenido con mis labores, no me dí cuenta de que se había hecho algo tarde. Al llegar a casa comprendí que no tenía tiempo para buscar y ensillar otro caballo, así que dije a mi compañero: —Bueno, tendrás que hacer estas tres leguas a todo galope, para que el camión no tenga que esperarme. Después podrás descansar hasta hartarte.

"Zorro" se había ganado ya ampliamente el día, pero no había otro caballo a mano, así que le pegamos derecho y cubrimos las tres leguas en menos de una hora.

Cuando llegamos comprobé desolado que el camión se había ido. En el trayecto se me había apareado Hendriksen, un vecino.

—Nos han dejado en la estacada, compañero.

—Francamente, nos han hecho una macana, porque todavía no son las cinco. ¿Qué hacemos ahora?

—Yo voy a seguir, dije, pues tengo que encontrarme con esa gente.

—Sos loco Andreas. ¿Cómo vas a hacer las quince leguas hasta la Punta del Lago con ese mancarrón que está reventado?

—Tú no lo conoces. Llegará allí más fresco que ahora. Parece cansado, porque ha trabajado todo el día y le hemos pegado fuerte en estas tres leguas, pero sólo está un poco fuera de aliento. Andando se repondrá.

—Vos sos loco, Andreas. Puede que tengas razón, pero yo no te acompaño. Y no creo que llegues, así que ¡buena suerte!

Partí pues de nuevo, solo, sin apurar el tranco las primeras dos o tres leguas. Poco a poco le volvieron los bríos a "Zorro", que llegó a destino a buen galope, pidiendo rienda todavía y espantándose a cada paso de cualquier objeto extraño.

—¡Viejo "Zorro", amigo del hombre! —le dije cariñosamente cuando llegamos, palmeándole el cogote.

Su cualidad más notable era su afición a la compañía del hombre. Creo que no había visto corral, excepto para la yerra, hasta los cuatro años, cuando lo trajeron para amansarlo y hacerlo sillero.

Desde el primer día demostró su disposición para el oficio. Casi no dió trabajo y con un par de golpes quedó amansado.

En la cordillera todos los caballos deben buscarse el sustento a campo abierto y en su casi totalidad, así que se los suelta, se alejan en busca de los compañeros.

Con "Zorro" no ocurrió lo mismo, pues en cuanto lo soltamos, después de palenquearlo, se quedó pastando junto a las casas, de las que nunca más se alejó desensillado. Donde fuera que estuviéramos trabajando se nos acercaba para ramonear junto al campamento y positivamente ensayaba con sus relinchos la más variada gama de sonidos, como si quisiera hablar.

En cierta ocasión en que estaba limpiando el galpón de esquila, encontré unos kilos de avena olvidados allí sabe Dios por quién. Estábamos a medio verano y hacía meses que los caballos no comían grano. Todos andaban a campo abierto, menos el "Zorro" que siempre se mantenía cerca.

Ni bien descubrí la avena pensé en mi viejo camarada, de modo que la puse en un cajoncito y lo llamé, pues andaba por ahí cerca.

Al sentir mi silbido paró las orejas y en cuanto le

mostré el grano se vino al trote. Metió el hocico en la golosina y empezó a comer atropelladamente, tal cual lo hacen los chicos cuando les damos dulces.

Pero como el viento soplaba bastante fuerte me pareció mejor poner el cajón al abrigo de un matorral vecino y así lo hice.

"Zorro" creyó, seguramente, que yo intentaba cortarle el banquete y me siguió con un relincho lastimero: —Juu, juu, juu.

Parecía exactamente un chico lloriqueando. Pero así que deposité en el suelo el cajón, metió de nuevo el hocico y tomó un buen bocado. Algo debió pasarle por el cerebro, pues levantó la cabeza, me miró fijamente a los ojos, y esparciendo por el aire el manjar que estaba paladeando, me espetó un: "Jo, joo, joo".

Le palmée el pescuezo diciéndole "O. K." y recién entonces volvió decididamente al cajón y comenzó su banquete haciendo tanto ruido como cualquier paisano con un plato de sopa.

Cuando empezaba a comer sus golosinas, es decir, avena, maíz, etc., nunca dejaba de decir "gracias" con un corto, "Jo, jo, jo" de gratitud. De modo que aquella vez, cuando le saqué el cajón para llevarlo al matorral debió creer que lo hacía por haberse portado mal y me pedía perdón lloriqueando como un chico: "Juu, juu, juuu".

¿Qué opinan ustedes de esto?

XXI

"KVIK" PIDE AUXILIO. "OSO" APRENDE MATEMÁTICAS

Para terminar con estos recuerdos un tanto deshilvanados sobre la facultad pensante de algunos "irracionales", les contaré lo que ocurrió una vez con "Kvik", un caballito criollo con apelativo danés, que era sillero de uno de mis peones.

—He tenido que desmontar porque Kvik está rengo, don Andreas.

—Vamos a ver qué tiene —y mientras esto decía revisé a conciencia las cuatro patas, sin encontrar señal aparente de daño.

—Debe ser alguna torcedura — dije sentenciosamente y soltando al buen caballito nos olvidamos del asunto.

Pues bien, por lo general, cuando se suelta un caballo, lo lógico es que se vaya a retozar a su campo favorito de pastoreo. Sin embargo Kvik no procedió así, sino que se volvió atrás, junto a la empalizada y comenzó a relinchar en forma estridente.

Volví a examinarle las patas, levantándoselas una por una en busca de clavo o trozo de alambre. Pero tampoco encontré nada y entré nuevamente a la casa.

Pero Kvik no quedó satisfecho y tan pronto se acercaba alguna persona llamaba en tal forma que no sabía duda respecto a su demanda de auxilio.

Salí por tercera vez y volví a revisarlo, con mayor

cuidado aún. Me pareció que tenía un razguño en uno de los cascos traseros y apartando el pelo con cuidado descubrí una astilla de madera de calafate metida hasta el hueso.

Me costó un triunfo extraérsela. Primeramente tuve que hacer un par de incisiones con cuchillo filoso, hasta poderla agarrar con una pinza.

Debió haber sufrido horriblemente, pues la astilla medía por lo menos pulgada y media y tenía el grueso de un lápiz y la punta se había aplastado contra el hueso.

Sin embargo en ningún momento intentó cocear o sustrer la pata. En cambio, cuando terminé la operación me refregó el hocico contra la espalda, como diciendo: —Gracias viejo. Y recién tonces volvió a su comedero.

A muchos parecerá que el episodio es trivial y en cierto modo lógico, pues lo natural en tales circunstancias era que el pobre animal requiriera nuestro auxilio. Pero sin embargo no es así, pues cuando un caballo está lastimado se vuelve arisco y dispara de la gente, como si temiera que lo lastimen más aún.

Pero si "Kvik" fué inteligente y supo dónde podían darle una "manito", "Oso" su congénere y contemporáneo, demostró una habilidad especial para las matemáticas.

En la hacienda teníamos una sierra de disco para trozar la leña y a falta de motor armamos, con excelente resultado, una especie de malacate o noria accionado por cuatro caballos.

Una vez adiestrados los animales daban vueltas por sí solos, pero como siempre había alguno nuevo, se necesitaba alguien para manejarlos.

Los muchachos tenían que ayudarme en la sierra, de modo que mi esposa se encargaba de los caballos. Solía sentarse tranquilamente, con un arriador y su tejido. Al principio el látigo le dejaba poco tiempo para tejer, pero al cabo de un tiempo inventó un lenguaje especial, adecuado a las circunstancias, y los equinos la entendían perfectamente, de modo que podía dedicarse por entero a su

útil tarea, pues el invierno consumía tricotas y medias que daba miedo.

Como el trabajo de los caballos era largo y pesado, le dije que los hiciera descansar cada veinte vueltas.

Ahora bien, había entre ellos uno, llamado "Oso", un tanto filósofo y más propenso a descansar que a trabajar. Sus condiciones se agudizaron más aún cuando lo presté a cierto profesor alemán, el doctor Wulff, profesor de verdad, no sólo por su sapiencia sino por lo terriblemente distraído.

El caso es que profesor y montura se entendían a maravilla. El profesor solía olvidarse de cuanto lo rodeaba para dedicarse a contemplar el firmamento; pues bien, "Oso" se detenía al instante y miraba a su vez hacia arriba, con aire de profunda satisfacción.

No sé si en estas "pláticas" con el profesor habrá aprendido matemáticas, pero lo cierto es que estando él atado a la noria, doña Fanny no necesitaba dar el alto; a la vigésima vuelta "Oso" se paraba en seco y con él los demás caballos. Al principio ella creyó que era pura coincidencia, pero pronto vió que no era tal y que "Oso" sabía perfectamente cuando habían dado la vigésima vuelta.

Como podía apreciarlo, constituía un misterio para todos, pero tuvimos la diaria corroboración del hecho cada vez que lo atábamos al cabrestante. Yo creo que era, mitad su raciocinio y mitad su alma de vago sempiterno.

XXII

ÑATO Y CLAVEL JUEGAN A LAS ESCONDIDAS

MOCHO Y VINAGRE CALCULISTAS

TRABAJO A REGLAMENTO

Bueno, empezamos hablando de nuestras andanzas tras el enemigo número uno de las majadas y sin querer, como quien se desliza por un tobogán, hemos terminado hablando de perros y caballos. Es que en realidad nuestra simple vida de la montaña ha sido una diaria plática con ellos y habría sido ingratitud dejarlos en olvido. Sin ellos no habría podido anotar en mi "record" el puma Nº 400 ni podría haber regalado a mis amigos tan bonitos cueros. Y lo que es principal, no habrían salido del río de las Vueltas tantos fardos de lana, único medio de subsistencia con que hemos contado durante los últimos cincuenta años, por decir así.

Mas el viejo cazador ya no siente el clarín del combate, ahora es la campana del atardecer la que le dice al oído: ' Basta, amigo... vamos a dormir que nuestros lectores se están cansando...".

Seamos pues obedientes. La condición principal que debe tener quien pretenda ser escritor, es la de saber pulsar el barómetro de la atención en su auditorio. Llega un momento en que el tema se diluye y la atención decae.

Es el peligroso instante de la fatiga, que significa, para quien habla o escribe, fracaso.

Huyamos pues del vil enemigo y pongamos punto final.

Sin embargo, luego de haber saboreado tan exóticas viandas, bien vendrá un "bajativo", como dicen del otro lado del Fitz Roy. Que ese trago final sea entonces, con vuestra licencia, una grata reminiscencia de las andanzas y ocurrencias, que también suelen tenerlas, de mis bueyes, poderosos puntales de la labor ruda que por tantos años venimos cumpliendo allá, al pie del Fitz Roy, entre lagos y ríos cuyos solos nombres están preñados de recuerdos y sugestiones tan gratas al espíritu de quien, con la nieve cubriendo los faldeos craneanos (pues la cumbre es piedra pelada) vive ya más del pasado que del presente.

Suele decirse en danés: "estúpido como un buey", pero quien inventó el refrán poco debía saber de bueyes y especialmente de la variedad patagónica. Quienquiera haya manejado bueyes sabe que este animal poco tiene de estúpido.

Por el contrario, el buey, pese a su aparente abulia, es un bicho sumamente sagaz y observador: nunca se sale de la huella, por oscura que sea la noche y jamás olvida los sitios de campamento. No importa qué distancia haya entre la huella y determinado matorral en que acampó una vez; él sabrá hallarlo y resultará casi imposible hacerlo ir más lejos, se negará terminantemente a moverse.

Es bien sabido que el buey tiene un agudo sentido de orientación. Haced la prueba de recorrer con él una media circunferencia de cien millas y soltadlo: volverá, recto como plomada, hasta el punto de partida, en la justa posición del diámetro, aun cuando en el trayecto haya montañas o bosques. Hará un corte tan recto como podría hacerlo un cuervo o una abeja y tendrá que ser muy robusta la empalizada que se le oponga en su viaje directo a la querencia.

Ciertamente, podemos atribuir esto al instinto, pero

a menudo el buey hará cosas que no se explicarán tan fácilmente. Citaré un par de ejemplos.

Estaba una vez acarreando troncos junto al ventisquero del lago Viedma. Me ayudaba en la pesada faena el finado Alfredo Ramstrom y teníamos varias yuntas de bueyes para arrastrarlos hasta la playa y llevarlos luego hasta el aserradero.

Pues bien, estos bueyes habían instalado su campo de descanso en un valle muy bonito, donde abundaba la "leña dura", especie de mata siempre verde que alcanza hasta unos cinco metros de altura, cuyo follaje es tan tupido que resulta imposible, en algunos sitios, entrar al monte a pie y menos a caballo.

Sin embargo esos bueyes tenían sus razones para elegir el sitio: tenían espléndida protección contra el viento y la lluvia, excelente forraje y un escondite ideal, que les permitía hacerse los distraídos cuando los buscábamos para trabajar.

Entre los animales domésticos, ninguno hay más hábil que el buey viejo para jugar al "opossum", o sea mantenerse inmóvil para no delatarse.

Teniendo en cuenta la impenetrabilidad de esos montes de leña dura, así que comprobaba que los rastros se dirigían a una espesura, recurría al ardid de llamarlos en alta voz, por sus nombres, procedimiento al que son muy sensibles en todas las circunstancias: "¡Ñaato! ¡Claveel!" Y los muy tontos salían mansamente.

Al principio todo anduvo bien; creían que los había visto y salían, desfilando uno a uno. Pero parece ser que entre los bueyes es también conocido el clásico refrán: "En boca del mentiroso...", y al poco tiempo, cuando yo creía resuelto el problema, mi sistema dejó de funcionar; podía gritar hasta desgañitarme y nada: el monte seguía inmóvil, sin señales de vida alguna. Tuve pues que arremangarme, internarme entre los arbustos, haciendo pedazos mi ropa, hasta encontrar a los malditos, que me miraban con el rabo del ojo, como diciendo: ¡Esta vez te joro-

bamos, viejo! En ocasiones pasaron días sin que pudiera localizar algunos.

Tuve que acudir a una nueva técnica: coloqué un cencerro al más punteador del lote. La cosa anduvo lo más bien, pues se oía el tintineo cuando caminaba y aún —si bien menos fuerte— cuando masticaba echado. Resultaba así muy fácil ubicarlos siguiendo el sonido.

Pero el viejo "Clavel" pronto se dió cuenta de que era la campana que los traicionaba y tan pronto nos aproximamos dejaba de mascar y nos desorientaba.

A porfiado no me iba a ganar, de modo que le puse cencerro a dos, luego a tres y finalmente a todos. Pero el éxito apenas duró dos días en cada caso: ninguno de esos animales —pretendidos estúpidos—, mascaba ni movía un músculo hasta estar bien seguro de que nos había alejado. Evidentemente, no se trataba de instinto, sino de positivo raciocinio. Así es la lucha en la naturaleza primitiva; es una constante puja, en la que triunfa, lógicamente, el más hábil o persistente.

Otra demostración de sabiduría de estos impávidos sujetos la recibí mientras me ocupaba de acarrear troncos hasta el Viedma, para luego balsearlos hasta el aserradero.

Empleaba allí una yunta integrada por "Mocho" y "Vinagre", bueyes de insuperable fuerza y disposición para tan pesada faena. Una simple caña como guía bastaba para que hicieran maravillas, moviéndose con ritmo felino hasta colocarse en posición de enganchar la cadena en la extremidad de los troncos. Terminada esa maniobra, bastaba un golpecito de la picana en el yugo para que, mediante un poderoso esfuerzo de la yunta, perfectamente sincronizado, soliviantaran el tronco e iniciaran la marcha. Nunca hubo tronco que no pudieran manejar, y eso que algunos eran impresionantes.

La maniobra me cautivaba y siempre tenía alguna novedad para mí. Era un juego de destreza no carente de riesgos. Yo iba adelante de los bueyes, guiándolos con la caña, metiéndome en el lago hasta que el tronco flotara:

entonces desengranchaba la cadena con un rápido movimiento y empujando el leño lo hacía llegar hasta donde lo esperaba Alfredo en el bote, para aparearlo a los demás y formar así la balsa.

El armar una balsa de troncos en la cordillera no es tarea muy simple: los rollizos son enormes, las aguas del lago están por lo regular a temperatura glacial y en cuanto sopla viento, cosa de todos los días, el oleaje dificulta seriamente la tarea. Pero le habíamos tomado bien la mano y en un día de trabajo firme lográbamos completar una jangada. La experiencia nos había enseñado, por múltiples razones, que el número ideal de troncos era setenta.

Un día en que el lago estaba muy sereno y el sol alegraba el ánimo llegamos antes de lo habitual a los setenta rollizos y, entusiasmados con nuestro trabajo resolvimos agregar algunos más.

Diré al pasar que el sitio donde armábamos las balsas estaba a unos mil metros del campamento, situado en el recodo que forma allí una pequeña caleta. Cuando completábamos nuestros setenta troncos del día dejábamos que Mocho y Vinagre se fueran con yugo y todo. Estos bordeaban la caleta por la orilla y nos esperaban en el campamento, con esa paciencia peculiar del buey, mientras nosotros llegábamos a remo en línea recta.

Bien, alentados por ese atardecer magnífico nos disponíamos a maniobrar con el tronco número setenta y uno, pero notamos al instante que algo no andaba bien.

Mocho y Vinagre, de ordinario tan dóciles y vaqueanos para la faena, que cumplían con un sincronismo admirable, empezaron a mañerear cuando quise ponerlos en posición para enganchar el tronco. Sin pesar ni remotamente lo que iba a suceder los llevé hasta el agua y solté la cadena. Menee la cabeza con cierto fastidio y sin complicarme mayormente los volví para atrás, siempre guiándolos con la caña, para buscar otro tronco y aquí fué donde me llevé la gran sorpresa: en la maniobra miles de veces repetida, los bichos se paraban junto al extremo del ro-

llizo y aguardaban que yo enganchara la cadena. Pues esta vez no hicieron nada de eso sino que siguieron de largo y haciéndome a un lado enderezaron para el campamento. Largué un rosario de maldiciones y mientras los corría les daba órdenes que habitualmente obedecían. Pues nada, corriendo cada vez más ligero se pusieron fuera del alcance de mi caña y me volvieron loco dando vueltas y rodeos.

Insistí en toda forma, ayudado por Alberto, pero no hubo manera de lograr que los malditos bichos hicieran lo que todos los días cumplían en forma matemática... tan matemática que, como pude luego corroborarlo, al llegar al tronco número setenta, límite de la jornada diaria, habían dicho "no va más" y no hubo tu tía, no hubo poder humano que los hiciera entrar en razón.

Cuando llegamos al campamento ahí estaban Mocho y Vinagre, con un aire de inocencia que no les pegaba, esperando que les desunciéramos el yugo.

Tanto Alfredo como yo teníamos muchos años de experiencia con animales y supusimos desde luego que fuera una picardía instintiva, pero de todos modos quedamos intrigados. Tan es así que al día siguiente probamos nuevamente de cargar algunos troncos adicionales. El número 71 nos dió ya bastante trabajo y para el siguiente tomé todas las precauciones para que no repitieran la jugarreta.

Cuando conseguí enganchar la cadena y arrimarlos hasta el agua sonreí triunfante como diciendo: —Más vale maña que fuerza.

Pero no sabía la que se me venía encima. Cuando quise que encorvaran la cabeza para soltar la cadena ignoraron por completo mi orden y siguieron hacia adelante, con el evidente ánimo de atropellarme. Mi situación no era muy cómoda, pues estaba metido en el agua hasta el pecho y así que los bueyes avanzaban se me venía encima el tronco que estaba delante de ellos.

Me fuí haciendo atrás hasta no hacer pie y tuve que zambullirme debajo del tronco para que no me sacudiera

en la cabeza. Me costó bastante zafarme y cuando salí a la superficie no me quedaba aliento ni para maldecir a los porfiados bichos que tan mala jugada me hacían.

Mocho y Vinagre habían seguido de largo y como quien juega al "water-polo" iban nadando por el medio de la caleta, llevando delante de sí el fatídico tronco número setenta y dos.

Tuve así la prueba terminante de que los dos brutos, que no lo eran tanto, sabían perfectamente cuantos troncos eran setenta. No sólo me lo habían demostrado al ponerse mañosos con el 71, sino que quisieron sacarme la idea de la cabeza dándome un buen chapuzón, que no estuvo exento de peligro, pues un mal golpe del tronco pudo haberme atontado y no estaría acá, este dinamarqués marinero y montañés, contándoles tonteras que sin embargo allá, a la sombra del majestuoso Fitz Roy, tienen sabor a gloria y a vida.

		PÁG.
Introducción		1
I.	Mi primer león	7
II.	Cuerpo a cuerpo con un puma	15
III.	"Paloma" y un león de mal genio	23
IV.	La cena robada	35
V.	El matador de potrillos	39
VI.	Un cazador porfiado	49
VII.	El "debut" de Peter. Una leona y tres cachorros	55
VIII.	Roysito	65
IX.	Una leona con su cría y... un dinamarqués sin armamento	69
X.	Una leona astuta y peligrosa	75
XI.	Buen escondite	81
XII.	Un puma con muela emplomada	87
XIII.	El puma de las trampas	95
XIV.	Maratón accidentada	99
XV.	Cazador cazado	105
XVI.	Sara Sepúlveda	109
XVII.	El puma sonriente	115
XVIII.	Bobby el cazador de leones	121
XIX.	Rossy el baquiano	131
XX.	El caballo que habló	137
XXI.	"Kvik" pide auxilio. "Oso" aprende matemáticas	143
XXII.	Ñato y Clavel juegan a las escondidas	147

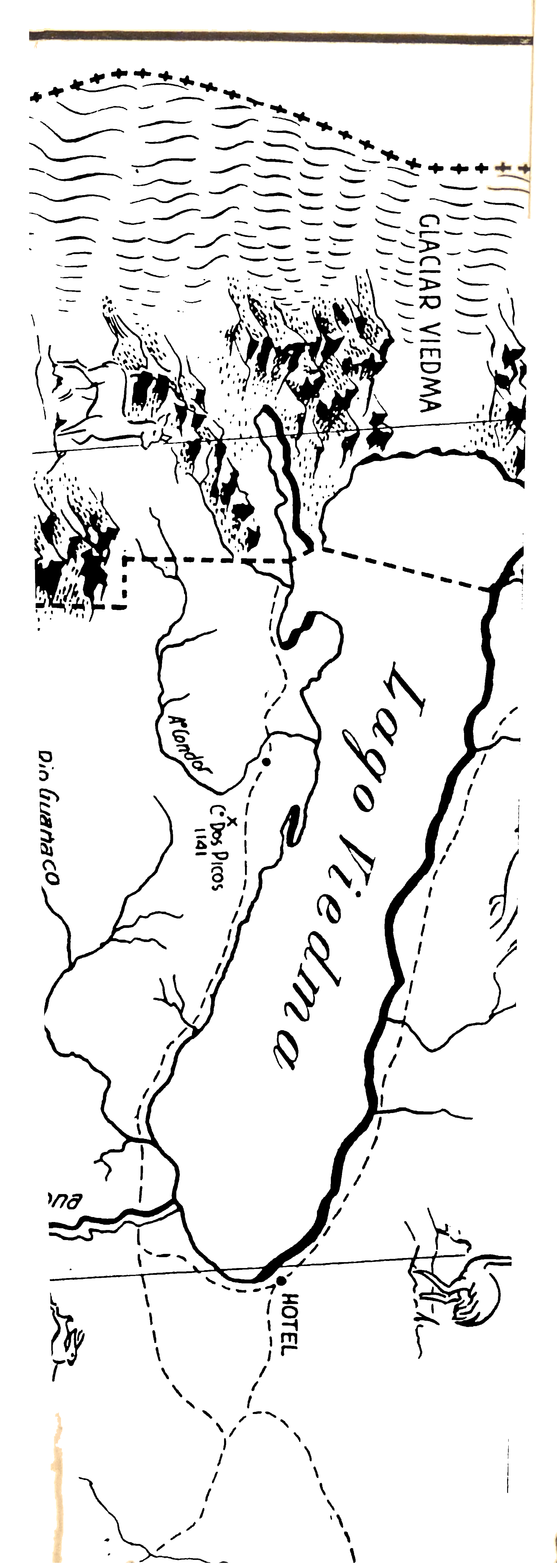
Este libro
se terminó de imprimir
el día 14 de marzo de 1956
en los talleres
de «Impresora Oeste»
M. Sastre 5065, Buenos Aires
R. Argentina



PARQUE NACIONAL
« LOS GLACIARES
Lago Argentino
Brazo Norte
Canal de los Témpanos
GLACIAR MORENO
Cº Castillo
1253 m.
Aº las Heras
Rio Guanaco
Aº Turbio
Rio La Leon
La Leona
Pta. Ciervos
Puerto Irma
Pta. Gualicho
I. Solitaria
PBLO. CALAFATE
Estación
RADIO
Diamante
Cº Bs. Aires
PENINSULA
MAGALLANES
R. Mitre
Cº Mitre
1474 m.
Pueblo
Lago Rico
Rio Rico
GUARDAPARQUE
Alta Vista
Rio Cantinela
Cº Centinela
Aº del Bote
J.O.



La Federica
Cº Mora ó Azimut
Lago San Martín
Cº Kachaile
Cº Astillado
La Elena
Aº Grande
Aº Pana
Lº Tar
Lº Jaro
Lago Tar
FITZ ROY
3375 m
Estancia FITZ ROY
R. de las Vueltas
Cº Cangrejo
Aº Chalia
Rio Chalia
Lª del Baron
GLACIAR VIEDMA
Lago Viedma
HOTEL
Aº Condor
Cº Dos Picos
1141



(Viene de 1ª solapa)

terna su actuación entre Ginebra y New York, pero en su corazón prima el llamado del lejano sur.

Une a ambos autores una íntima amistad y afecto. Siempre se dan cita en lugares ligados a sus inquietudes. En 1953 fué en la Isla Centinela, junto al sepulcro del Perito Moreno. En 1956 fué al pie del Fitz Roy. Sus pláticas serenas y profundas prometen cada vez un nuevo volumen. Esperamos que así sea.

OBRAS DE LOS AUTORES

MADSEN:

"Patagonia Vieja"

(2 ediciones)

⁘

BERTOMEU:

"Más allá de las Cumbres"

(2 ediciones)

"El Valle de la Esperanza. Una historia de Gales y Chubut"

"El Perito Moreno. Centinela de la Patagonia"